El objeto de este libro es ayudar a los que empiezan a andar por el camino de la vida eterna.

Tan sólo una base espiritual sólida, fundada en un sano conocimiento de la Biblia y de la voluntad divina, permitirá al nuevo creyente hacer frente a las corrientes destructivas con que deberá enfrentarse.

Pero la presente obra no es tanto un estudio doctrinal como un manual práctico en el que, sin olvidar los aspectos doctrinales, se da especial importancia a la relación del cristiano con el mundo.

Un libro excepcional, sencillo y ameno, pero a la vez amplio y profundo. Ideal para ser usado como libro de texto en las clases de catecúmenos.

Un auxiliar indispensable para pastores y responsables de la instrucción de nuevos creyentes.

Clasifíquese: NUEVOS CREYENTES
Ref. 22.05.66
ISBN 84-7228-683-5

editorial clie

MANUAL DE INSTRUCCION PARA NUEVOS CREYENTES - J.M. MARTINEZ

2
.2
M

JOSE M. MARTINEZ

MANUAL DE INSTRUCCION PARA NUEVOS CREYENTES

José M. Martínez

Manual de instrucción para nuevos creyentes

7551

editorial clie

Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

MANUAL DE INSTRUCCION
PARA NUEVOS CREYENTES

© 1982 por José M. Martínez

Depósito Legal: B. 43.580 - 1987
ISBN 84-7228-683-5

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb
E.R. nº 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

INDICE

PRÓLOGO 7

1. El gran acontecimiento de la conversión . 13
2. ¿Podemos estar seguros? 23
3. Salvos para ser santos 31
4. La palabra que nutre 46
5. ¡Dulce oración! 59
6. «No son del mundo» 73
7. Pruebas y tentaciones 89
8. Al servicio de Cristo 108
9. Ve y cuenta a los tuyos 127
10. Miembro de la iglesia 147
11. Miembro de la iglesia *(continuación)*. . 167
12. ¡Adelante, siempre adelante! 182

PROLOGO

Esperamos no caer en el tópico si afirmamos que sale a la luz este libro en respuesta a una gran necesidad sentida durante largo tiempo en las iglesias evangélicas de lengua española.

Se han publicado buenas obras de evangelización y apologética para personas inconversas, y obras de teología y comentarios exegéticos o devocionales para creyentes; pero no existía —que sepamos— un libro que pudiera ponerse en manos del recién convertido a fin de instruirle en los aspectos prácticos de la vida cristiana. Esta necesidad se ha hecho más patente al tener que preparar a los convertidos para ingresar como miembros en una iglesia.

Hace algunos años, el autor tradujo el folleto Creer... ¿y después?, *de E. Aebi, con objeto de suplir, en parte al menos, la necesidad señalada. Su enorme circulación (cuatro ediciones en cinco años) es exponente de la avidez con que este tipo de publicaciones se recibe.* Creer... ¿y después? *es, sin embargo, un simple folleto y, por lo reducido de su espacio, a todas luces insuficiente para tratar con cierta amplitud los diferentes aspectos de la vida del creyente.*

La obra que el lector tiene ahora en sus manos no es un estudio doctrinal sobre los temas que se tratan, aunque el elemento teológico se ha incorporado a sus páginas cuando ha convenido a su propósito. Tal criterio ha privado incluso en capítulos como los dedicados a la vida en la iglesia, donde era fácil desviarse del objetivo fundamental entrando en el terre-

no de la eclesiología. En nuestra opinión, los aspectos doctrinales pueden y deben estudiarse por separado, para lo cual existe ya una literatura más abundante.

Sobre un plano eminentemente práctico, se consideran en sucesivos capítulos el principio y el desarrollo de la vida cristiana. En su dilatada experiencia pastoral, el autor ha constatado con frecuencia que no pocos creyentes tienen una comprensión relativamente clara de las verdades fundamentales del Evangelio, pero al mismo tiempo tropiezan con problemas importantes en la praxis de su cristianismo. Es con miras a la solución de tales problemas que se ha escrito esta obra.

El lector observará este enfoque desde el principio mismo. La conversión abre las puertas a las grandes bendiciones que Dios concede al creyente en Cristo: justificación, regeneración, adopción y don del Espíritu Santo. Estos factores de la salvación son comunes a todos los casos. Pero el modo como la conversión llega a producirse varía considerablemente y más de un creyente se ha sentido inseguro de lo genuino de su experiencia porque ésta no ha tenido las mismas manifestaciones que ha habido en la de otras personas.

Asimismo se enfrentan muchos nuevos convertidos con dudas respecto a la seguridad de su salvación. Al entusiasmo de los primeros tiempos en el camino de la fe, sigue a menudo un decaimiento; se debilitan la fe y el amor a Cristo; se nubla el gozo; flaquean las fuerzas espirituales; los sentimientos y áreas importantes del comportamiento no parecen los propios de un hijo de Dios. En esta situación, comprensiblemente, surgen interrogantes angustiosos: ¿Soy realmente cristiano? ¿Fue auténtica mi conversión? ¿Puedo tener la certidumbre de que mi salvación está asegurada?

Pero la seguridad del cristiano no debe descansar sobre posturas de irresponsabilidad. La fidelidad de

las promesas de Dios no excluye la fidelidad del creyente, su dedicación a Cristo en una vida de santificación, su diligencia en el uso de los medios que Dios pone a su alcance para crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Entre tales medios se destacan la lectura de la Sagrada Escritura y la oración. Sin embargo, también aquí el cristiano tropieza con obstáculos que conviene eliminar.

Especial importancia se da a la problemática inherente a la relación del cristiano con el mundo, con su entorno social. Estar en el mundo y no ser del mundo inevitablemente origina tensiones, conflictos, situaciones delicadas en las que la integridad espiritual es puesta a prueba. Los peligros en este terreno se multiplican. Por consiguiente, el seguidor de Jesucristo ha de tener la orientación adecuada para no sucumbir ante ellos.

En el estudio de las soluciones a los problemas del discipulado cristiano se da lugar prominente a los factores positivos por estimar que son los más eficaces. Más valiosa que la lucha de frente contra el pecado en cualquiera de sus formas es ocuparse, de pensamiento y obra, en las cosas del Espíritu. De ahí la importancia del servicio cristiano, con sus gloriosas posibilidades al alcance de todos, aun de los menos dotados. Por tratarse de una cuestión de gran entidad, sobre la que abundan ideas erróneas, se hace en el capítulo VIII una exposición completa sobre el significado del servicio. Este no debe confundirse con el activismo. El servicio verdadero surge cuando se comprende y asume el significado de la relación Señor - siervo. Entonces el cristiano encuentra diariamente oportunidades de glorificar a su Salvador en actos de amor, obediencia y testimonio.

Esfera importantísima de servicio para todo creyente es el hogar. Al testimonio en el seno de la familia se dedica un capítulo entero, haciendo resaltar las

responsabilidades del cristiano como esposo o esposa, como padre o madre, como hijo o como hermano. Especial relieve se da a los problemas de la comunidad conyugal, que a tantos matrimonios han llevado al borde de la ruptura o a vidas de tedio y peligrosa frustración. Con la debida delicadeza, pero de modo objetivo y desde una perspectiva cristiana, se abordan cuestiones como la inmadurez, la falta de comunicación, los desajustes sexuales y la paternidad planificada. En una época en que la familia tiende más y más a desintegrarse, el testimonio de familias cristianas sólidas, unidas por la comprensión, la fe y el amor, puede y debe ser un revulsivo social altamente saludable.

No menos importante es el ámbito religioso en que ha de moverse el cristiano: la iglesia local. ¿Qué es una iglesia? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Qué responsabilidades contraen sus miembros? ¿Qué problemas se plantean más frecuentemente en su seno? Muchos creyentes han sorteado con éxito los escollos que han encontrado en el mundo; pero tropiezan con dificultades muy serias, irritantes, descorazonadoras, en la relación con sus hermanos. Más de uno se ha hundido en el desaliento y en la inactividad por no haber llegado a superarlas. Preocupación especial del autor ha sido proporcionar a los lectores la orientación conveniente para convertir su presencia en una iglesia en causa de bendición para sí mismo y para otros.

Si se examina la problemática de la vida cristiana en su conjunto, suele observarse un cierto divorcio entre lo que se cree y el modo como se vive la experiencia de la fe. Se reconoce a Cristo como Señor, pero su señorío no se pone claramente de manifiesto en la vida de sus redimidos. Estos, a menudo más bien parecen dominados por su propio «yo» con sus tendencias egoístas, carnales, que inducen a buscar

el propio ensalzamiento y bienestar más que la gloria del Salvador. Esta inconsistencia a menudo es piedra de escándalo en el testimonio del Evangelio, a la par que causa debilitamiento en la vida de las iglesias. Al mismo tiempo, es motivo de amargura y frustración para el propio creyente. Urge, pues, hallar soluciones. Pero éstas sólo adquieren efectividad cuando, siguiendo el ejemplo apostólico, a la instrucción se une el estímulo. Esto es lo que se ha procurado en esta obra. A tal efecto, a lo largo de toda ella, y particularmente en el capítulo final, se destacan hechos gloriosos y promesas divinas que son acicate de la fe. Cuando el creyente, sin dejar de mirar a Cristo, contempla esos hechos y cree esas promesas, siente como si le creciesen alas para volar cada día más alto y seguir «adelante, siempre adelante».

Por supuesto, las páginas que siguen no presentan, ni mucho menos, todas las facetas de la vida cristiana ni tratan de todos sus complejos problemas. Ello exigiría toda una enciclopedia. Creemos, no obstante, que si el lector orienta su vida espiritual de acuerdo con las instrucciones de esta obra, basada en la Palabra de Dios, recibirá bendición.

Se ha procurado hacer del libro un todo sencillo y ameno, sin perder de vista su carácter didáctico. Al final de cada capítulo se inserta un cuestionario (que puede ser ampliado, reducido o modificado a juicio de quien dirija los estudios). Ello facilita su uso como texto en las clases para catecúmenos, los cuales pueden ser instados a contestar las preguntas oralmente o por escrito.

Consciente de las deficiencias de su trabajo, el autor encomienda esta obra, escrita en medio de otras múltiples actividades, a la gracia de Aquel que dijo: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10).

1

El gran acontecimiento de la conversión

¡Ya te has convertido! Y ¡qué significado tan precioso tiene ahora para ti la palabra «conversión»! No se trata de afiliación a una iglesia, a una secta o a un credo determinados; ni siquiera de conversión al Cristianismo. A semejanza de los antiguos cristianos de Tesalónica (I Tesalonicenses 1:9, 10), tú te has convertido a Dios y a Cristo por el Evangelio.

Sentiste el vacío de una vida sin Dios y sin esperanza; viste, a la luz de la santidad perfecta de Jesucristo, que eras un pecador destituido de la gloria divina, y comprendiste que era inútil cuanto pudieras hacer para ganar el favor de Dios por tus buenas obras; comprendiste que sólo Cristo podía salvarte. Entonces sobrevino el momento culminante. Clamaste a Cristo con todo tu corazón pidiéndole que te salvara... ¡Y El te salvó!

Esta experiencia de la conversión puede haberse producido de muy diversos modos. Unas veces ha tenido lugar en un culto, en momentos de emoción intensa, cuando el predicador invitaba a las almas a aceptar a Cristo. Otras veces ha sido en la soledad

donde el alma se ha rendido al Salvador. En unos casos la conversión fue instantánea; en otros, medió un largo proceso, sin que resulte fácil precisar el día o momento en que la rendición a Cristo tuvo lugar. En ciertas personas fue acompañada de una gran conmoción sentimental; en otras, la misma experiencia se produjo sin emociones extraordinarias; en las primeras se manifestó de modo preponderante el sentimiento, mientras que en las últimas influyó más el razonamiento. El tipo de conversión de cada persona depende, en gran parte, de su temperamento y de las circunstancias en que tiene lugar. Pero no olvidemos que «el Espíritu Santo —agente divino de la conversión en todos los casos— de donde quiere sopla» (Juan 3:8) y hace su obra en los corazones no de modo uniforme, sino como mejor conviene en cada caso.

Nos hemos extendido en las consideraciones anteriores para que ningún creyente se desanime si, al comparar la experiencia de su conversión con la de otros creyentes, nota que en la suya no hubo exactamente las mismas manifestaciones secundarias que hubo en la de ellos. Lo importante no es el *modo* de la conversión sino el *hecho* en sí, al cual llegamos todos por el arrepentimiento de nuestros pecados y la fe viva en nuestro Señor Jesucristo.

Sí, ya te has convertido. Al hacerlo, has dado el paso más trascendental de tu vida. Pero, como a menudo sucede al tomar nuestras mayores decisiones, es posible que todavía no vislumbres todo el alcance glorioso de tu entrega a Cristo.

Cuatro grandes cosas han acontecido en tu conversión: Dios te ha justificado, te ha regenerado, te ha hecho hijo y heredero suyo y te ha dado su Espíritu Santo.

Dios te ha justificado

Es muy importante entender bien este primer punto. Dios no solamente perdonó tus pecados en el momento en que invocaste el nombre de Cristo, sino que te ha justificado. ¿Y no es lo mismo ser perdonado que ser justificado? No exactamente. Dios no podía perdonarnos pasando por alto los eternos principios de su justicia. El pecador debía ser castigado por su pecado, pues, como dice el apóstol Pablo, «la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23), lo cual implica que el hombre debía quedar excluido para siempre del favor y de la gloria de Dios. Sólo los justos tienen acceso al Dios santo. ¿Cómo podría el hombre, malo por naturaleza, aparecer ante Dios como justo y bueno? Esta cuestión ha torturado a los hombres de todos los tiempos. Ya en los días patriarcales, se preguntaba Job: «¿Cómo se justificará el hombre para con Dios?» (Job 9:2).

Ni aun el Todopoderoso podía justificarnos, a pesar de que su amor infinito pugnara por lograrlo, pues su propia palabra declara: «¡Ay de los que dan por justo al impío!» (Isaías 5:23).

Sin embargo, su sabiduría admirable ideó el milagro por el cual Dios, sin dejar de ser justo, pudiera justificar al hombre pecador. El milagro fue la cruz de Cristo. Allí el Hijo de Dios encarnado, el Dios-Hombre, ocupó como sustituto el lugar de los pecadores, se identificó con ellos, cargó con sus pecados, sufrió por ellos y obró una perfecta expiación, mediante la cual la justicia divina quedaba plenamente satisfecha. En virtud de esta obra expiatoria y redentora de Cristo, cuando el pecador acepta por la fe los méritos infinitos de la cruz, es investido por Dios mismo de la justicia perfecta de Cristo, es justificado. Dios lo ve, no como es por naturaleza, pe-

cador, sino a través de Cristo, como un justo exento de pecado.

Siempre, no obstante, será importante recordar y hacer énfasis en que esta justificación sólo la logramos por Cristo y no por nuestros esfuerzos, sacrificios o buenas obras. El apóstol Pablo lo expresa muy bien cuando dice: «Porque por las obras de la ley ningún ser humano se justificará delante de El... siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús, al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo, para que El sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3:20, 23-26). «El que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El» (II Corintios 5:21). «Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1).

¡Quién sabe cuánto había suspirado tu alma por esa paz sin lograr hallarla! Pero en el mismo instante en que dijiste con todo tu corazón: «Acepto a Cristo, mi Salvador», Dios perdonó tus pecados y te justificó plenamente y para siempre. La justificación no sólo es un acto divino a favor del pecador, sino también, y como consecuencia, un estado del pecador justificado en relación con Dios. Y ese estado perdura. Todavía habrá pecado en tu vida; todavía tendrás necesidad de arrepentirte y confesar tus nuevas faltas a Dios y de recurrir a los méritos de Cristo; pero tu posición de pecador justificado nadie la podrá alterar. «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Romanos 8:33). «Y a los que justificó, a éstos también glorificó» (Romanos 8:30).

Dios te ha regenerado

¿Qué significa esto? Que te ha dado una nueva naturaleza moral, con nuevos deseos, nuevos impulsos y necesidades nuevas que te inducirán a vivir no siguiendo las viejas tendencias de la naturaleza pecaminosa, sino conforme a la santa voluntad de Dios.

Esto era una necesidad imperiosa. Si Dios solamente nos hubiera justificado y no hubiera operado ningún cambio en nuestro corazón, la vida cristiana resultaría imposible, pues la potencia del pecado en nuestro corazón natural ahogaría todo brote espiritual. Sería inútil todo nuestro empeño por tratar de reformarnos a nosotros mismos y elevarnos moralmente. Una piedra, por la ley natural de la gravedad, jámás se levantará un palmo del suelo, a menos que una fuerza superior y ajena a la piedra la impulse hacia arriba. Así el hombre caído, por la ley del pecado que le domina, no puede ascender espiritualmente, no puede cambiar su suerte ni su posición en relación con Dios, a no ser que Dios mismo lo levante. «Lo que es nacido de la carne, carne es; lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. El que no naciere otra vez no puede ver el Reino de Dios» (Juan 3:6 y 3). Con estas palabras quiso el Señor reforzar, en su conversación con Nicodemo, la absoluta necesidad de una regeneración espiritual obrada por Dios en el pecador.

Dios ha efectuado en el creyente este nuevo nacimiento de modo verdaderamente sobrenatural. El evangelista Juan, refiriéndose a los que han recibido a Cristo como Salvador y creen en su nombre, dice: «Los cuales no son engendrados de voluntad de carne ni de varón, sino de Dios» (Juan 1:13). De este texto aprendemos que esa experiencia de que venimos hablando se realiza en el momento en que una persona recibe a Cristo en su corazón.

Así que ya lo ves, al convertirte, Dios te ha dado un corazón nuevo y una fuerza nueva para que vivas una nueva vida, para que puedas vencer el pecado y obedecer a tu Señor.

Necesitábamos que Dios nos librara de la culpabilidad del pecado. Por eso nos ha justificado. Pero necesitábamos asimismo que nos librara del poder del pecado; por eso nos ha regenerado. Como consecuencia de esta operación divina en nuestra alma, tenemos una doble experiencia. Las cosas pecaminosas que antes nos deleitaban ahora repugnan a nuestro espíritu y las rehuimos. Por el contrario, las divinas, que antes nos resultaban absurdas y desabridas, son ahora nuestro mayor placer.

Tú verás cómo de día en día ese cambio se hace mayor. En tus ideales, en tus amistades, en tus lecturas, en tus formas de diversión o recreo, en todo verás que «si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron y he aquí todas son hechas nuevas» (II Corintos 5:17).

Dios te ha hecho hijo y heredero suyo

Imaginémonos a un muchacho pobre, harapiento y, por añadidura, mal educado y vicioso. Un día, al pasar por la calle, se cruza con un caballero de porte noble y elevada posición. No le es desconocido; muchas veces el muchacho le ha injuriado. Ahora trata de desviar su camino, pero el caballero se le acerca y, tomándolo suavemente del brazo, le dice: «Mira, si aceptas sinceramente mi amistad, te perdono.» El chico, vencido por tanta magnanimidad, se arrepiente de su conducta y acepta gozoso el perdón y la amistad que se le ofrece. Ahora le da más vergüenza lo andrajoso de su condición y quiere sustituir sus harapos por una indumentaria más decente. ¿Cómo lograrlo? No tiene ni un céntimo, pero el mismo caballero le proporciona traje y zapatos nuevos y posibilidades de educación. Va a hacer de él un hombre nuevo.

¡Admirable! pensamos. ¿Quién podía esperar más de aquel hombre singular? Pues todavía la nobleza de su corazón va más lejos. «Muchacho —dice al joven—, ¿quieres ser mi hijo? Si no tienes inconveniente en ello, te adopto como a tal.»

Todo eso, en un sentido infinitamente más elevado, es lo que Dios ha hecho por nosotros. Antes éramos huérfanos espirituales, detestables pecadores que habíamos ofendido a Dios infinidad de veces y huíamos de El. Pero hubo un día cuando El se cruzó en el camino de nuestra vida y su Espíritu nos asió con el mensaje del Evangelio. Quería perdonarnos, y ello sobre la base sólida de una justificación perfecta por los méritos de Cristo. Al aceptar nosotros su divino perdón y amistad, nos dimos más cuenta de nuestra miseria moral; pero El mismo nos cambió mediante su obra de regeneración. Podríamos así vivir santamente como criaturas redimidas. Su gracia sobreabundó de modo maravilloso. Dios decidió, conforme a su propósito, adoptarnos como hijos suyos por Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Efesios 1:5).

Algunas personas piensan que todos los seres humanos son hijos de Dios; pero no es ésta la enseñanza del Evangelio. Todos los hombres son criaturas de Dios, pero no hijos en el sentido moral y espiritual. Si insistiéramos en descubrir nuestra verdadera filiación, hallaríamos con vergüenza que nuestro padre era el Diablo (Juan 8:43), pues todos «en otro tiempo anduvimos conforme a la condición de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia, entre los cuales todos nosotros también vivimos

en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira también como los demás» (Efesios 2:2 y 3).

Como máxima concesión, las personas que viven sin Cristo podrían compararse al hijo pródigo de la parábola. Este era hijo en el sentido natural, pero mientras vivió en la perdición, su padre lo consideraba muerto. Las Sagradas Escrituras enseñan claramente que sólo a aquellos que reciben por la fe a Cristo les concede Dios el privilegio de ser hechos verdaderos hijos suyos (Juan 1:12).

Lector creyente, ¿te has detenido a pensar en la magnitud de ese privilegio que has adquirido en el momento de tu conversión?

El apóstol Pablo sienta las conclusiones lógicas de esta maravillosa acción de Dios cuando dice: «Habéis recibido el espíritu de adopción por el cual clamamos: Abba, Padre; porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Romanos 8:15-17). Como hijos de Dios, no sólo disfrutamos de su protección, su instrucción, su comunión y su gracia, bendiciones todas ellas insuperables, sino que nos hace sus herederos juntamente con Cristo con el propósito de darnos «una herencia incorruptible que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos» (I Pedro 1:4). La herencia y la gloria de Cristo será compartida por sus redimidos eternamente. Y estamos seguros de que esa gloria excede a toda gloria, como corresponde a Aquel a quien se ha dado «un nombre que está sobre todo nombre» (Filipenses 2:9).

Así, pues, el momento de tu conversión ha sido infinitamente más importante que si un multimillonario te hubiera dejado en herencia toda su fortuna.

¡Hijo de Dios! ¡Heredero con Cristo de sus riquezas inmensas!

Dios te ha dado su Espíritu Santo

Lo ha puesto en ti como prenda y sello de tu salvación. Pablo dice: «Desde que creísteis fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, para la redención de la posesión adquirida para alabanza de su gloria» (Efesios 1:13, 14). Esto da a nuestra personalidad un relieve extraordinario. Somos propiedad de Dios, pues llevamos su sello. Pero además de dignificar nuestra personalidad, nos da una garantía de nuestra salvación en Cristo. En el momento de nuestra conversión, Dios no nos concede todo lo que incluye la salvación. Sólo en la eternidad disfrutaremos de la plenitud de nuestra herencia. Pero ya en el instante en que aceptamos a Cristo, Dios nos concede mucho, y lo más grande de todo es el don de su Espíritu Santo.

Para hacer posible nuestra salvación, Dios se dio a sí mismo en la persona de su Hijo. Para hacer efectiva y asegurar esa salvación, Dios se da a sí mismo en la persona de su Espíritu Santo. Parafraseando unas hermosas palabras del apóstol Pablo, podríamos decir: «El que su propio Espíritu no nos negó, antes lo dio en arras de nuestra redención, ¿cómo no nos dará con El todas las cosas?».

No es menos importante el hecho de que el Espíritu Santo actúa eficazmente robusteciendo la fe del creyente y ayudándole para que progrese en la gracia y en el conocimiento de Cristo. El es el que nos guía y corrobora, nos consuela y nos impulsa con potencia divina. Todo creyente haría bien en leer con detenimiento los capítulos 14 al 16 del Evangelio de

San Juan, subrayando la acción maravillosa del Consolador, sinónimo del Espíritu Santo, en el cristiano.

De Cristo pudo decirse: «Emmanuel, Dios con nosotros.» Del Espíritu Santo puede afirmarse: «Dios en nosotros.» ¡Cuánto ánimo debe infundirnos esta verdad!

Se cuenta de Julio César que en cierta ocasión, cuando iba embarcado en un pequeño bote, notó inquietud y cierto temor en el barquero a causa del fuerte oleaje. Con acento imperial, el egregio personaje exclamó: «No temas, llevas al César.»

Así tú, desde el momento de tu entrega a Cristo, llevas el Espíritu de Dios en ti. No temas las contingencias de la vida cristiana. Deja que el Santo Espíritu te guíe en la gran travesía iniciada en el momento de tu conversión.

Cuestionario

Nota. — Conviene que, a ser posible, cada respuesta vaya apoyada con algún texto de la Biblia.

1. *¿Qué es la conversión?*
2. *¿Cómo ha podido Dios justificarnos?*
3. *¿Qué significa regeneración?*
4. *¿Por qué es necesaria?*
5. *¿Son todos los seres humanos hijos de Dios?*
6. *¿Poseen todos los hijos de Dios el Espíritu Santo?*
7. *¿Para qué nos ha sido dado el Espíritu Santo?*

2

¿Podemos estar seguros?

Ha transcurrido ya algún tiempo desde que tuvo lugar el gran acontecimiento de tu conversión, y el gozo de tu salvación ha empezado a verse ensombrecido por las primeras nubes de la duda. La alegría que siguió a tu decisión por Cristo ha menguado; el calor del entusiasmo que produjo en ti la perspectiva cristiana ha sufrido un pequeño enfriamiento; el cambio en tu conducta no ha sido quizá tan radical como esperabas y, por el contrario, sientes como si resucitaran en ti impulsos y tendencias que considerabas muertos para siempre.

Todo esto te lleva a dudar. Te preguntas: «¿Puedo estar seguro de que realmente soy salvo?»

Un examen de nuestra fe puede ser muy saludable. El mismo apóstol lo recomienda (I Corintios 13:5). Pero debemos hacerlo siempre a la luz de la Palabra de Dios y no guiados por nuestros prejuicios o sentimientos; de otro modo, puede sernos perjudicial.

Muchas personas, eminentemente religiosas, pero imbuidas de prejuicios sin base bíblica, consideran que es arrogancia y soberbia afirmar que podemos

estar seguros de nuestra salvación. Tal idea está en pugna con las Sagradas Escrituras, las cuales nos enseñan que es posible no sólo ser salvos, sino saber que lo somos. El apóstol Juan declara enfáticamente en uno de sus escritos: «Este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, *para que sepáis* que tenéis vida eterna» (I Juan 5:12, 13). El apóstol Pablo, después de hacer un exposición maravillosa de la salvación cristiana, declara con tono de triunfante seguridad: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1).

Si tú has empezado a dudar de tu salvación es porque quizá miras demasiado a ti mismo y demasiado poco a tu Salvador, o porque das más atención a tus sentimientos que a su Palabra. Pedro caminó con firmeza sobre las aguas del Mar de Galilea mientras se mantuvo mirando a Jesús. Tan pronto como volvió sus ojos hacia las olas, empezó a hundirse.

Cimientos inconmovibles

La salvación del cristiano, desde el principio hasta el fin, es obra de Cristo. Por nuestros méritos y esfuerzos no podemos ni obtenerla ni retenerla. El fundamento hondo y estable de nuestra seguridad no radica en lo que nosotros hacemos, sino en lo que Dios ha hecho y seguirá haciendo a nuestro favor. Y del mismo modo que nos convertimos por la fe en Cristo, así por la misma fe nos mantenemos. Nuestros sentimientos relativos a la salvación pueden variar y, sin duda, varían. Hay momentos cuando *sentimos* muy intensamente el gozo del Señor. En otras

ocasiones nos *sentimos* deprimidos y tristes. Unas veces parece que volamos en alas de la fe; otras diríamos que nos arrastramos bajo el peso de dudas y temores. Estos altibajos, esas oscilaciones, ese flujo y reflujo de los sentimientos no son, por lo general, experiencia que deba alarmarnos. Si la depresión no es consecuencia de algún pecado conocido y encubierto, no es grave, y no debe preocuparnos excesivamente. No hay nada más voluble e inconstante que los sentimientos del corazón humano. Bien dijo el Señor por boca de Jeremías: «Engañoso es el corazón» (Jer. 17:9).

Afortunadamente no son los cambiantes sentimientos de nuestra alma los que salvan, sino Cristo, y El es inmutable, «el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Nuestra misma fe puede debilitarse, pero El, «habiendo amado a los suyos, amólos hasta el fin» (Juan 13:1). Nuestras palabras y nuestras promesas de lealtad pueden fallar, como fallaron las de Pedro (Mateo 26:35, 69-75), pero la Palabra del Señor permanece para siempre. «El cielo y la tierra pasarán —dijo El—, mas mis palabras no pasarán» (Mateo 24:35).

¿Y qué nos enseñan sus palabras? ¿Que debemos seguir incondicionalmente a un Salvador que no asegura nuestra salvación? En modo alguno. He aquí una de sus declaraciones más rotundas: «De cierto, de cierto os digo, el que oye mis palabras y cree al que me ha enviado tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, sino que pasó de muerte a vida» (Juan 5:24). No dice «El que cree en Mí podrá llegar a tener vida eterna», sino «tiene». Ni dice «pasará», sino «pasó» de muerte a vida. Desde el momento en que creemos, nuestra salvación es un hecho consumado, aunque a partir de ese momento deba ir desarrollándose. Dudarlo ¿qué significaría? Tildar a Jesús de mentiroso. ¿Quién se atreverá a ello?

Quizás objetarás que el temor tuyo nace precisamente de que, aunque crees, tu fe es vacilante y débil. ¡Pero crees! Pues basta para tener la seguridad de que eres salvo. El Señor Jesucristo nunca enseñó que aceptaría sólo al que creyera mucho o tuviera gran fe en El. A un padre atribulado dijo: «Si crees —a secas—, al que cree todo es posible.» El hombre, cargado de dudas, exclamó: «¡Creo, ayuda mi incredulidad!» (Marcos 9:23, 24), y Jesús atendió a su súplica.

A las palabras de Cristo debemos añadir las consecuencias de algunos hechos que ya expusimos en el primer capítulo. Dijimos que Dios nos ha regenerado, «siendo renacidos no de simiente corruptible sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (I Pedro 1:13). Si la semilla es incorruptible y eterna, así debe serlo la vida que produce. «Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos son dadas de su divina potencia, por el conocimiento de Aquél que nos ha llamado por su gloria y virtud, por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina» (II Pedro 1:3-4). En el fenómeno espiritual de nuestra conversión, no sólo nos infunde Dios una nueva vida, sino que nos dota de una naturaleza nueva. Todo esto es mucho más permanente de lo que nosotros mismos nos podemos imaginar. Una vida y una naturaleza que proceden de Dios y que Dios mismo sostiene por «su divina potencia» no pueden desvanecerse así como así, y por lo tanto no deben depender de las azarosas fluctuaciones sentimentales de nuestro corazón.

También dijimos que Dios nos ha hecho hijos suyos y, sin duda, creemos que mientras somos sus hijos somos salvos. Bien, ello equivale a decir que dudar de nuestra salvación es dudar de que somos

hijos de Dios. Y esta duda, ¿no revelaría por nuestra parte un concepto muy pobre del Padre celestial? Cuando Dios nos adopta en calidad de hijos, no juega. Lo hace con carácter definitivo. Sería anomalía mental creer que sólo somos hijos de nuestros padres cuando nos «sentimos» hijos de ellos y cuando nos gozamos intensamente en su paternidad. De este modo seríamos hijos y dejaríamos de serlo muchas veces en el transcurso del tiempo. ¡Absurdo!, dirás, y estás en lo cierto. Pues no menos absurdo es subordinar nuestra filiación divina y, en consecuencia, la seguridad de nuestra salvación, a la intensidad de nuestra fe, de nuestro gozo o de cualquier otro sentimiento cristiano. Como a hijos, Dios nos disciplinará si somos desobedientes, pero nunca nos excluirá de su familia.

Si este argumento lógico fuera poco, el Espíritu Santo mismo «da testimonio a nuestros espíritus de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16). ¡Bendito testimonio! Nos consta, sin embargo, que incluso este texto precioso ha sido mal entendido por algunos creyentes que esperaban «sentir» algo así como una voz misteriosa del Espíritu Santo en su alma. Pero Pablo no menciona en absoluto el verbo «sentir», sino la expresión «da testimonio». Si nos hace «entender» que somos hijos de Dios y si crea en nosotros una conciencia íntima de esta realidad, su testimonio ya es suficientemente efectivo. «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura» (I Corintios 2:14). «Mas nosotros hemos recibido el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos —no para que sintamos— lo que Dios nos ha dado» (I Corintios 2:12). Si conocemos y entendemos que Dios nos ha hecho hijos suyos por la fe en Cristo es porque el Espíritu de Dios ha dado testimonio de ello a nuestros espíritus.

Se cuenta de Abraham Lincoln que cuando era

joven se hospedó en casa de un amigo. Por la noche, el amigo irrumpió súbitamente en la habitación del huésped llamándole con gran excitación para que saliera a ver una lluvia de estrellas. «¡Ha llegado el fin del mundo!» exclamaba. Lincoln se levantó y miró por la ventana. En efecto, el espacio se veía surcado por infinidad de cuerpos luminosos. Pero cuando miró hacia las alturas más remotas vio las grandes constelaciones que permanecían tan inconmovibles como las había visto desde su infancia. No había por qué temer.

Así tampoco deben inquietarnos las «estrellas fugaces» de nuestros sentimientos. Las palabras y las obras de Dios que se refieren a nuestra salvación permanecen firmes.

El lugar de los sentimientos

Lo que llevamos apuntado no significa que el corazón del cristiano haya de ser insensible como una losa de mármol. Cuando el cristiano posee la seguridad de la salvación se goza en ella, tiene paz, y todas las potencias emocionales de su alma responden a los grandes estímulos de la experiencia cristiana. La pérdida del gozo y de la paz pueden ser síntoma de desarreglos en la vida espiritual, quizá de pecado, lo cual debería alarmarnos y llevarnos al arrepentimiento. Lo que queremos decir es que el gozo de la salvación es efecto y no causa de la seguridad de la salvación. Anteponer el gozo a la seguridad sería, como alguien ha dicho, poner el carro delante del caballo.

«Dudo de mi conversión»

Algunos creyentes entienden bien que, si realmente hubo en ellos una auténtica conversión, son salvos. Comprenden y aceptan todo lo anteriormente expuesto. Pero les queda una duda: ¿fue real su conversión o fue una ilusión superficial, faltada de un conocimiento claro del Evangelio?

Es muy probable que la conversión fuera real, aunque naturalmente faltara gran parte de conocimientos del Evangelio o una robustez de fe que se han ido adquiriendo después. No debe confundirse el nacimiento con el crecimiento.

Admitamos, no obstante, que aquella primera experiencia espiritual no fue una auténtica conversión, que no hubo sincero arrepentimiento ni fe verdadera. Pero tu alma aborrece el pecado (actitud y espíritu de arrepentido), confías de todo corazón en los méritos de Cristo para tu salvación y procuras obedecerle y servirle. Entonces, no te preocupes. Aunque no puedas precisar ni el modo, ni el momento de tu conversión, ésta ha tenido lugar. Además, siempre estás a tiempo de hacer lo que yo mismo hice en una ocasión. Varios meses después de haber creído en Cristo, el diablo me atormentaba tratando de convencerme de que yo nunca había pasado por la experiencia de una conversión clara y definida. No pudiendo resistir más la angustia de aquella lucha, dije a Dios: «Si acaso fuera verdad que nunca me he convertido, ahora me convierto a Ti. Perdona todos mis pecados. Creo con toda mi alma que Jesucristo es mi Salvador. ¡Ayúdame a vivir para El!» Las dudas se desvanecieron y la paz renació en mí.

Contra todas las dudas, contra los peligros de una introspección exagerada, el mejor remedio es mirar a Cristo. «Puestos los ojos en el Autor y Consumador

de la fe, en Jesús» (Hebreos 12:2) es un magnífico lema para todo cristiano. El gran predicador inglés, C. H. Spurgeon, decía: «Miré al Señor y la paloma de la paz espiritual vino a mi pecho. Miré a la paloma y ésta se escapó volando.»

Sirva de broche final a este capítulo un consejo que leí hace tiempo:

«Cree tus creencias y duda de tus dudas;
pero nunca creas tus dudas ni dudes de tus creencias.»

Si lo sigues, pronto cantarás: «Grata certeza, soy de Jesús.»

Cuestionario

1. *¿Es arrogancia tener la seguridad de que somos salvos? ¿Por qué?*
2. *¿Podemos estar seguros de la salvación cuando nos falta el gozo de la misma?*
3. *¿Sobre qué hechos debemos fundar nuestra seguridad?*
4. *¿Quién da testimonio a nuestros espíritus de que somos hijos de Dios?*
5. *El gozo y la paz en nuestras almas ¿quó son, causa o resultado de nuestra certidumbre?*
5. *¿Cuál es el mejor remedio para librarnos de mirar demasiado a nosotros mismos?*

3

Salvos para ser santos

Desvanecidas las dudas en cuanto a la seguridad de tu salvación, deseas vivir tu vida cristiana de modo digno. El gozo y la paz de la certidumbre infunden en ti nuevos bríos. La gratitud a Aquel que te ha salvado te mueve a servirle y te apropias aquella pregunta de Saulo postrado en el camino de Damasco: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Comprendes que Dios, al salvarte, tenía y tiene un propósito. Descubrirlo y someterte a su realización es tu privilegio.

En efecto, hay un gran objetivo a alcanzar en la experiencia espiritual de todo cristiano. A la pregunta: «¿Para qué hemos sido salvos?», Pablo, divinamente inspirado, responde: «Para que fuésemos *santos* y sin mancha delante de El en amor... para alabanza de la gloria de su gracia» (Efesios 1:4, 6, 12). El apóstol Pedro confirma esta respuesta. Después de detallar aspectos gloriosos de nuestra salvación, añade: «Por lo cual... como Aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos» (I Pedro 1:13-15).

De modo solemne se subraya lo esencial de este

objetivo en Hebreos 12:14, donde se declara enfáticamente que «sin la santidad, nadie verá al Señor».

En conclusión, somos salvos para ser santos, y si alguien tratara de prescindir de esta finalidad demostraría que ni ha entendido ni ha experimentado la salvación.

Aclarando conceptos

¿Qué significa ser «santos»?

Hay personas que tienen un concepto sumamente restrictivo de esta palabra. Creen que, de entre todos los cristianos, sólo unos pocos merecen el nombre de santos. Son los que durante su vida se distinguieron de modo extraordinario por su piedad, su conducta intachable, su fe ardiente e incluso por una cierta capacidad para obrar milagros. Sólo después de muertos, al final de un complejo escrutinio de sus virtudes y su obra, son «canonizados» o declarados santos.

El concepto que de las Sagradas Escrituras se desprende es muy diferente. No son algunos cristianos excepcionales los «santos», sino todos los creyentes redimidos por Cristo, todos los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia. El apóstol Pablo encabeza su carta a los Corintios con las siguientes palabras: «A la Iglesia de Dios que está en Corinto, santificados en Cristo Jesús, llamados santos» (I Corintios 1:2). Precisamente la iglesia de Corinto no era una de las que más se distinguieron por la rectitud y pureza de sus miembros. Entre ellos había defectos y pecados graves. Con un lastre considerable de orgullo, egoísmos, celos y hasta de inmoralidad, distaban mucho de ser ejemplo para el resto de la cristiandad. A pesar de todo, Pablo los denomina «santos». ¿Por qué? Porque, como declara a

renglón seguido, han sido «santificados en Cristo Jesús». Dios los ve a través de la santidad perfecta de Cristo. El apóstol amplía la idea cuando dice que Cristo «nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación y santificación...» (I Corintios 1:30). Del mismo modo que no podemos hablar de justificación pensando en nuestros propios méritos, sino en los de Cristo, así tampoco podemos pensar en nuestra santificación independientemente de nuestro Santificador. Es en virtud de la obra de la cruz que se puede hablar de los creyentes como santos. Pero esa obra es suficiente y completa. «Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (Hebreos 10:14).

En un aspecto, pues, nuestra santificación es algo perfecto y consumado y Dios nos ve sin mancha ni defecto. ¿Nos dará esto pie para vivir como mejor nos plazca, tolerando el pecado en nuestra conducta?

La santidad práctica

Ya en días del apóstol Pablo había enemigos del Evangelio que trataron de pervertir los principios gloriosos de la salvación por gracia, atribuyendo a Pablo doctrinas que nunca enseñó. «Hagamos males para que vengan bienes» (Romanos 3:8), decían; y «sigamos pecando para que la gracia aumente». El gran apóstol refuta esa maligna sugerencia con toda la energía de que era capaz en el capítulo 6 de la epístola a los Romanos.

«¿Perseveraremos en pecado para que la gracia crezca? En ninguna manera» (v. 1). Hace resaltar magistralmente los dos aspectos de nuestra santificación. Uno es el aspecto ideal o divino; el otro es el aspecto práctico o humano. El primer aspecto lo presenta del siguiente modo: al unirnos a Cristo por

la fe, nos identificamos con El en su muerte y resurrección; por consiguiente, para Dios hemos muerto al pecado, y «el que es muerto, justificado es del pecado» (Romanos 6:7). Ya no hay juicio ni condenación para el creyente. ¡Es santo en Cristo! Pero no es menos claro Pablo en su exposición del segundo aspecto. En el versículo 12, dice: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias». La palabra «pues» indica consecuencia de lo anteriormente expuesto. Es como si dijera: «Si Dios os considera santos en Cristo, sed santos en la práctica de vuestro vivir».

Dios tiene perfecto derecho de exigirnos tal cosa. Somos redimidos suyos y, en consecuencia, su propiedad. «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (I Corintios 6:19-20).

Santo — Separado

Debemos reconocer ese aspecto de nuestra relación personal con Dios. Le pertenecemos completamente. Sobre nuestro ser entero habría de colocarse el título «Reservado para Dios». Este era el significado de la palabra «santos» en el Antiguo Testamento. Tanto las personas como los objetos que se separaban para el servicio del culto a Dios eran personas o cosas santas. La tribu de Leví fue «santificada» o separada para el ministerio del tabernáculo en sustitución de los primogénitos de toda familia israelita (Núm. 3:12, 13). En sentido semejante fueron «santificados» el tabernáculo mismo y el altar, Aarón, sumo sacerdote, y sus hijos (Exodo 29:44). Aquellos hombres y aquellos objetos tenían una razón primordial de existir: servir a los fines determinados por Dios.

En el Nuevo Testamento reaparece esa idea de separación y consagración. Ello no significa que todos los cristianos deben dedicar todo su tiempo al servicio del Señor al estilo de un pastor, evangelista o misionero. Lo que se quiere enseñar es que hemos sido llamados a salir del pecado y del mundo, rompiendo nuestra asociación con ellos, a fin de que vivamos como dignos hijos de Dios. «No os juntéis en yugo con los infieles; porque ¿qué compañía tienen la justicia y la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el fiel con el infiel? ¿Y qué concierto el templo de Dios con los ídolos?, porque vosotros sois el templo de Dios viviente. Como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré y seré a vosotros Padre y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (II Cor. 6:14-18). La consecuencia es natural y clara: «Así que, amados, pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu perfeccionando la santificación en temor de Dios (I Corintios 7:1).

Conviene, de todos modos, que no olvidemos el doble carácter de este llamamiento. Por un lado «salimos» de lo pecaminoso y mundano; por otro, nos ponemos en las manos de Dios para hacer su voluntad y servirle. Este debe ser el ideal supremo del cristiano en esta vida, como lo será en la eternidad. «Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí; que si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Así que, o que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir, para

ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Romanos 14:7-9).

Tenía razón aquel candidato a misionero, cuando contestando a una pregunta de sus examinadores, dijo: «La santificación es un alma poseída por Dios.» La idea no estaba correctamente expresada, pero era excelente.

El ideal perfecto

Hasta aquí hemos considerado la santidad como un hecho y como un requerimiento. El santo en Cristo debe vivir como un santo en el mundo. Llegamos ahora a una pregunta importante: ¿Qué es la santidad? En lenguaje teológico se diría que santidad es la suma de atributos morales que distinguen a Dios y es santo el que vive en conformidad con la santidad de Dios. Pero hay en la Sagrada Escritura una contestación más sugestiva y fecunda. La encontramos en Romanos 8:29. «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos.»

Cristo es la santidad personificada. Un santo es el que reproduce en su modo de vivir la imagen moral de Cristo. Santificación es la acción por la cual esa imagen se graba y se manifiesta en el cristiano. Pablo exhorta a los corintios, diciéndoles: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (I Cor. 11:1); y a los filipenses: «Haya en vosotros el sentir que hubo en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5). Juan enseña que «el que dice que está en El (Cristo), debe andar como El anduvo» (I Juan 2:6).

«¿Qué haría Jesús en mi lugar?» Es una pregunta que ha ayudado a más de un creyente a resolver problemas morales y a entender lo que significa santidad.

El lugar de las buenas obras

Es verdad que por nuestras buenas obras ni podemos justificarnos ni podemos ganarnos la entrada en el cielo. A este objeto, las mejores obras son como trapos de inmundicia (Isaías 64:6) y bien claramente enseñan las Escrituras que «por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de Dios» (Romanos 3:20). Pero las obras del cristiano han de ser justas, nobles y santas. El creyente las hace no para salvarse, sino porque es salvo. Ante Dios se justifica sólo por la fe, pero esa fe se justifica y demuestra ante el mundo por medio de obras. Estas son resultado natural de aquélla. Sin fe sincera, no puede haber obras; sin obras, la fe es muerta. Así lo expresa Santiago al decir, refiriéndose a Abraham: «¿No ves que la fe obró con sus obras y que la fe fue perfecta por las obras...? Como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta» (Santiago 2:22-26).

En su epístola a los Efesios, Pablo sitúa muy certeramente el lugar de las obras en la experiencia cristiana. «Porque por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: No por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8, 9); pero seguidamente añade: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas» (v. 10).

La cosa es clara: somos salvos no *por* buenas obras, sino *para* buenas obras.

El campo de tales obras debe extenderse a toda nuestra conducta. En la Palabra de Dios hallamos instrucciones y principios claros que deben regir por completo nuestro modo de vivir. Porciones luminosas a este respecto son: Mateo, caps. 5, 6 y 7; Romanos 12 y 13; Gálatas 5:19-24; Efesios 4:17-32 y caps.

5 y 6; Colosenses 3; I Tesalonicenses 5:14-23 y Tito 2, entre muchas otras. El lector creyente hará bien en leerlas y meditarlas. En ellas descubrirá orientaciones preciosas para su vida en relación con la Iglesia, el hogar, el lugar de trabajo, la sociedad y el Estado, y advertirá nuevos privilegios con debes nuevos en su calidad de hombre o mujer, esposo, padre, hijo, hermano, amigo, empresario u obrero y ciudadano.

¡Eso es demasiado!

Es muy triste que algunos cristianos se conformen con ideales pobres. Piensan más en el perdón de sus pecados que en la limpieza de sus corazones. Se hacen su propio plano de santidad, no de acuerdo con los requerimientos de la Palabra de Dios, sino de acuerdo con su propio criterio. Si no lo dicen, piensan que es imposible aplicar las normas de la moral cristiana a la vida diaria. La sociedad está corrompida —opinan— y mientras vivamos en la tierra hay principios cristianos que, por hermosos que sean, resultan impracticables. En la vida de estos cristianos no hay pecados escandalosos, pero sí licencias contrarias a la Palabra de Dios. A este tipo de cristianos da Pablo el calificativo de «carnales» (I Corintios 3:1-3). También les cuadraría el de «mundanos».

«Pero yo —hemos oído decir— ya me conformo con ser un cristiano de segunda categoría, uno de esos "carnales". A los "espirituales" los considero unos fanáticos. Lo principal es tener asegurada mi salvación.» Es un lenguaje descarado que revela miseria de espíritu, tanta miseria que casi raya en la ruina. Los que así hablan o piensan pueden ser salvos, pero no sé si pueden estar muy seguros de su salvación.

«La cuestión es entrar en el cielo, sea como sea», decía un cristiano frívolo a un predicador del Evangelio del siglo pasado. «Usted puede desear lo que le plazca —replicó éste—, pero yo no quisiera entrar en el cielo de cualquier modo. Mi casa está cerca del puerto y alguna vez he visto la llegada de barcos desvencijados, con sus mástiles rotos y sus jarcias deshechas, lentamente remolcados hasta atracar junto al muelle. Yo no quisiera entrar así en el cielo, sino con todas las velas y banderas desplegadas». ¡Magnífico!

Pablo usa una ilustración aún más impresionante cuando dice que «la obra de cada uno será manifestada, porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada, y el fuego mismo probará la calidad de la obra de cada uno. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno fuere quemada, será perdida, si bien, él mismo será salvo, aunque así como por fuego» (I Cor. 3:13-15). No sé si todo el gozo del cielo y de la eternidad podrá anular completamente la sensación de pérdida producida por esta experiencia. Vale la penar pensar en cómo vamos a vivir nuestra vida cristiana en la tierra, pues sólo la podemos vivir una vez. Nuestros errores y nuestros descuidos o negligencias tendrán consecuencias eternas.

¿Larvas o mariposas?

El cristiano no puede resignarse a vivir en el plano de la carnalidad. ¡Cuán penetrantes son para el creyente sensible las palabras de Pablo en Romanos 12:1, 2! Considerémoslas: «Hermanos, os ruego por la misericordia de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional y no os conforméis

a este siglo; mas transformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.» El primer versículo nos insta a darnos a Dios en consagración de santidad movidos por sus misericordias infinitas. El segundo nos muestra la manera de hacerlo. El cristiano no debe «conformarse» a este siglo, es decir, no debe ajustar sus principios morales y su modo de ser a los principios, reglas y modo de ser del mundo, sino que debe «transformarse» para experimentar (no sólo conocer o entender), o sea, para vivir, «la buena voluntad de Dios agradable y perfecta». En el original griego la palabra que en nuestra versión española se ha traducido por «transformaos» es la misma de la cual se ha derivado el vocablo «metamorfosis»; literalmente, cambio de forma; pero, de hecho, cambio de naturaleza también. Metamorfosis es, por ejemplo, la serie de cambios que experimenta un insecto. Primeramente existe en estado inconsciente en el embrión del huevo; luego es larva; finalmente, mariposa. Entre esos estados median verdaderas crisis biológicas que dan lugar a grandes transformaciones. También el apóstol Pablo hacía una triple clasificación de los hombres: el hombre natural, el carnal y el espiritual. Del estado de hombre natural (el pecador no redimido, que podríamos comparar al huevo por su estado de inconsciencia en el sentido espiritual), no se pasa al de cristiano por reforma de carácter o de naturaleza, sino mediante aquella crisis tranformadora que consideramos en el primer capítulo y que llamamos regeneración.

Hay cristianos que al nacer a la nueva vida en Cristo lo hacen con una cierta plenitud de desarrollo. Su consagración es simultánea a su conversión e inmediatamente el Señor se adueña de sus vidas. Son «espirituales» desde el principio. Podríamos decir, siguiendo la ilustración, que del huevo ha salido una mariposa. Pero hay muchos otros casos en que la conversión da nacimiento a una larva, a un cristiano carnal que se pasa meses o años, a veces toda la vida, en la tierra arrastrándose sobre las terrenas miserias, ajeno a los goces de la vida superior del plano «espiritual». Afortunadamente, hay para el carnal posibilidad de transformarse en espiritual, aunque para ello sea menester, a semejanza de la larva, negarse y morir a sí mismo a fin de que la vida de Cristo se manifieste. «Con Cristo, estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). ¡He ahí el secreto!

No te resignes a ser larva en el Reino de Dios. Vuela por las regiones espirituales y liba el dulce néctar de sus flores.

Obstáculos y enemigos

Sin duda, no es fácil andar santamente en un mundo lleno de pecado. Tres fuerzas especiales combaten en estrecha coalición contra el creyente. Tradicionalmente se les ha llamado: demonio, mundo y carne. El primero de esta trinidad maligna es un adversario muy real. La Sagrada Escritura lo presenta como el gran adversario de Dios y el tentador de los hombres. Provocó la caída de Adán y Eva; intentó la de Cristo y sigue acechando a los cristianos «cual león rugiente, buscando a quien devore» (I Pedro 5:8). Deber nuestro es «resistirle firmes en la fe» (v. 9).

No menos perjudicial es la influencia del mundo con su materialismo impío e inmoral. De aquí que Juan nos prevenga diciendo: «No améis el mundo ni

las cosas que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (I Juan 2:15). En otro capítulo nos extenderemos más sobre este punto.

Pero queremos hacer énfasis especial en el tercer enemigo, el cual por llevarlo con nosotros mismos a modo de quinta columna, es el más constante y peligroso. Leemos en la Palabra de Dios que «la carne codicia contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne y estas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisiereis» (Gálatas 5:17).

Conviene, ante todo, que sepamos identificar a este enemigo. A muchas personas la palabra «carne» sólo les sugiere apetitos del cuerpo, tales como la gula y el instinto sexual. Pero la idea bíblica de la palabra es mucho más amplia, pues incluye todos los apetitos y tendencias no sólo del cuerpo, sino también del corazón natural del hombre. Es el «Yo» de cada individuo. En la «carne» radican también los pecados del espíritu, tales como el egoísmo, la soberbia, la envidia y los resentimientos.

Actúa en la experiencia del cristiano como una fuerza completamente opuesta a la santificación; y es tan poderosa que si el creyente fuera abandonado a sus propios recursos lo derrotaría continuamente. Un cuadro patético de esta experiencia nos lo presenta Pablo en el capítulo 7 de su epístola a los Romanos. «Yo sé que en mí, es a saber, en mi carne, no mora el bien; porque tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo; porque no hago el bien que quiero, mas el mal que no quiero, éste hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios, mas veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi espíritu y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»

Afortunadamente, luchamos con enemigos vencidos. Cristo derrotó al diablo (Lucas 4:1-12), venció al mundo (Juan 16:33) y condenó al pecado en la carne (Romanos 8:3). Sus victorias pueden ser nuestras victorias. Así lo entendía Pablo. Inmediatamente después de su exclamación y su pregunta desesperada en Romanos 7:24: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?», prorrumpe en otra exclamación de gozo y de confianza: «Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro» (v. 25). En el capítulo 7 se nos presenta al hombre que lucha contra el pecado en un régimen de ley, con sus propias fuerzas y recursos. En el capítulo 8 se presenta al hombre en Cristo. En el 7 hay un cuadro de lucha que acaba en derrota; el capítulo 8 es un canto de victoria para «los que están en Cristo Jesús».

Nuestro gran Ayudador

El poder victorioso de Cristo nos es comunicado por el Espíritu Santo. Otro contraste notable entre los capítulos 7 y 8 de Romanos es que en el primero todo tiene el «Yo» como centro, mientras que en el segundo toda la acción corresponde al Espíritu de Dios. El nos libra de la ley del pecado y de la muerte» (v. 2); nos guía (v. 14); «da testimonio a nuestros espíritus de que somos hijos de Dios» (v. 16); «nos ayuda en nuestra debilidad» (v. 26); «pide por nosotros» y «conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos» (v. 26 y 27).

En efecto, Dios es el que, por su Espíritu, en nosotros «obra así el querer como el hacer, por su bue-

na voluntad» (Filipenses 2:13). Bien diferente de aquel «tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo» (Rom. 7:18).

Nuestra gran responsabilidad

Es un motivo de aliento pensar que Dios es el que obra en nosotros, haciendo posible nuestro progreso victorioso en la vida cristiana. Pero el mismo versículo que nos proporciona tal estímulo (Filipenses 2:13) va precedido de otro con el cual se entrelaza inseparablemente: «Amados míos, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (v. 12).

Dios tiene su parte; pero nosotros tenemos la nuestra, y debemos cumplirla con gran diligencia. Para ello debemos abstenernos de cuanto pudiera impedir la obra santificadora del Espíritu Santo en nosotros. Si no cedemos a su santo influjo, lo apagamos. Si toleramos el pecado en nuestra vida, lo contristamos. Tanto en un caso como en otro estorbamos su acción. Por eso, la Palabra del Señor nos recomienda: «No apaguéis el Espíritu» (I Tesalonicenses 5:19) y «no contristéis al Espíritu Santo de Dios» (Efesios 4:30).

Además, Dios pone a nuestro alcance diversos medios para que crezcamos en la santificación. De algunos de ellos nos ocuparemos en los capítulos que seguirán. Como introducción a estos capítulos y como conclusión de éste, subrayaremos el hecho de que algún día el Señor nos pedirá cuentas del uso que hagamos de los medios que, cual talentos preciosos, Dios nos ha dado para nuestro crecimiento espiritual.

«Por esto mismo, poniendo toda diligencia, mostrad en vuestra fe virtud... Procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección, porque haciendo estas cosas no caeréis jamás (II Pedro 1:5-10).

Cuestionario

1. *¿Cuál es el gran propósito de Dios al sarvarnos?*
2. *¿Quiénes son santos, según el Nuevo Testamento?*
3. *¿Por qué debe manifestarse la santidad en la vida práctica del cristiano? Detalle dos motivos.*
4. *Si no somos justificados por nuestras buenas obras, ¿tienen éstas algún lugar en nuestra vida cristiana? ¿Cuál?*
5. *¿Cuáles son los principales obstáculos que se oponen a nuestra santificación?*
6. *¿Cuál es nuestro gran recurso para vivir santamente a pesar de esos obstáculos?*

4

La palabra que nutre

Uno de los medios más importantes de que disponemos para nuestro crecimiento cristiano es la lectura y meditación de las Sagradas Escrituras.

Nuestro alimento espiritual

Del mismo modo que la vida física no puede mantenerse sin una alimentación adecuada, así tampoco podemos subsistir espiritualmente si no nos nutrimos de la Palabra de Dios. En ella encuentra provisión rica tanto el creyente que acaba de nacer a la vida cristiana como el cristiano maduro. Contiene «la leche espiritual, sin adulteración, para que por ella crezcáis» (I Pedro 2:2), pero también «vianda» sólida para aquellos que ya han salidó de la infancia espiritual (I Cor. 3:2).

La Palabra de Dios encierra todos los elementos necesarios para una alimentación completa. Tiene promesas para robustecer nuestra fe, principios y preceptos para regular nuestra vida, admoniciones

para protegernos, ejemplos para estimularnos, reprensiones para corregirnos y consejos para guiarnos. Todo ello abunda en las Sagradas Escrituras y todo debe incluirse en nuestra dieta espiritual. La carencia de vitaminas o algunas otras sustancias en la nutrición física produce trastornos y enfermedades en el organismo. Así la falta de alguno de los elementos de nutrición espiritual contenidos en la Palabra de Dios puede dar lugar a enfermedades espirituales. Por ejemplo, un cristiano que sólo se complazca en meditar en las promesas de Dios, prescindiendo de sus mandamientos, fácilmente puede descuidar su conducta. Otro cristiano que pone su atención en los mandamientos divinos, olvidando las promesas, cuando cae en alguna falta se tortura casi sin esperanza. Un creyente da preferencia al aspecto doctrinal de la Biblia, despreciando el devocional. Sus conceptos y creencias serán muy bíblicos y muy ortodoxos, pero su ortodoxia será seca; su cabeza será grande, pero su corazón débil. Otro creyente, por el contrario, prefiere abrevar su corazón en el torrente de porciones devocionales sin pararse a profundizar en las enseñanzas doctrinales. ¿Resultado? Superficialidad. Viene cualquier «viento de doctrina» extraña y su fe se tambalea. *Todo* cristiano debe alimentarse de *toda* la Palabra.

En busca de Cristo

A lo antedicho, debemos añadir algo. No debemos abrir la Biblia con el mero afán de adquirir conocimientos, aunque sean espirituales. Debemos acercarnos a ella con el ánimo de encontrar a Cristo y estar en comunión con El. Nuestro contacto con el Libro debiera significar siempre un contacto íntimo que avivara nuestra fe en Jesús, nuestro amor y nuestra

obediencia. El error fatal de los escribas consistió en que sólo conocían la letra de las Sagradas Escrituras y nunca llegaron a conocer a Aquél del que las Escrituras daban testimonio (Juan 5:39). Muy bien dijo una vez Lutero: «Vamos a la cuna para ver al niño; así vamos a la Biblia para ver a Cristo.»

De hecho, en todos los libros de la Biblia aparece Cristo de un modo u otro. Aun en el Antiguo Testamento, en las promesas hechas a los patriarcas, en los personajes figurativos, en los sacrificios simbólicos, en los salmos, en las profecías, en todo aparece la persona excelsa del Mesías, el Salvador. Nada digamos de los libros del Nuevo Testamento, donde vemos a Cristo con toda la gloria de su persona, de su vida y de su obra.

La solución al rompecabezas

Para algunas personas, la Biblia resulta un libro confuso e incoherente. Encuentran en sus páginas historia, filosofía, moral, poesía, doctrina, pero como algo disperso; no llegan a descubrir el cuadro imponente de su conjunto.

Varios niños se esforzaban en cierta ocasión por componer las piezas de un rompecabezas para reproducir un maravilloso modelo. Todos sus esfuerzos parecían inútiles. De pronto, uno de ellos notó que en el reverso del modelo había dibujada una cara de hombre. «¡Hay un hombre detrás!», exclamó. Deshicieron lo que habían hecho y se pusieron a componer la cara del hombre, tarea bastante fácil. Esto concluido, dieron la vuelta al conjunto de las piezas y con gran satisfacción vieron perfectamente reproducido el modelo que antes no habían podido compaginar.

Detrás del Libro hay un Hombre, el Dios-Hombre,

Cristo. Para quien no le conoce espiritualmente resulta imposible obtener la visión maravillosa del conjunto de la Biblia.

«¿No ardían nuestros corazones?»

Una de las experiencias más preciosas que un cristiano puede tener es la de los discípulos de Emaús, a los cuales el Señor mismo declaró «comenzando desde Moisés y de todos los profetas en todas las Escrituras, lo que de El decían» (Lucas 24:27). No es extraño que pronto el corazón de ellos ardiera encendido en fe y entusiasmo (vers. 32). ¡Cuántos cristianos han salido del abatimiento cuando, por la lectura de la Biblia, han oído la voz de Cristo y han sentido su contacto vivificador!

Ya ves, pues, querido lector, cuán importante es no descuidar este medio de comunión con el Señor. No cejes hasta adquirir el hábito de leer la Biblia diariamente. El general Montgomery, famoso por su actuación durante la última guerra mundial, dijo un día a sus colegas de Estado Mayor: «Leo la Biblia cada día y les aconsejo a ustedes que hagan lo mismo.» ¡Inmejorable consejo!

¿Podemos entenderla?

Seguramente habrás oído decir más de una vez que aun para los creyentes la Sagrada Escritura es difícil de entender. Ciertamente hay partes de la Biblia que exigen verdadero estudio para llegar a su clara comprensión. Aún más; hay porciones tan profundas que ningún hombre jamás ha llegado a sondear su fondo. Es natural. La Biblia es el Libro de Dios; no debe sorprendernos que en algunos puntos

sobrepase a nuestra comprensión humana. Algunas personas no creen en la Biblia porque hay cosas en ella que no entienden. Por la misma razón yo creo en ella. Si algún día llegara a entender todo lo que en ella hay escrito, mi fe se tambalearía; pensaría que es un libro más entre los muchos escritos por los hombres.

Hay muchísimo, sin embargo, en las páginas de la Sagrada Escritura que está al alcance de todo creyente. Alguien ha comparado la revelación bíblica a un mar, con lugares hondos donde se precisa saber nadar, pero también con extensísimas playas donde hasta los niños pueden jugar.

Un escéptico comentaba, mientras comía con un amigo creyente, algunas supuestas dificultades bíblicas.

—¿Qué haces —le preguntó— cuando tropiezas con una de estas dificultades?

—Muy sencillo —repuso el amigo—. Lo mismo que hago cuando como. Si encuentro un hueso, lo separo y sigo comiendo.

Así tú, lector, no te preocupes demasiado si al principio de tu vida cristiana en tu lectura de la Biblia no entiendes todo lo que lees. Siempre hallarás mucho que podrás comprender fácilmente, y cuanto más la leas más la comprenderás. El mejor intérprete de la Biblia es la Biblia misma.

Cómo leer la Biblia

Pueden darse algunas instrucciones para que de la lectura bíblica se saque el mayor provecho.

1.º *Léela con reverencia.* Su texto constituye el medio más permanente y el más autorizado por el cual la revelación de Dios ha llegado al conocimiento

de los hombres. Sobre todas sus páginas originales sopló el Espíritu de Dios hálito de inspiración. Como dice el apóstol Pablo: «Toda Escritura es inspirada divinamente» (II Timoteo 3:16). Las palabras de Pedro tienen aplicación a toda la Sagrada Escritura cuando declara que «la profecía no fue en los tiempos pasados traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (II Pedro 1:21).

Hoy el mismo Espíritu de Dios puede hablar a tu alma por medio de esa Palabra escrita. El que la inspiró es poderoso para hacerla vibrar y vivir en tu corazón. Acércate, pues, a la Biblia como si hubieras de tener una entrevista con Dios, y hazlo con la consiguiente solemnidad. Hombres piadosos ha habido que tenían por costumbre leer la Biblia de rodillas. Tu espíritu, al menos, debiera mantenerse, mientras lees, en esa posición de sumisión reverente.

2.º *Con fe.* Ya hemos dicho que la Biblia en su totalidad fue escrita bajo el influjo inspirador del Espíritu Santo. Por ello, no sólo es digna de reverencia, sino de fe. El apóstol Pedro expresaba, sin duda, en el fondo el sentir de todos los escritores sagrados, cuando decía: «No os hemos dado a conocer la potencia y venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas por arte compuestas, sino como habiendo con nuestros propios ojos visto su majestad» (II Pedro 1:16).

Las Sagradas Escrituras siempre han sido el blanco de enconadas críticas. Unas veces se ha tratado de impugnar la veracidad de su historia; otras, lo sobrenatural de sus milagros y profecías o sus puntos aparentemente contradictorios. Pero la malignidad de estos ataques no ha podido jamás destruir la autoridad de la Biblia basada en su inspiración divina. Alguien la ha comparado a un inmenso cubo. Por

más vueltas que los hombres le den para derribarla, siempre queda en pie.

Voltaire, el famoso ateo francés, aseguró en el siglo XVIII que en menos de cien años la Biblia habría dejado de circular, pues nadie creería en ella. Cien años después de haber pronunciado su profecía, en su propia casa había un depósito de la Sociedad Bíblica, desde el cual se despachaban miles de ejemplares del sagrado volumen a toda Francia.

Todavía hoy millones de almas confiesan: «Tu palabra es la Verdad» (Juan 17:17). El primero en hacer tal confesión fue Cristo mismo. Bien puedes tú, su discípulo, apropiártela cada vez que abres tu Biblia.

3.º *Con oración.* El salmista decía: «Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley» (Salmo 119:18). Esta súplica debiera preceder siempre a nuestra lectura de la Palabra Santa.

Necesitamos la dirección y ayuda del Señor para entender lo que leemos y sacar provecho de ello. Podríamos comparar la Biblia a un inmenso palacio. En él hay cosas maravillosas, «cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre» (I Corintios 2:9), pero necesitamos alguien que nos guíe si no queremos perder el tiempo. El Guía de los guías en este palacio es el Espíritu Santo. El apóstol Pablo escribe: «Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña —no hay lugares reservados para El— aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado» (I Corintios 2:10-12).

Así, pues, cuando leas tu Biblia, pide la dirección

divina y te será dada. Te aseguro que más de una vez harás descubrimientos y vivirás experiencias gratísimas.

4.º *Con ánimo obediente.* Con la decisión sincera, por tu parte, de asimilar y llevar a la práctica todas sus enseñanzas.

Esta decisión es imposible para el que no conoce a Cristo. La mente y el corazón humanos no se pueden someter a la ley de Dios.

Muchos se burlan de la Palabra de Dios porque no son capaces de vivir conforme a sus enseñanzas. Critican la Biblia porque la Biblia los critica a ellos.

Pero el cristiano puede y debe practicar lo que el Señor, por su Palabra, le enseña. Debe apropiarse sus promesas con gozo, cumplir sus mandatos con amor y atender a sus admoniciones con temor.

Verdad es que no siempre hallamos en la Sagrada Escritura instrucciones explícitas para resolver los múltiples problemas morales que se nos pueden presentar. En algunos aspectos, la vida es hoy diferente de lo que era en días apostólicos. La evolución histórica nos sitúa a menudo ante situaciones nuevas tanto desde el punto de vista religioso como desde el ético, el político o el social. Para las cuestiones que esas situaciones cambiantes plantean no hallamos lógicamente en la Biblia respuestas concretas y categóricas. En sus páginas no se encuentra una normativa exhaustiva para todas las situaciones dables a lo largo de los siglos en todo el mundo. Esto sería prácticamente imposible. Pero sí hallamos en la Biblia unos principios válidos para todos los tiempos que nos permiten deducir la voluntad divina frente a cada una de las cuestiones nuevas ante las que hayamos de enfrentarnos. Lo difícil, generalmente, no es llegar a conocer la voluntad de Dios, sino cumplirla cuando ya la conocemos.

Tu progreso espiritual, amado lector, cesará tan pronto como tú, consciente y voluntariamente, te permitas vivir contra aquello que Dios te ha revelado en su Palabra como su deseo. Más de una vez hemos tenido que tratar el caso del creyente que ha perdido su interés en la lectura y meditación de la Biblia. Ya no disfruta en ella; ya no le satisface. Parece inexplicable; pero cuando se hurga en su intimidad, por lo general, se descubre la misma causa; el pecado manifiesto o la resistencia a aplicar la Palabra de Dios en la conducta, lo cual también es pecado (Santiago 4:17). Confesado y abandonado ese pecado, el interés por la Biblia ha renacido.

«Por lo cual, dejando toda inmundicia y superfluidad de malicia, recibid con mansedumbre la palabra ingerida, la cual puede hacer salvas vuestras almas. Mas sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores engañándoos a vosotros mismos» (Santiago 1:21-25).

5.º *Con regularidad.* No esperes a tener algún momento libre. Búscalo cada día, y a ser posible a la misma hora. Hay quien prefiere la noche antes de retirarse a descansar; otros estiman más provechoso un rato por la mañana, cuando la mente y el espíritu están frescos y libres de los agobios del día. Conviene, sin embargo, que, sea cual sea la hora escogida para la lectura bíblica, ésta se haga sin prisas ni preocupaciones de índole material. De lo contrario puede suceder en nosotros lo de la parábola del sembrador. No damos tiempo ni lugar a que la simiente de la Palabra penetre honda en nuestro corazón; queda en la superficie de nuestra mente y en seguida vienen las aves de los afanes cotidianos y la devoran.

6.º *De modo sistemático.* Es mala costumbre abrir la Biblia al azar y leer en la primera página que encontramos.

Tampoco es recomendable para la persona que empieza a leer la Sagrada Escritura que lo haga comenzando por el Génesis y seguir hasta el final. Es mejor establecer como punto de partida el Nuevo Testamento y con preferencia los evangelios.

Más adelante podrá pasarse al Antiguo Testamento y se verá que su lectura resulta más clara después de conocer el Nuevo.

De gran ayuda para la lectura sistemática de la Biblia pueden ser las porciones diarias señaladas por asociaciones bíblicas internacionales, tales como la Unión Bíblica. Si, además de las porciones, se pueden tener las notas de comentarios sobre las mismas, el beneficio será mayor. Cientos de miles de cristianos en todo el mundo dan testimonio del bien que estas porciones con sus notas les han hecho.

Afán del creyente debe ser llegar a conocer toda la Biblia, pues nada hay en ella que carezca de importancia. Tal vez cuando leas por primera vez algunos libros o capítulos te parecerá incomprensible que se encuentren en el Libro Sagrado; pero la perseverancia en su estudio te llevará al convencimiento de que «toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra» (II Timoteo 3:16, 17).

La Sagrada Escritura es como una mina riquísima de oro. En todas sus partes abunda el metal precioso. Lo que sucede es que en unas aflora sobre el suelo mientras que en otras hay que cavar para obtenerlo.

7.º *Con aplicación personal.* El valor de la lectura bíblica será escaso si no derivamos de ella un mensaje personal para nosotros mismos.

Muchos cristianos han obtenido gran beneficio es-

piritual, formulándose al final de su lectura las siguientes preguntas:

¿Hay en la porción leída alguna promesa en la cual debo confiar?
¿Hay algún mandamiento que debo obedecer?
¿Algún pecado que debo evitar?
¿Algún ejemplo bueno que he de imitar?
¿Algún peligro del que debo huir?
¿Alguna reprensión que me he de apropiar?

Este cuestionario u otro parecido puede proporcionarte mucha ayuda si deseas que la Palabra de Dios sea algo vivo en tu experiencia cristiana. ¡Y debe serlo!

Suplemento a la lectura de la Biblia

Para una más rápida comprensión de la Sagrada Escritura el cristiano hará bien en usar algunos medios de ayuda. Por supuesto estos medios nunca deben sustituir la lectura directa de la Biblia, sino únicamente complementarla. Los dos más importantes son:

1.º *La asistencia a los cultos y reuniones de estudio bíblico.* Por la exposición o predicación desde el púlpito y por las explicaciones de una clase bíblica, muchas veces el creyente recibe luz sobre textos que antes le habían sido oscuros. El eunuco etíope, seguramente, habría tardado más en entender el capítulo 53 de Isaías si Felipe no se lo hubiera explicado (Hechos 8:30-38). No debe olvidarse, además, que ha sido el Señor mismo quien ha dado a su Iglesia aquellos hombres por cuyo ministerio se perfeccionan los santos y se edifica el cuerpo de Cristo (Efesios 4:11-13).

2.º *La lectura de buenos comentarios bíblicos.* Aunque no abundan, los hay. No puede recomendarse cualquier comentario, pues algunos son tan pobres que en lugar de aclarar el texto bíblico más bien lo oscurecen.

«Es maravilloso ver cuánta luz arroja la Biblia sobre su comentario», dijo un criado a su señor que lo había escrito. Y el mismo «halago» podría hacerse en cuanto a otros libros del mismo tipo.

Hay, por otro lado, comentarios críticos que poco o nada ayudarán al lector a sacar mayor provecho espiritual de su Biblia.

A este respecto, la orientación de un siervo de Dios experimentado puede ser de utilidad.

El gran precepto

Al final de este capítulo, quisiera traer a tu memoria las palabras de Dios a Josué: «Solamente que te esfuerces y seas muy valiente para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó. No te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendieres» (Josué 1:7). He aquí el secreto de las victorias gloriosas que siguieron después. Enemigos vencidos, ciudades conquistadas, tierra poseída. Josué supo oír y obedecer la Palabra de Dios.

Tu vida cristiana también tiene un carácter de conquista. Pero no lo olvides; tus triunfos y tus derrotas dependen de tu actitud hacia la Palabra del Señor.

Cuestionario

1. *¿Por qué debemos leer con asiduidad las Sagradas Escrituras?*
2. *¿Cuál es la clave para entender la Biblia?*
3. *¿Cómo debemos leerla?*
4. *¿Qué sucede cuando el creyente crece en el conocimiento de las Escrituras y no vive conforme a las enseñanzas de ésta?*
5. *¿De qué medios podemos valernos para aumentar nuestros conocimientos de la Palabra de Dios?*

c. *¿Podría citar un texto bíblico en el que se dice que es bienaventurado el hombre que hace de la Palabra de Dios su delicia y que siempre medita en ella?*

5

¡Dulce oración!

Otro medio para nuestro desarrollo espiritual es la oración. Si la lectura y meditación de la Biblia es el alimento de nuestra alma, la oración constituye la respiración. De aquí que sea una necesidad vital. Los grandes cetáceos, tales como la ballena, viven en mares profundos, pero no son peces, sino mamíferos; por eso tienen que emerger a menudo a la superficie para respirar el aire de la atmósfera; de otro modo, se asfixiarían.

El creyente, desde su «nuevo nacimiento», tiene una naturaleza espiritual y necesita imprescindiblemente la atmósfera de la comunión con Dios. Vive normalmente sumergido en el mar de las cosas temporales de esta tierra, pero debe subir con frecuencia hasta la presencia misma de Dios por medio de la oración y allí henchir los pulmones de su alma de los aires celestiales. De lo contrario, tarde o temprano su vida espiritual se extingue igualmente por asfixia.

No puede concebirse a un cristiano que no ore nunca. Inversamente, podemos decir que la oración

verdadera es demostración de vida espiritual. De Saulo, inmediatamente después de su sensacional conversión, pudo decir el Señor mismo: «He aquí él ora» (Hechos 9:11).

No es extraño que el creyente, desde el principio tenga necesidad de orar. Como indicamos en el primer capítulo, al recibir a Cristo como Salvador somos hechos hijos de Dios y recibimos el Espíritu de Dios. Este infunde en nosotros sentimientos filiales y nos inspira aquella invocación sublime: «Abba, Padre» (Gálatas 4:6), que es base y principio de toda oración.

Entre las ruinas de Pompeya

Cuando se llevaron a cabo las excavaciones que pusieron al descubierto los restos de la antigua Pompeya, se encontró la figura patética de un niño con sus dos manos extendidas, en demanda muda de socorro, hacia la madre que en vano se esfuerza por llegar hasta él para salvarlo.

Estas manos así extendidas revelan más que un acto, una actitud. Es una actitud compleja que manifiesta temor y amor, impotencia y confianza. Sobre todo, revela la inclinación instintiva del hijo hacia el ser que le ama entrañablemente y puede ayudarle porque es más fuerte que él.

De modo semejante debe fluir la vida de oración en la experiencia cristiana. No debe hacerse de ella un mera práctica piadosa. Mucho menos debe convertirse en una obligación mantenida tan sólo para acallar la conciencia. Si de veras hemos nacido de nuevo, si ciertamente hemos sido hechos hijos de Dios, amaremos a nuestro Padre y confiaremos en El. Entonces, de modo natural y espontáneo, nuestra alma se volverá hacia El, se gozará contemplándolo

con los ojos de la fe y vivirá siempre en actitud de confianza y dependencia. De esta contemplación y de esta actitud brota la oración verdadera. Unas veces tomará la forma de adoración; otras, de acción de gracias; otras, de súplica, según el estado de ánimo, las circunstancias o las necesidades del creyente. Pero siempre será algo hondamente sentido. No será el sonido mecánico de unos labios rutinarios, sino la voz viva de un corazón vivo que habla a un Dios vivo.

Clases de oración

Lo anteriormente expuesto es el fondo y la esencia de la oración. Veamos ahora las diferentes formas que la oración puede tomar. Algunas las hemos mencionado ya, pero debemos considerarlas con más detenimiento.

1. *Adoración.* Seguramente más de una vez habrás quedado maravillado al pensar en las obras de Dios. La Creación, la Redención, la Providencia, todo es grande y majestuoso, todo ensalza la gloria de Dios. Si meditas en ello, pronto tu corazón se sentirá elevado y movido a adorar a Dios con alabanza profunda. Algunas de las oraciones más sublimes registradas en la Biblia son de este tipo. Abundan en los Salmos (8, 9, 18, 19, 33, etc.). La sensibilidad espiritual de David y los demás salmistas no podía ignorar el camino de la adoración en su vida de comunión con Dios. El mismo Señor Jesucristo, ante lo maravilloso de los designios divinos, hubo de exclamar: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Mateo 11:25).

Cada vez que tu espíritu se sienta impresionado por alguna manifestación especial de la grandeza di-

vina, alaba al Señor en oración, aunque sea breve. Esa alabanza tuya le agrada y a ti te hará bien.

2. *Acción de gracias.* No hay ni un solo cristiano que no tenga motivos de gratitud para con Dios. El apóstol Pablo nos insta a que demos gracias en todo (I Tesalonicenses 5:18).

Alguien ha observado que los pajarillos, por cada sorbo de agua que beben, levantan su diminuta cabeza hacia el cielo, como si quisieran expresar a Dios su reconocimiento. No obran así los hombres que no conocen al Dador de todo bien; pero los cristianos debiéramos aprender a ser gradecidos (Colosenses 3:15) y manifestar nuestro sentir mediante oraciones de acción de gracias.

«Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios», dice el salmista (Salmo 103:2). Seguidamente hace una exposición de algunos de esos beneficios. Unos son de orden espiritual, los más importantes, y otros de orden temporal. Tanto en un aspecto como en otro, los favores recibidos de la mano de Dios son incontables.

Pensemos en las bendiciones que Dios nos ha dado ya en Cristo (detalladas en el primer capítulo) y las que nos tiene reservadas para un futuro eterno en su gloria. Consideremos luego los bienes materiales que su bondad nos prodiga y no nos costará orar dándole gracias enumerando de modo concreto todos los bienes que el Señor nos ha otorgado.

3. *Confesión.* Habrá seguramente ocasiones cuando tu comunión con Dios resultará difícil o imposible a causa de algún pecado. Un niño no se siente a gusto en la presencia de su padre cuando ha cometido algún acto vergonzoso. Sólo la confesión de la falta y el perdón paterno pueden restablecer la relación normal entre padre e hijo.

Un examen sincero de nuestra conducta y de nuestro corazón nos hará descubrir nuestros pecados. Con nuestros actos, con nuestras palabras, con nuestros pensamientos y sentimientos, con lo que dejamos de hacer, ¡cuántas veces ofendemos al Señor! «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros» (I Juan 1:8). Haz tuya la súplica del salmista: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón, pruébame y reconoce mis pensamientos, y ve si hay en mí camino de perversidad» (Salmo 139:23-24), y el Espíritu Santo te mostrará tus faltas y debilidades. Una vez las hayas descubierto, no las toleres ni trates de justificarlas. Por el camino de la oración, confiésalas a tu Padre Celestial y pídele que te perdone por los méritos de su Hijo Jesucristo. Y El lo hará. «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad» (I Juan 1:9).

4. *Petición.* Nuestra vida humana es una vida de necesidades. Muchas veces ni podemos ni sabemos suplirlas por nosotros mismos. Pero nuestro Padre que está en los cielos puede y sabe ayudarnos. Para Dios no hay dificultad que no se pueda superar, ni problema que no se pueda resolver, ni conflicto en el que no se pueda vencer. «Todas las cosas son posibles para Dios» (Marcos 10:27).

Y para todas las cosas podemos pedir su intervención. A El debemos recurrir frente a las necesidades espirituales o morales, lo mismo que ante las materiales. En la misma oración modelo en que se nos enseña a pedir el perdón de nuestros pecados o el poder contra la tentación, se nos instruye para pedir «el pan nuestro de cada día» (Mateo 6:9-13). Dios sabe de qué cosas tenemos necesidad (Mateo 6:32), pero se complace en oír nuestras peticiones. Como

está escrito, «la oración de los rectos es su gozo» (Proverbios 15:8). Además, la súplica ejercita nuestra humildad y nuestra fe.

Hay promesas riquísimas en número incontable para el creyente que pide a Dios con fe. Podríamos resumirlas en las palabras de Jesús: «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:13, 14). Seguramente fueron estas palabras las que llevaron a Juan a la preciosa certidumbre que expresa al escribir: «Esta es la confianza que tenemos en El, que si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, El nos oye, y si sabemos que El nos oye en cualquiera cosa que demandáremos, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéremos demandado» (I Juan 5:14, 15).

Los recursos que por la oración se ponen a tu alcance son inmensos. No temas parecer un pedigüeño demasiado atrevido. Las riquezas de la bondad y del poder de Dios exceden a todas nuestras aspiraciones.

«¿Cuándo te cansarás de pedir?», preguntó una reina a su secretario de estado. «Cuando Su Majestad se canse de dar», fue la respuesta. Y la soberana sonrió complacida. A Dios le agradan los cristianos de este tipo. Hace ya muchos siglos que El dijo: «Yo honro a los que me honran« (I Samuel 2:30).

5. *Intercesión.* El hijo de un Dios supremamente generoso no puede ser egoísta. En sus oraciones, como en los demás aspectos de su vida, debe pensar en otros. Debe interesarse en las necesidades ajenas y presentarlas ante el trono de la gracia de Dios.

Sin duda, a tu alrededor habrá familiares o vecinos no salvos por cuya conversión debes orar. Habrá pobres, enfermos, afligidos a favor de los cuales debes interceder. El pueblo de Dios, su obra, sus siervos, tus hermanos todos con sus pruebas y tentaciones, todo te ofrece un campo amplísimo para que ejercites la intercesión.

¡Cuánto bien pueden hacer tus oraciones a favor de otros! ¿Recuerdas que Lot fue librado de la destrucción por los ruegos de su tío Abraham y que el pueblo de Israel se salvó del exterminio total por la acción intercesora de Moisés? Dios fue propicio a los torpes amigos de Job porque éste oró a favor de ellos. El profeta Samuel consideraba un pecado dejar de orar por su pueblo (I Samuel 12:23). Pero el ejemplo más sublime de intercseión lo hallamos en Cristo mismo (Juan 17). También en esta sagrada actividad nos ha marcado una pauta para que le imitemos, «orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos» (Efesios 6:18).

Aún debemos añadir algo más. El cristiano debe interceder con amor aun a favor de sus enemigos, si los tuviere. El Señor dijo: «Orad por los que os ultrajan y persiguen» (Mateo 5:44), y así lo hizo El mismo en la cruz. Sin duda, es mucho más noble amar que odiar, y más cristiano orar que murmurar.

Los requisitos de la oración

Santiago afirma que la oración del justo puede mucho (Santiago 5:16). Pero sus poderosos efectos dependen de ciertas condiciones.

Alguien ha escrito muy atinadamente acerca de lo que no cuenta ni vale en la oración: «Lo que cuenta para Dios no es la aritmética de nuestras oraciones, por su número; ni la retórica, por su elocuencia; ni la geometría, por lu largura; ni la música, por lo melodioso de su voz; ni la lógica, por lo poderoso de sus

argumentos; ni su método, por ordenadas que sean sus ideas; ni su teología, por sana que sea la doctrina que contenga».

A esta sugestiva exposición de aspectos secundarios de la oración añadamos los requisitos esenciales más importantes:

1. *En el nombre de Cristo* (Juan 14:13). Ello no significa solamente que hemos de rubricar nuestras oraciones con esta frase estereotipada. Ni tan sólo que al acercarnos a Dios por la oración nos apoyamos en los méritos de nuestro Salvador. Si avalamos nuestras preces con el nombre que está «sobre todo nombre» ¿no contraemos el compromiso de esforzarnos por orar como lo haría Cristo mismo? Compromiso tremendo, pero glorioso. Tarea difícil, pero posible, pues «también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos 8:26).

2. *Fe.* «Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6). El Señor mismo aseguró en cierta ocasión a sus discípulos que el equivalente en fe a un grano de mostaza sería suficiente para remover montañas (Mateo 17:20). Y en otra ocasión aplicó esta potencia maravillosa a la oración. «De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera; mas si a este monte dijereis: Quítate y échate en la mar, será hecho. Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21:21-22).

Santiago corrobora esta condición cuando, después de invitar a la oración, añade: «Pero pida en fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda de la mar, que es movida del viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, el tal hombre que recibirá ninguna cosa del Señor» (Santiago 2:6-7).

3. *Santidad.* El inspirado autor del Salmo 66 entendió muy bien este requisito de la oración. «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» (ver. 18). Cuando la oración brota de corazones rebeldes a Dios y a su Palabra, no sólo es vana; es pecaminosa. «El que aparta su oído para no oír la ley, también su oración es abominable» (Proverbios 28:9).

En el primer capítulo de Isaías, Dios reprueba la falsa religiosidad del pueblo y lo inútil de sus múltiples sacrificios, porque con todo ello tratan de encubrir su maldad. «No me traigáis más vano presente; el perfume me es abominación... son iniquidad vuestras solemnidades» (vers. 13). «Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré» (ver. 15).

La persona que, tolerando prácticas pecaminosas en su vida, desoye a Dios no tiene derecho a esperar que Dios la oiga cuando le invocare.

4. *Espíritu de caridad y de perdón.* ¿Cómo podremos presentarnos ante un Dios que es amor con corazones que abrigan odio, enojo, desprecio o resentimiento?

Dijo el Señor: «Si trajeres tu presente al altar —apliquémoslo a la oración— y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar, y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente» (Mateo 5:23, 24).

La malevolencia y el rencor hacia el hermano son como dos sanguijuelas que chupan a nuestro espíritu toda la sustancia que pudiera dar vida a nuestras oraciones.

5. *Perseverancia.* La parábola del juez injusto (Lucas 18:1-8) fue usada por el Señor para enseñar «que es necesario orar siempre y no desmayar». Dios tiene su propio día y hora para contestar nuestras oraciones. Y contestará «a sus elegidos que claman a El día y noche, aun cuando los haga esperar» (versículo 7). Su momento de obrar siempre es el mejor y todo el tiempo de nuestra espera prueba nuestra fe y la robustece, aquilata nuestra paciencia y perfecciona nuestra sumisión, virtudes las tres muy preciosas en el carácter cristiano.

Los problemas de la oración

Es posible que tan pronto como trates de regularizar tu vida de oración tropieces con dificultades. Unas pueden ser de carácter circunstancial; por ejemplo, la falta de lugar adecuado o la falta de tiempo. Otras, de cácter psíquico o espiritual, tales como la falta de concentración.

Por ser éstos los problemas más comunes, vamos a considerarlos brevemente por separado.

Lugar. Dios está en todas partes, por lo que podemos orar en cualquier sitio. Jonás clamó estando en las entrañas de un gran pez y su oración fue oída como si la hubiese hecho en un templo. Dios no se fija en el lugar sino en el corazón del que ora. Sin embargo, lo ideal es disponer de una habitación en la que uno pueda encerrarse para estar a solas con Dios. Esto no siempre es posible, pues cualquier dependencia de la casa, incluso el dormitorio, es tal vez

compartida con otros miembros de la familia que no son creyentes. En tal caso es aconsejable aprovechar los momentos del día en que alguna habitación está libre; seguramente los habrá.

A veces la casa más espaciosa de otro hermano podrá suplir la falta de la propia. En días apacibles un rincón en el campo, en la montaña o en el parque, si está cerca, puede venir a ser un santuario maravilloso. Y si la dificultad parece insuperable, ¿por qué no empezar solicitando a Dios la «cámara» secreta que Cristo recomendó? (Mateo 6:6). Si le pides lo que necesitas para cumplir algo que El te ha pedido, ¿no te lo dará?

Tiempo. Indiscutiblemente la vida en nuestros días se desenvuelve a modo de torbellino, sobre todo en las grandes ciudades. Todo es acción agitada. Las ocupaciones y las precauciones son tantas que no es cosa fácil hallar tiempo para la oración.

Se impone, no obstante, que nos disciplinemos y que señalemos determinados momentos del día en que podamos estar en comunión con el Señor. Bueno será dedicar a tal objeto, como mínimo, un rato por la mañana y otro por la noche sin perjuicio de que durante el día también aprovechemos algunos momentos con el mismo fin.

Algunos eligen la hora de levantarse como la mejor porque su mente está más despejada. Otros prefieren la hora de la noche antes de acostarse porque pueden orar sin prisas aunque en este caso la fatiga del día puede ser un serio inconveniente. Lo importante es que a una hora u otra halle cada uno el rato diario de calma, exento de afanes materiales, en que pueda remontarse a la presencia de Dios en alas de la oración.

Concentración. También es la falta de concentración al orar problema especial de nuestro tiempo. Fá-

cilmente la imaginación vuela, mientras oramos, a infinidad de asuntos que llenan nuestra mente. Si tal cosa te acontece a ti también, no te desanimes pensando que tienes poca fe o que eres un mal cristiano. Se trata de un fenómeno psicológico que tiene sus causas en la intensidad con que quizá vives.

No quiero con ello decir que debas conformarte a ese tipo de oración debilitada por las divagaciones de la mente. Por el contrario, es un problema al que debes hallar solución. Quizás algunas sugerencias te ayudarán a encontrarla.

Antes de orar, despójate de toda cavilación. Haz el silencio en tu alma. Luego medita alguna porción inspiradora de la Biblia. Da lugar a que Dios te hable a ti antes de que tú le hables a El. No tardarás en hallar algo que te moverá a orar en alguna de las formas ya expuestas de adoración, acción de gracias, confesión o súplica. Cuando hayas variado ante el Señor el contenido de tu alma, sigue leyendo y meditando hasta que de nuevo te sientas movido a orar. De ese modo tu comunión con el Señor será un diálogo precioso que se irá prolongando sin esfuerzo.

En lo que se refiere a súplicas concretas, propias o de intercesión, algunos creyentes han encontrado útil una lista de personas o asuntos por los cuales orar. Puedes probarlo. Y si tu capacidad de concentración es limitada, en vez de pugnar contra tu propia constitución psíquica, tratando de permanecer orando «artificialmente» largo rato, ¿por qué no fraccionar el tiempo? Hay creyentes fieles y espirituales a quienes resulta difícil orar (sobre todo si no intercalan la lectura y la meditación) media hora seguida; pero en cambio pueden orar con verdadera concentración espiritual durante 10 minutos tres veces al día. No sé si en el campo de la oración tiene aplicación aquel teorema de que el orden de los sumandos no altera la suma. Si no la tiene será porque en la

mayoría de casos tres oraciones de diez minutos sumarán más en intensidad espiritual que una de media hora.

Pero no quisiera, querido lector, dejarte con la impresión de que la oración es cosa de matemáticas. Como dijimos al principio de este capítulo, de más importancia que el acto de la oración es la actitud del alma que en todo momento y lugar mira al Señor con amor, sumisión y confianza. Busca primeramente estas cualidades y todas las demás cosas relativas a la oración eficaz te serán añadidas.

Las grandes respuestas a la oración

Hay quien cree que el orar es un ejercicio espiritual saludable, pero que no produce resultado alguno fuera de la persona que ora. Nada más contrario a las enseñanzas de la Palabra de Dios. El Todopoderoso incorpora las súplicas de su pueblo al desarrollo de su Providencia y a la acción de su gracia de modo tal que todo lo que sus hijos le piden conforme a su voluntad El se lo concede.

Elías no sólo robusteció su fe orando, sino que «rogó con oración que no lloviese y no llovió sobre la tierra en tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto» (Santiago 5:17-18).

Con razón se ha dicho que la oración cambia las cosas.

Podríamos multiplicar ejemplos sacados de la Biblia y de la experiencia de infinidad de creyentes que prueban el poder de la oración.

Ha sido en respuesta a la oración que millares de almas se han convertido. Tal fue, sin duda, el caso de Agustín de Hipona (San Agustín), vicioso empedernido durante su juventud. ¡Cuánto intercedió su ma-

dre orando por él! Ambrosio de Milán dijo una vez: «Un hijo por el que su madre tanto ora y llora no puede perderse.» Los hechos demostraron que tenía razón.

En respuesta a la oración, Dios ha guardado a los suyos de graves peligros, como sucedió con Pedro al ser librado de la cárcel y de la muerte (Hechos 12:1-19). Ha hecho sanar de enfermedades, como en el caso de Ezequías (II Reyes 20:5). Ha otorgado grandes dones y favores, como hizo con Salomón (I Reyes 3:5-14). Y, apropiándonos frase feliz del autor de Hebreos, «el tiempo nos faltaría contando» de innumerables cristianos que por la oración vencieron tentaciones, superaron dificultades, soportaron tribulaciones, resolvieron problemas y obtuvieron recursos maravillosos.

También tú tendrás experiencias grandes en contestación a tus oraciones. Quizá no siempre te dará Dios lo que le pidas, porque no será conforme a su voluntad; pero generalmente descubrirás que El hace «todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

Bien puedes sentirte animado a orar.

Cuestionario

1. *¿Por qué debe orar el creyente?*
2. *¿Qué clases de oración podemos elevar al Señor?*
3. *¿Por qué es importante la oración de confesión?*
4. *¿Qué requisitos son necesarios para que Dios atienda nuestras súplicas?*
5. *¿Qué concepto tiene Dios de nuestras oraciones cuando vivimos contrariamente a su voluntad?*
6. *Mencione tres casos de respuestas a la oración registrados en la Biblia.*

6

«No son del mundo»

Hemos considerado la influencia santificadora de la lectura de la Biblia y la oración. Combinadas constituyen la atmósfera espiritual que vivifica la fe del creyente. Pero no podemos olvidar que esa atmósfera puede ser enrarecida por las emanaciones malsanas del mundo. En el mundo se desenvuelve nuestra vida y en él hemos de dar nuestro testimonio. De aquí que hayamos de precavernos para que su influencia nociva no nos dañe.

¿Es malo el mundo?

Cuando en la Biblia se nos habla del mundo no siempre se usa la palabra en el mismo sentido. Unas veces se refiere a la tierra como morada del hombre. Otras a la humanidad en su conjunto. En este sentido debe interpretarse el texto de Juan 3:16. Pero muchas otras veces la Sagrada Escritura se refiere al mundo como esfera moral en la cual se desarrolla la actividad y la vida del hombre por naturaleza, sin

Dios. El mundo, como planeta, es bueno; es obra de Dios y revela su poder, su sabiduría y su bondad; pero como esfera moral de una humanidad caída es malo. Las características del mundo son la impiedad y la concupiscencia. Desde que el hombre cayó, el mundo ha excluido a Dios de sus planes. Cada individuo hace un dios de su propio yo y, con objeto de complacer a ese dios, sigue toda clase de codicias por pecaminosas que sean. Por eso el mundo está plagado de blasfemias y odios, de robos, violencias, engaños, inmoralidades e injusticias. Esta era la idea del apóstol Juan cuando escribía: «No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él; porque todo lo que está en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo» (I Juan 2:15, 16).

Sin duda, el cristiano ha de enfrentarse con problemas, a veces difíciles, en su relación con este mundo moral y espiritualmente corrompido. En tu propia vida se plantearán más de una vez. ¿Cómo resolverlos?

Fuera y dentro

Pablo cita al profeta Isaías para corroborar su llamamiento a la Iglesia de Corinto a fin de que sus miembros se apartaran del ambiente pagano en que vivían, y dice: «Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré y seré a vosotros Padre y vosotros me seréis a mí hijos e hijas» (II Corintios 6:17, 18).

¿Cómo deben interpretarse estas palabras? ¿Tendrán razón los que abogan por el monasticismo para librarse de la influencia del mundo? ¿Debe el cristiano salir de la sociedad y aislarse a solas, como un ermitaño, o en comunidad con otros cristianos?

Pablo descarta esta interpretación cuando en otra de sus epístolas escribe: «Os he escrito por carta que no os mezcléis con los fornicarios, no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras, pues en tal caso os sería menester salir del mundo. Mas ahora os he escrito que no os envolváis, es a saber, que si alguno llamándose hermano fuere fornicario, borracho, o ladrón, con el tal ni aun comáis» (I Corintios 5:9-11). La separación que debe haber entre el creyente y el mundo no es geográfica sino moral. El cristiano debe aislarse no de las personas mundanas, sino de su vana manera de vivir y de sus pecados. Convive con el mundo, pero no debe vivir como el mundo.

Se encabeza la epístola a los Filipenses con estas palabras: «A todos los santos en *Cristo Jesús* que están en *Filipos*.» He aquí la doble posición de todo hijo de Dios. En Filipos —como podríamos decir en Madrid o en Buenos Aires—, en el mundo. Pero simultáneamente en Cristo, en el cual el cristiano realmente vive.

Pájaros en la pecera

Hace años, visitando con un pastor amigo una gran fábrica de vidrio en Marinha Grande (Portugal), mis ojos se fijaron en algo que nunca antes había visto, una pecera de tamaño regular en cuyo interior había pececillos de diversos colores que nadaban y tres canarios que revoloteaban. Para explicarme lo inexplicable de aquella convivencia, me acerqué más a la pecera. El secreto quedó pronto aclarado. En el centro de la pecera había una esfera de cristal vacía

que se comunicaba con el exterior por su parte superior. Allí se movían tranquilamente los pajarillos en su medio ambiente, el aire, mientras que en la misma pecera, pero en su ambiente acuático, los peces multiplicaban sus suaves contorsiones.

Comparemos el mundo a la pecera. Ahí está el cristiano; pero la verdadera esfera de su vida es Cristo. «Están en el mundo» (Juan 17:11); pero «no son del mundo» (Juan 17:17).

Por supuesto, en la experiencia cristiana no hay cristales que separen la esfera de Cristo de la esfera mundana. A algunos quizá les gustaría que los hubiera. Se sentirían más seguros si dispusieran de un sistema sólido de preceptos y prohibiciones, algo así como un código que determinara claramente y por completo su relación con el mundo en todos y cada uno de los casos.

No. La Biblia no es un código. Es algo mucho más simple e infinitamente más seguro para el alma sincera que quiere agradar a Dios. Las Escrituras contienen unos principios morales sublimes que, aplicados en buena conciencia, resuelven todos los problemas de conducta que al hijo de Dios se le puedan plantear. Además el Espíritu Santo mora en él y le guiará a toda verdad si de todo corazón la busca. Entonces se cumplirá en él repetidamente la promesa del Señor: «Conoceréis la verdad y la verdad os libertará» (Juan 8:32). Sí, nos libertará de la tiranía de escrúpulos de conciencia engendrados por una rigidez exagerada e inefectiva semejante a la de aquellos puritanos ingleses que no podían ni reírse. Nos libertará de los prejuicios sociales y de prácticas o normas de vida absurdas impuestas por el medio ambiente. Sobre todo, nos librará de lo más grave, la tendencia natural al pecado y a la vanidad que prevalecen en el mundo. Perseverando en la libertad con que Cristo nos hizo libres (Gálatas 5:1), viviremos de

tal modo que nunca usaremos la libertad «como ocasión a la carne» (Gálatas 5:13). «Porque nos debe bastar que el tiempo pasado de nuestra vida hayamos hecho la voluntad de las gentes, para que ya el tiempo que queda en carne vivamos no a las concupiscencias de la carne, sino a la voluntad de Dios» (I Pedro 4:3, 2).

Tres luces rojas

Hemos expuesto ya la base sólida de los principios cristianos sobre los cuales el creyente podrá determinar sus actitudes. No obstante, vamos a considerar tres puntos de contacto con el mundo que muchas veces han sido hoyos fatales para gran número de cristianos. Debemos señalar su peligro.

1. *Los bienes de este mundo.* No es que las posesiones terrenas deban considerarse pecaminosas en sí. A ningún cristiano le impone la Palabra de Dios voto de pobreza. Creyentes ha habido y hay que se han visto providencialmente provistos de grandes fortunas y han sabido vivir muy cristianamente. Sus riquezas no les han sido impedimento espiritual, sino más bien instrumento para servir a Dios.

Pero no es menos cierto que muchos cristianos, a pesar de su gloriosa vocación a una «herencia incorruptible, que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos» (I Pedro 1:4), ponen su mira en las cosas temporales de la tierra. Se afanan toda su vida, al igual que los mundanos, por conseguir algunos de esos tesoros «que la polilla y el orín corrompen y ladrones minan y hurtan» (Mateo 6:19), olvidando los tesoros celestiales. Trabajan por «la comida que perece» descuidando la que «a vida eterna permanece» (Juan 6:27).

Admitamos que vivimos en tiempos difíciles. Las necesidades aumentan y los problemas económicos se multiplican. Suplir esas necesidades y solucionar esos problemas exigirá a menudo grandes esfuerzos y cavilaciones. Pero nunca los hijos de Dios deben dejarse absorber completamente por ellos. Recuerda aquellas hermosísimas palabras del Señor: «No os acongojéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir; ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Mas ¿quién de vosotros podrá, acongojándose, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os acongojáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; mas os digo que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas: que vuestro Padre celestial sabe que de todas esas cosas habéis menester. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:25-33).

Además, es muy fácil llegar al punto y al momento en que ya no se trabaja para suplir necesidades de primer orden, sino para enriquecerse o simplemente para alcanzar un mayor bienestar material. Repetimos que esto en sí no es pecado, siempre que no se usen medios ilícitos. Pero encierra un gran peligro. El dinero no es ningún mal; pero el amor al dinero sí lo es, y grande. Es «la raíz de todos los males». Los que, seducidos por ese amor, quieren amontonar

riquezas «caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas que hunden a los hombres en perdición y muerte». Por él, «algunos se descaminaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores» (I Timoteo á:9-10). Aun cuando no se llegue a tales extremos, es frecuente el caso del creyente tristemente cambiado por la prosperidad. Paulatinamente se va aburguesando en el sentido espiritual, su corazón se endurece y se adormece su conciencia; sus principios morales se mundanalizan y va dejando sus actividades cristianas o las lleva a cabo, como por compromiso, sin verdadero espíritu de servicio. Hasta su carácter se transforma y no precisamente a semejanza del carácter humilde y generoso de Cristo. No es extraño que Pablo aconseje a Timoteo: «Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas» (I Timoteo 2:11).

Aprópiate tú también ese consejo. Y no olvides que aun tu trabajo y tus bienes, muchos o pocos, deben estar bajo el señorío de Cristo.

2. *Las diversiones.* Es innegable que todo ser humano siente necesidad de alternar el trabajo con el descanso y la distracción. Buscamos el goce por instinto, y este instinto no se pierde al convertirnos a Cristo. Tratar de condenarlo y reprimirlo sería antinatural y anticristiano. La renuncia al placer tiene apoyo en la religión budista, pero no en el Evangelio. Dios nos ha dado «todas las cosas en abundancia *para que gocemos*» (I Timoteo 6:17). Bien interpretadas, todavía tienen valor las palabras del Predicador: «Alégrate y tome placer tu corazón» (Eclesiastés 11:9). Ser cristiano no significa ser un asceta o un amargado, y el creyente más piadoso hará bien en buscar formas sanas de distracción y esparcimiento.

Lo que no debe hacer es dar por buenas todas las fuentes de deleite. No es necesario argüir para de-

mostrar que muchas diversiones mundanas son inmorales, que muchos lugares en los que el mundo se recrea son antros de degradación y embrutecimiento. Tales sitios están vedados al hombre y a la mujer que han sido santificados en Cristo y cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo.

Hay, sin embargo, otros centros de distracción que, sin poder catalogarse abiertamente como impuros, son de dudosa conveniencia, pues su influencia no es precisamente la más edificante. No vamos, por supuesto, a dar una lista de tales lugares. El cristiano consciente sabrá discernir y decidir. Algunos espectáculos —el cine, por ejemplo— pueden presentar las más variadas tendencias y los matices más diversos. En algunos casos pueden ser un instrumento de instrucción y formación. Pero generalmente están demasiado comercializados y su función, lejos de ser educativa, es la de deleitar, aunque sea encendiendo fuegos de voluptuosidad o violencia. Es innegable que algunas películas son magníficos textos ilustrados sobre toda clase de pecados. Infinidad de personas, sobre todo jóvenes, han hallado en el cine una escuela donde han aprendido lecciones de mundanalidad, de odio, de robo, de simulación, de agresión, y de exaltación morbosa del sexo.

Aun en el caso del creyente que sabe discernir, será bueno pensar en la influencia que su ejemplo puede ejercer sobre otras personas menos hábiles y más débiles en la selección. Hay cosas lícitas que no convienen porque pueden ser piedra de tropiezo para creyentes más débiles (I Corintios 10:23). Nuestra conciencia no puede desentenderse nunca de la conciencia de nuestros hermanos, si bien tampoco debemos ser esclavos de absurdos escrúpulos ajenos, fruto de una ignorancia inaceptable que se debe disipar. El ejemplo que Pablo presenta sobre la comida ofrecida a los ídolos paganos de su época debiera ser

estudiado con atención y reverencia (I Corintios 10:23-33). Subrayemos los versículos 31 y 32: «Si pues coméis o bebéis, o hacéis alguna otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios. Sed sin ofensa a judíos y a gentiles y a la Iglesia de Dios.» La abnegación del apóstol debiera decirnos también algo: «Yo en todas las cosas complazco a todos, no procurando mi propio beneficio —podríamos decir placer— sino el de muchos, para que sean salvos.» Y añade a renglón seguido: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo.»

Henos ahí frente al glorioso secreto de la renuncia a los deseos mundanos, a la cual se nos insta en la Palabra de Dios (Tito 2:12). Será deplorable la condición del creyente que se prive de ellos por no ser criticado, porque si frecuenta lugares mundanos será considerado menos cristiano, pero que en su interior siente una fuerte tendencia hacia ellos. Su abstención será una represión peligrosa. Si alguna vez, furtivamente, se permite el gusto de ceder a sus deseos, es posible que le torture un sentimiento de vergüenza. Situación verdaderamente triste. Pero cuando el cristiano se remonta en alas de sus ideales sublimes, cuando considera la grandiosidad y nobleza de su vocación, de su vida cristiana, de su servicio a Cristo en el mundo y de su destino eterno, entonces no por represión, sino por decisión voluntaria y gozosa, despreciará cuantas formas de placer pudieran menguar su energía espiritual o comprometer su testimonio. Y con toda seguridad no le faltarán formas y maneras de proporcionarse la distracción y el esparcimiento que necesite.

Resumamos. ¿Quieres tener una guía para determinar tu elección de diversiones? A la luz de las Sagradas Escrituras y con buena conciencia, contesta las siguientes preguntas sobre cada una de ellas:

¿Me proporciona algún beneficio físico, intelectual, moral o espiritual?

El beneficio, si lo hay, ¿compensa el tiempo, las energías o el dinero que me cuesta?

¿Glorifica directa o indirectamente a Dios?

¿Qué influencia puede tener mi presencia en tal diversión sobre otros?

¿Me identifica con el Pueblo de Dios o con la multitud mundana?

¿Estimula o estorba mi crecimiento espiritual?

¿Qué haría Cristo en mi lugar?

No quisiéramos concluir este punto sin dedicar un breve espacio a la televisión. Hoy no es necesario desplazarse a cines, teatros u otros centros recreativos para ver lo que en ellos se proyecta, representa o realiza. Llega a nuestros ojos, mientras estamos cómodamente sentados en nuestra propia casa, a través de la pequeña pantalla. Sería absurdo condenar la televisión en sí. Es una maravilla de la técnica y puede utilizarse con fines estupendos. Sus programas culturales, informativos, literarios, artísticos, algunos de carácter musical, etc., son generalmente un medio excelente de instrucción y esparcimiento. Pero no todos los programas tienen el mismo carácter. Desgraciadamente, se transmiten con exceso películas de dudoso valor, no sólo por la preponderancia de la violencia o el erotismo, sino por su pésima calidad en cuanto al fondo del argumento. Algo parecido puede decirse respecto a determinados guiones y «obritas teatrales» que únicamente pueden ser seguidas por el telespectador que posee una sobredosis de paciencia o que carece por completo de sensibilidad.

No entraremos en consideraciones acerca de los efectos psicológicos que se producen en las personas que diariamente se pasan horas «tragándose» todo lo que aparece en la mini-pantalla. Los expertos hablan de consecuencias semejantes a las del «lavado de cerebro». El «adicto» a la televisión difícilmente se librará de una insana tendencia a la pasividad. Su capacidad crítica para discernir y reaccionar se irá debilitando y su personalidad irá formándose —o deformándose— según lo que vea. Su modo de pensar, de sentir, de hablar y de obrar acusará notablemente el influjo televisivo.

El cristiano que posee un televisor debiera pensar muy seriamente en el uso que de él hace: cuánto tiempo le dedica, qué clase de programas ve y qué influencia ejercen en él. La televisión ¿no le priva de dedicar el tiempo necesario para leer y estudiar la Biblia con povecho? ¿No le impide la lectura de libros más útiles, más instructivos y hasta más amenos que muchos programas de la TV? En alguna ocasión, ¿no llega a retenerle en casa cuando podría estar en un culto, en una clase bíblica u ocupado en alguna forma activa de servicio cristiano? Por otro lado, lo que ve ¿no fomenta en él la frivolidad? ¿No sucumbirá el creyente, aunque sólo sea parcialmente, al «bombardeo» publicitario que incita a gastos desmesurados, a hábitos nocivos (como el uso de bebidas de elevado grado alcohólico, por ejemplo) y a costumbres, modas o prácticas que distan mucho del decoro cristiano?

En esta cuestión, como en tantas otras, sólo una sana conciencia y una sensibilidad auténticamente cristiana pueden guiar al creyente a decidir de manera consecuente con su fe.

3. *Los compromisos.* Este es otro asunto delicado. En nuestras relaciones con personas no cristianas pueden surgir dificultades. Muchas veces nos vemos envueltos en compromisos que nos originan situaciones de conflicto.

Exigencias profesionales, de amistad o de parentesco obligan moralmente en ciertos casos a enfren-

tarnos con actos que, por su naturaleza o su ambiente, chocan con nuestras convicciones morales o religiosas. ¿Qué hacer en tales casos? También en este punto fracasarán las normas en detalle. Sólo la sabiduría de Dios puede guiarnos. Será bueno evitar extremos. Más de una vez convendrá que el cristiano no aparezca ante los ojos del mundo como un ser insociable, obtuso y cerrado en moldes de intransigencia farisaica. Cristo mismo superó más de una vez los convencionalismos de su tiempo y no rehusó comer con publicanos y pecadores o beber agua del cántaro de una samaritana que profesaba religión distinta a la de un judío. Pero también convendrá que el creyente salvaguarde siempre la lealtad a sus principios y evite todo aquello que sea impropio de él. Aun en los casos en que se vea precisado a estar en compañía de personas mundanas no puede identificarse en todo con ellas.

Afortunadamente, en todas esas situaciones podemos contar con la dirección y la gracia del Señor, lo cual nos capacita no sólo para sortear airosos los escollos, sino para convertir la dificultad en oportunidad de testimonio. Cuando un hijo de Dios, por circunstancias especiales, se ve entre personas del mundo, pero se distingue de ellas por una conducta que concuerda con su fe, atrae sobre sí la atención de los demás. A menudo su distinción se hace intrigante. La curiosidad suscita preguntas, y el creyente tiene una ocasión magnífica para testificar de su Señor.

Huelga decir que ningún cristiano puede aceptar compromisos que le obliguen a actos contrarios a su fe o a su moral cristiana.

Nos queda, en relación con los compromisos, un aspecto que considerar. Es el de asociaciones demasiado estrechas con personas que no comparten la misma fe del Evangelio.

No puede ser más enfática ni radical la prohibición que la Palabra de Dios hace al respecto: «No os juntéis en yugo con los infieles; porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concierto el templo de Dios con los ídolos?, porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: "Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo"» (II Cor. 6:14-16).

Una amistad demasiado íntima con una persona que no es de Cristo puede resultar peligrosa.

Una sociedad para la explotación de un negocio con individuos no regenerados puede llevar al cristiano a duras tentaciones y a experiencias muy amargas.

Pero la unión más desastrosa, por ser la más íntima, es la del matrimonio. Ya en la antigüedad se prohibió al pueblo de Dios el contraer matrimonios mixtos con gentes extrañas (Génesis 24:3, 4; Deuteronomio 7:3; Nehemías 13:23-26). La unión conyugal de creyentes con no creyentes es en la mayoría de casos nido de discordias y malestar. A menudo, un infierno. En los casos menos desafortunados, siempre falta lo más ideal del matrimonio, la compenetración espiritual y la identidad de aspiraciones. Siempre habrán de vivir los cónyuges en dos mundos distintos, opuestos e impenetrables, y las mutuas concesiones para un mayor acercamiento, si no llevan a la conversión del no creyente (resultado que en modo alguno puede asegurarse), forzosamente amenazarán la integridad espiritual del creyente.

Si el lector es joven y aún ha de escoger su compañía, procure no olvidar las consideraciones anteriores. Si, por su mayor edad, las decisiones están ya hechas, procure con la ayuda de Dios obrar con discreción, comprensión, elasticidad y tacto; pero que ningún yugo humano le imponga desobediencia a Cristo.

¿Hasta dónde podemos acercarnos?

Hay con frecuencia duda en cuanto al límite hasta el cual podemos llegar en nuetra relación con el mundo. Una voz diabólica nos insinúa, a veces, que debemos evitar los extremos de la piedad, que basta con que tengamos la fe suficiente para salvarnos y que, mientras poseamos ese mínimo de fe, nos es lícito acercarnos al mundo y participar de cuanto éste puede ofrecernos, con tal de que no pequemos. ¿No es pecado? Pues puedo hacerlo. Ese es el criterio de algunos. Pero el cristiano consciente sabe que no todo lo que no es negro ha de ser forzosamente blanco. Y no todo lo que no es pecado ha de ser aconsejable y bueno.

Es muy conocida la anécdota de un grupo de jovencitas que, yendo de excursión, pasaron junto a una mina de hulla. Algunas sintieron la curiosidad de entrar y pidieron permiso al guarda que había a la puerta.

—Os aconsejo que no entréis —dijo el hombre.

—Entraremos con cuidado y no nos haremos daño —respondieron.

Entraron. Al cabo de un rato salieron. Efectivamente, no se habían hecho ningún daño; pero sus vestidos, antes blancos y vistosos, ahora estaban completamente ennegrecidos.

Hay cosas que, sin dañar, manchan; sin ser pecado en sí, ensucian la vestidura nueva que recibimos al aceptar a Cristo (Efesios 4:24) y deslucen nuestro testimonio. Se dice que el armiño, cuando descubre una mancha en su piel blanquísima, se muere de pena. ¿Tendremos nosotros en menor estima la santidad inmaculada que Dios nos ha dado en Cristo?

La cuestión, pues, no estriba en saber cuánto podemos acercarnos al mundo sin llegar a pecar, sino

cuánto podemos alejarnos sin dejar de ser luz y sal para él.

En el patio del pontífice

La triste experiencia de Pedro la noche que negó a su Maestro será siempre un aviso solemne para cuantos tienden hacia la convivencia abierta con el mundo.

Pedro, después de haber seguido a Jesús de lejos, se quedó en el patio de la casa de Caifás en compañía de personas que no sentían la menor simpatía hacia Jesús. Pronto se vio comprometido. Una simple criada le puso en un aprieto, del que salió cobardemente negando su relación con Cristo. En vez de marcharse avergonzado después de esta primera derrota, continuó en el mismo lugar y en la misma compañía. Hasta tres veces cayó en la negación. Hasta que el canto del gallo y la mirada penetrante de Jesús le hicieron comprender el alcance funesto de su asociación con un mundo que es enemigo del Señor.

Por algo decía Santiago con vehemencia: «Adúlteros y adúlteras, ¿no sabéis que vuestra amistad con el mundo es enemistad con Dios?» (Santiago 4:4).

Y aquí volvemos a la clave de la solución del problema. En la proporción en que goces de la amistad con Dios se enfriará tu amistad con el mundo. En la medida en que el amor del Padre llene tu corazón se extinguirá en ti el amor a las vanidades mundanas. No tendrás necesidad de buscar orientación ni apoyo para tu debilidad en lo que otros cristianos hacen o dejan de hacer. Cuando Cristo sea para ti un verdadero amigo, tu Amigo por excelencia, entonces su Espíritu te guiará y te ayudará para que, estando en el mundo, no seas del mundo y para que el mundo conozca que tú verdaderamente has estado con Jesús.

Cuestionario

1. *¿En qué sentido es malo el mundo?*
2. *¿Cómo debe interpretarse nuestra separación del mundo?*
3. *¿Cuáles son los tres mayores peligros que el mundo presenta al cristiano? ¿Por qué?*
4. *¿Qué clase de diversiones o placeres puede permitirse un cristiano?*
5. *¿Puede un creyente, según las Sagradas Escrituras, contraer matrimonio con una persona inconversa? Exponga las razones.*
6. *¿Cuál es el antídoto más eficaz contra la influencia del mundo?*
7. *Mencione dos casos bíblicos de hombres que sufrieron caídas por no haber practicado la separación del mundo.*

7

Pruebas y tentaciones

Ningún cristiano puede esperar que su conversión le libre de duros conflictos espirituales. Por el contrario, nuestra decisión de seguir a Cristo y vivir conforme a su Palabra nos sitúa en un verdadero campo de batalla en el que debemos combatir no sólo «contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» (Efesios 6:12, Vers. Nácar-Colunga). Esa lucha se origina cuando nuestra naturaleza vieja y el mundo o las fuerzas del diablo nos solicitan algo que es contrario a la voluntad de Dios. Eso es la tentación. Y ésta, con frecuencia, resulta tanto más dura cuanto más elevado es el nivel espiritual que el creyente ha alcanzado. Las tentaciones más sutiles y terribles que haya podido sufrir persona alguna en el mundo fueron las de Jesús en el desierto. Si el Hijo de Dios, el Santo por excelencia, fue tentado, no podemos pensar que nosotros escapemos a la misma clase de torneo.

La parte de Dios en nuestras tentaciones

Ya hemos visto que el origen de la tentación se debe a las instigaciones de nuestra propia naturaleza carnal o de Satanás. Jamás Dios ha incitado a los hombres al pecado. «Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de Dios, porque Dios no puede ser tentado de los malos ni El tienta a alguno, sino que cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y cebado» (Santiago 1:13, 14). La tentación de Jesús (Mateo 4:1), la deslealtad de Judas (Juan 13:2) y el zarandeamiento de los discípulos (Lucas 22:31) tuvieron un mismo causante: el diablo.

Sin embargo, Dios interviene indirectamente en la tentación de sus hijos. La permite para convertirla en prueba saludable y fuente de bendición. Ilustración clara de esta verdad la hallamos en el caso de Job. El diablo pide autorización para atacar; Dios se la concede; Job sufre el ataque. Al drama y la angustia de la tentación sigue la maravilla de una fe robustecida y purificada, la visión de Dios se hace más clara; lo perdido se recupera multiplicado, y el poder, la misericordia y la gloria del Señor resplandecen.

Con razón exhorta Santiago: «Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia» (Santiago 1:2, 3; Vers. N. C.). Y Pedro dice: «Por lo cual exultáis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco, en las diversas tentaciones, para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro, que corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de alabanza, gloria y honor, en la revelación de Jesucristo» (I Pedro 1:7).

Hay, además, otro hecho consolador. La intensidad de la tentación está siempre, como en el caso de

Job, graduada por Dios mismo. «Y fiel es Dios que no os dejará ser tentados más de lo que podáis llevar, antes dará también juntamente con la tentación la salida para que podáis aguantar» (I Corintios 10:13).

A la luz de esta declaración podemos deducir que si somos derrotados en nuestra lucha contra el tentador ello no se debe a exceso en el peso de la prueba, sino a defecto en nuestra voluntad de resistencia.

Nuestra responsabilidad

Verdaderamente, como alguien ha dicho, no podemos impedir que los pájaros vuelen sobre nuestra cabeza, pero sí podemos evitar que hagan sus nidos en ella. La tentación en sí no es pecado; pero lo es ceder a ella.

La actitud del creyente frente a las insinuaciones del adversario debe ser radical. No puede hacer concesiones. Ni siquiera debe entablar controversia con el tentador. El diálogo hizo caer a Eva. Toda debilidad puede acarrearnos, y nos acarreará, experiencias amargas.

Sírvanos de ilustración la fábula del beduino y el camello. A medianoche, para protegerse un tanto del frío, el animal metió suavemente el hocico por la abertura de la tienda. Se despertó el árabe y se indignó por la osadía del camello; pero pensó que si sólo se trataba del hocico no valía la pena soliviantarse. Al cabo de un rato el hombre volvió a despertarse; ahora se indignó más, porque la cabeza y el cuello de la bestia estaban dentro de la tienda; pero antes de que protestara, el camello dijo: «Fuera hace mucho frío. No te preocupes; ya no pasaré de aquí.» El beduino volvió a dormirse. Cuando se despertó por tercera vez, el camello tenía dentro la joroba y

las patas delanteras. El amo se dispuso a echar fuera al animal. «Te prometo solemnemente —dijo éste— que no adelantaré ni un centímetro más. Además, estando los dos dentro, tú mismo estarás más calientes.» El perezoso beduino, a pesar de todos sus temores, se durmió nuevamente. Muy pronto se despertó con un grito de terror. «¡Socorro!» El camello se había acostado encima de él. «¿Sitio quieres? —preguntó la bestia—, pues sal fuera y tendrás todo el que quieras.»

Muchas veces el diablo usa esta táctica. No pretende conquistar inmediatamente la voluntad. Se contenta con un rinconcito en la imaginación. Después ofusca el entendimiento, mete las patas en las partes bajas de los sentimientos, luego en las pasiones... Cuando la voluntad quiere reaccionar ya está vencida. En la pendiente de la tentación, el paso más temible es el primero.

Tenemos a menudo conceptos muy equivocados sobre la gravedad de ciertos peligros, a pesar de las admoniciones de la Palabra de Dios. Y cuando nos guiamos por nuestros propios criterios contraviniendo los preceptos divinos, las consecuencias son siempre desastrosas. Saúl, primer rey de Israel, desestimando la orden divina, perdonó al rey de los amalecitas. Años más tarde un amalecita remataba a Saúl en el monte Gilboa dando fin a una de las más impresionantes tragedias.

Agustín de Hipona, en sus *Confesiones*, refiere la experiencia de Alipio, joven convertido en Roma que había abandonado su vida de vicio y pecado. Un día sus amigos le presionaron con gran insistencia para que les acompañara al Coliseo a presenciar una lucha de gladiadores. Vencida la resistencia de Alipio, éste fue con ellos aunque hizo la promesa de que mantendría cerrados los ojos durante todo el espectáculo. Tan pronto como sonó la señal para dar principio al juego, cerró sus párpados. Así permaneció durante un rato hasta que un alarido atronador de la multitud le hizo abrirlos casi inconscientemente. Sólo miró un instante. Pero la mirada fue fatal. Se reavivaron en él sus antiguas aficiones y de nuevo se hundió en el cieno del que ya había salido. Ceder, aunque sea en parte y con ánimo de no traspasar ciertos límites, puede ser el principio de un fin fatal. O nosotros decapitamos el pecado en la tentación, o el pecado nos destruirá a nosotros. No caben contemplaciones. Las experiencias tristes de muchos creyentes y siervos de Dios debieran prevenirnos contra el descuido y la ligereza.

Causas frecuentes de tentación

1. *Las dudas.* Este es uno de los métodos más antiguos y preferidos del diablo. Lo usó con gran éxito para hacer caer a Eva. «¿Conque Dios os ha dicho...?» (Génesis 3:1). El maligno sabía muy bien que si lograba clavar el dardo de la duda en la mente de la mujer tendría una cabeza de puente muy valiosa desde la cual pronto invadiría la voluntad.

Son pocos los cristianos que tarde o temprano no han dudado. La gama de las dudas es vastísima, pero podríamos clasificarla en dos grandes grupos: dudas intelectuales y dudas espirituales.

Las primeras afectan a los fundamentos mismos de nuestra fe; inspiración de la Biblia, divinidad de Cristo, milagros, etc. Es innegable que hay elementos en la revelación bíblica, base de nuestra fe, que están muy por encima del alcance de nuestra razón. Pero no la contradicen; simplemente la superan. De la misma manera que hay sonidos que nuestro oído no llega a percibir y colores que nuestro ojo no puede ver, así hay verdades que nuestra razón no pue-

de explicar. Pero no por eso podemos negarlas. Por mi parte, cuanto más examino la revelación cristiana en su conjunto, más maravillosa la encuentro y, a pesar de sus gloriosos misterios, más difícil me resultaría negarla intelectualmente.

Las dudas del segundo grupo afectan más bien a nuestra experiencia en relación con verdades que creemos y aceptamos plenamente. Dios ciertamente es muy misericordioso —puedo pensar— pero yo soy muy pecador. ¿Habrá perdonado todos mis pecados? ¿No seré demasiado indigno? Dios me ama, lo sé; pero si me ama, ¿por qué permite que sufra tanto? ¿No me habrá reprobado? No hay respuesta a mis oraciones, ¿será que Dios no me oye?

¡Dudas, dudas! Las promesas de Dios son todas fieles y verdaderas. A su debido tiempo se cumplirán. Seguramente, aunque no lo parezca, están ya en vías de cumplirse. «Porque todas las promesas de Dios son en Cristo *Sí* y *Amén* por nosotros a gloria de Dios» (II Corintios 1:20).

Afortunadamente, para el creyente que ha tenido una experiencia real de Cristo, las dudas son como nieblas pasajeras que se desvanecen bajo los rayos de la Palabra de Dios. Quien ha visto y palpado la sustancia de la fe cristiana no se deja engañar por las sombras. Frente a las manifestaciones gloriosas del Cristo vivo en el alma y la vida de sus redimidos, las dudas sucumben y el creyente, con certidumbre renovada, exclama: «¡Señor mío y Dios mío!»

Sin embargo, en el caso de que las dudas se prolonguen demasiado, el cristiano hará bien en consultar a algún siervo de Dios o hermano experimentado.

2. *Tribulaciones.* El sufrimiento, en cualquiera de sus formas, enfermedad, pérdida de bienes, muerte de seres queridos, adversidades, desengaños, etc.,

siempre es aprovechado por el diablo para hacer su obra. Como hemos mencionado antes, la aflicción es terreno abonado para la duda. Y cuando el adversario no consigue sembrar la duda trata de hundir al creyente en el abatimiento y la desesperación, reduciéndolo así a la impotencia espiritual.

¿Por qué permite Dios el sufrimiento de sus hijos? Tres pueden ser los motivos principales de la tribulación en la experiencia del creyente.

En algunos casos Dios permite que suframos a causa de nuestros pecados. No es que en tal caso el sufrimiento tenga como objeto expiar la culpa, pues esto lo hizo Cristo por todos nuestros pecados. Se trata de una disciplina a fin de corregirnos y santificarnos. Es magistral la enseñanza que a este respecto encontramos en Hebreos 12:7-13 donde se comenta un antiguo proverbio: «Hijo mío, no menosprecies la disciplnia del Señor ni desmayes cuando eres por El reprendido, porque el Señor al que ama castiga y azota a cualquiera que recibe por hijo» (Hebreos 12:5, 6; Proverbios 3:11, 12).

Otras veces, la tribulación no es disciplina, sino una prueba benéfica con las características que ya destacamos al considerar la parte de Dios en nuestras tentaciones.

En tercer lugar, las tribulaciones a que el creyente es sometido pueden tener un carácter preventivo. Dios nos las envía para librarnos de males mayores y para hacer más fácil nuestro progreso espiritual. Un turista europeo se sorprendió un día al ver que un grupo de negros atravesaba vadeando un río africano con sendos pedruscos sobre sus espaldas. Cuando hubieron alcanzado la otra orilla, arrojaron las pesadas piedras y continuaron su camino. Al blanco le parecía esto inexplicable, pero la razón era de tanto peso como las piedras. Sólo con una buena carga sobre sus lomos podrían mantener sus pies en el fon-

do del río sin ser arrastrados por la impetuosa corriente. Así cuando Dios nos ve en peligro de ser arrastrados por las corrientes pecaminosas del mundo nos carga con tribulaciones para aumentar nuestro «peso» y mantener nuestros pies firmes en sus caminos.

También la sabiduría del Señor interviene a veces privándonos de circunstancias, de cosas o de seres queridos si éstos llegan a sernos un estorbo en nuestra carrera cristiana. Se cuenta de Alejandro Magno que en su avance triunfal hacia la India se enfrentó con un momento de crisis gravísima. Los oficiales y soldados se habían ido cargando de oro y plata de varios botines en el curso de la campaña. Eran más ricos, pero el peso de sus tesoros les restaba agilidad. No había tiempo que perder. Alejandro hizo encender una gran hoguera y mandó arrojar a las llamas todo objeto precioso. Por poco se subleva el ejército. Pero, dominada la situación, no tardaron mucho en darse cuenta todos de lo sabio de las órdenes. Contrarias a su egoísmo, fueron el secreto de las siguientes victorias.

La Palabra de Dios nos insta constantemente a que dejemos todo el peso del pecado que nos rodea para que corramos bien la carrera que nos es propuesta (Hebreos 12:1). Si no lo dejamos voluntariamente, lo más probable es que Dios nos lo arrebatará por fuerza. ¡Y cuántas gracias habremos de darle por ello! Sea cual sea el propósito divino en nuestra tribulación, todo redundará en gloria suya y en nuestro bien.

3. *Oposición.* Hay ocasiones en que el tentador se presenta como león rugiente (I Pedro 5:8) más que como serpiente sutil. Desencadena contra el convertido a Cristo toda clase de ataques violentos: antagonismos familiares, desprecios de amigos, insultos,

amenazas, intimidaciones, toda una tempestad de oposición. Si el creyente no está bien arraigado en su fe, con facilidad se amilana y cede.

Esta experiencia no debe sorprender a nadie. El Maestro ya la pronosticó. «Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre» (Mateo 10:35-36). Espectáculo triste, pero real muchas veces. ¿Qué hacer en semejantes casos? Extremar las muestras de afecto y simpatía contra los opositores incomprensivos, tratar de convencerles, pero jamás sacrificando la lealtad suprema que a Cristo se debe.

Por esta lealtad, innumerables mártires sellaron con su sangre el testimonio de su fe. Seguramente a ninguno de nosotros se nos pedirá tanto; pero, sea cual sea el precio de nuestra fidelidad, debemos pagarlo con gozo, sabiendo que entraña bienaventuranza. «Si sois vituperados en nombre de Cristo sois bienaventurados, porque la gloria y el espíritu de Dios reposan sobre vosotros» (I Pedro 4:14).

4. *Ganancias ilícitas.* Vivimos en una época y en unas circunstancias difíciles.

Es un verdadero problema hacer frente honradamente a las necesidades de la vida. En cambio un pequeño desvío de la rectitud cristiana puede solucionar en muchos casos el problema. No se trata de renunciar a la fe, ni de abandonar la Iglesia, mucho menos de cometer grandes pecados. Se trata solamente de aceptar ciertos compromisos un poco dudosos, especulaciones algo turbias, manejos ilegales o ligeramente teñidos de inmoralidad o de incompatibilidad con los principios evangélicos. En una palabra, una pequeña concesión al diablo.

Todas las concesiones al diablo son pecado y nos hacen reos del juicio divino. Por nimias que parezcan, nos anulan espiritualmente. Guárdate de caer en ese lazo. Se te presentará más de una vez con una

fuerza de atracción casi irresistible. Debes vencer. Recuerda a tu Maestro. Cuando el diablo le tentó la tercera vez en el desierto, le ofreció un camino de éxito fácil a cambio de muy poca cosa, «le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y dícele: Todo esto te daré si postrado me adorares» (Mateo 4:8, 9). ¿Qué costaba arrodillarse un instante ante el diablo? ¡Sólo un segundo! Cristo había de ser Rey; ¿por qué seguir el camino largo y penoso de la cruz? Una leve inclinación ante Satanás y todos los reinos del mundo serían suyos —según el diablo—. Ganaba tiempo y se ahorraba el Calvario. Pero Jesús no claudicó. Su concepto de la fidelidad al Padre era tan acendrado que ni por un momento se sometió al tentador. También aquí podríamos citar sus palabras: «Ejemplo os he dado para que como yo he hecho así hagáis vosotros» (Juan 13:15).

Dios, si así nos conviene, nos hará pasar por circunstancias de estrechez y de prueba, pero nunca nos abandonará. El Padre Celestial jamás ha dejado sucumbir en la miseria a ninguno de sus hijos. Su Hijo amado no tuvo qué comer en el desierto; pero fue maravillosamente sostenido sin desfallecimiento. Y acabada la tentación, los mismos ángeles le servían.

5. *Sensualidad.* La falta de templanza ha causado más víctimas en las filas cristianas que cualquier otro pecado.

Los excesos en la comida o en la bebida han acarreado descrédito sobre el testimonio de creyentes brillantes en otros aspectos. La embriaguez de Noé, por ejemplo, dejó una mancha indeleble en su conducta de fe y esfuerzo. El alcoholismo ha existido siempre. Pero actualmente es comparable a una horrible plaga. Millones de seres humanos sufren sus efectos. Innumerables familias se ven, a causa de tal

azote, en situaciones de miseria moral e incluso física. La sociedad entera ha de pagar sus consecuencias. Por todo ello, el cristiano hará bien no sólo en precaverse contra la posibilidad de caer él mismo en la esclavitud alcohólica, sino también en contrarrestar el mal a su alrededor mediante su ejemplo de sobriedad.

También caben excesos en el vestir y en otros órdenes de la vida cotidiana. Dar rienda suelta a caprichos y gustos personales por el placer que proporcionan es otra forma más o menos atenuada de sensualidad. Si ello se hace en detrimento de la sensibilidad moral cristiana, de la caridad o de la generosidad, el creyente se está cavando un hoyo más o menos hondo que le ocasionará la caída.

A pesar de su crudeza, debemos referirnos también a las tentaciones sexuales. Si silenciándolas las extinguiéramos, no diríamos ni media palabra. Pero ha sido y sigue siendo precisamente éste el foso fatal que mayores éxitos ha proporcionado al diablo. En él se hundieron Sansón, David y muchos más con consecuencias tristes y funestas.

La orientación bíblica sobre la problemática sexual debe ser respetada y aceptada escrupulosamente. De otro modo, es muy difícil que el creyente no se extravíe bajo la presión del erotismo y la pornografía casi universalmente imperantes en nuestro tiempo. A veces esa presión es acentuada por corrientes filosóficas o psicológicas que, en aras de una pretendida «liberación» sexual encaminada a acabar con prejuicios anacrónicos, causa de represiones perjudiciales, abogan por el rechazamiento de la ética sexual cristiana.

El sexo es una de las maravillas que Dios ha hecho en los seres vivos. En el ser humano es mucho más que un instinto, pues lleva aparejadas fuerzas creadoras de espiritualidad sublime. Pero debe

mantenerse dentro de la esfera que Dios determina en su Palabra. De lo contrario se degrada y se convierte en fuente de miseria y frustración.

Los pecados sexuales son especialmente condenados en la Palabra de Dios. En el Antiguo Testamento el adúltero era castigado con la última pena, que se ejecutaba por lapidación. En el Nuevo Testamento todas las formas de impureza se reprueban enérgicamente (I Corintios 6:15-20; Efesios 5:5).

6. *Debilidades de temperamento.* Hay cristianos con notables virtudes, capaces de las más nobles empresas en el Reino de Dios, que sufren derrotas espirituales frecuentes a causa de su temperamento. Fácilmente se irritan y exaltan. Son explosivos como la pólvora; la menor chispa los inflama y se encienden en llama de ira, hablan con lenguaje desenfrenado y hasta llegan a la violencia. Después, cuando ya se han calmado, les pesa y caen en depresiones de remordimiento, situación que el diablo aprovecha para hacerles creer que no son cristianos. Generalmente se supera pronto esa depresión e incluso se piensa: «Yo soy así. No puedo dominar mis nervios», con lo cual se allana el camino para nuevas caídas.

Verdad es que factores ambientales y hereditarios influyen poderosamente en nuestro temperamento independientemente de nuestra voluntad. Pero es igualmente cierto que todos esos factores pueden ser eficazmente contrarrestados por la gracia de Dios. Moisés era un hombre de temperamento fuerte y violento a los cuarenta años. Un día, en un arrebato de indignación, mató a un egipcio. Pero Dios cambió su carácter de tal modo que llegó a ser el hombre más manso de toda la tierra (Números 12:3). Pedro era por naturaleza igualmente impulsivo y arrebatado, pero la influencia del Maestro y del Espíritu Santo

hizo de él un apóstol templado y reflexivo. El fue quien en los años de su madurez enseñó: «Mostrad en vuestra fe virtud, en la virtud ciencia, en la ciencia templanza, en la templanza paciencia, y en la paciencia temor de Dios» (II Pedro 1:5, 6).

Temor de Dios, sí. Y a Dios le desagrada un temperamento sin freno. Cuando Moisés, una sola vez, se dejó llevar de su irritación e hirió encolerizado la peña para que manara agua, en vez de hablar conforme a la indicación divina, Jehová le impuso un duro castigo: no podría entrar en la tierra prometida. Para Dios no son de poca monta los pecados de nuestro temperamento. «La ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Santiago 1:20). La ira conduce insensiblemente al resentimiento y a la enemistad, y un cristiano que cae en este pecado no es apto para el servicio del Señor (Mateo 5:23, 24). Con razón nos manda la Sagrada Escritura: «No se ponga el sol sobre vuestro enojo» (Efesios 4:26).

7. *Las debilidades de otros cristianos.* Tenemos tendencia a ser imitadores de otros. Esta tendencia puede ser muy saludable si escogemos modelos nobles. Pablo dijo: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo.» Pero, por lo general, somos más dados a inspirarnos en la conducta de los más débiles. Aun al examinar a cristianos notables, nos fijamos más en sus defectos que en sus virtudes. Ello explica la absurda justificación que algunos buscan para sus flaquezas y defectos. «Fulano también lo hace», y con este «argumento» ellos siguen la misma línea de conducta. Esta es la causa de la mediocridad espiritual de muchos.

No seas tú de los mediocres. Orienta tu vida cristiana con los ojos puestos en la perfección de Cristo. Si en tus hermanos puedes ver reflejos de esa perfección, bien; si no, procura que se vean en ti

para bien de ellos. Y no olvides aquel incidente aleccionador que tuvo lugar junto al mar de Galilea, después de la resurrección del Señor. Pedro ha recibido palabra de Jesús. Esa palabra marca la pauta de su vida. Pero, viendo Pedro a Juan, pregunta al Maestro: «Y éste, ¿qué?» El Señor le contesta: «¿Qué a ti? Sígueme tú» (Juan 21:20-22).

Algunos secretos para obtener la victoria

1. *El valor de lo positivo.* No es aconsejable combatir contra los aspectos negativos de la tentación. Es preferible pensar en la contrapartida positiva. Mejor que luchar por expulsar de la mente la idea pecaminosa es asirse a la idea de la virtud opuesta. Mejor pensar en la bienaventuranza de sacrificarse por Cristo que pugnar por la atracción de una ganancia ilícita. Mejor pensar en las múltiples formas del servicio cristiano que empeñarse en destruir las imágenes obscenas que se introducen en la mente. Mejor aspirar a un carácter apacible que a no caer en la irascibilidad.

El apóstol Pablo entendía bien el valor del pensamiento positivo cristiano cuando escribía: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

2. *Defensa general.* Tendremos más fuerza contra cualquier tentación si somos espiritualmente fuertes en nuestra actitud contra el pecado en general. No es prudente concentrar atención y energía sobre un pecado determinado. Ello, a menudo, es alimentarlo. En cambio un robustecimiento de toda nuestra vida cristiana nos inmunizará contra muchos virus

pecaminosos, de la misma manera que un buen estado general del organismo nos protege contra cualquier germen patógeno que podría ocasionar la enfermedad. No debemos apuntar sólo a la eliminación de ciertos vicios, sino a la fortificación de toda nuestra naturaleza espiritual, lo cual se consigue mediante la acción santificadora del Espíritu de Cristo en todos los órdenes de nuestra vida y en todos los departamento de nuestro ser. Si el cristiano vive una vida de disciplina a lo largo de toda la línea de su pensamiento y de su conducta, los puntos débiles desaparecerán mucho más fácilmente que si trata de concentrar en ellos todas las fuerzas descuidando el resto de la línea.

3. *La presencia de Cristo.* El pensamiento positivo y la defensa general serían insuficientes y seguramente imposibles sin la presencia y el poder de Cristo en el corazón.

El Señor expuso con claridad este hecho al usar la ilustración de la casa limpia deshabitada. El espíritu inmundo ha sido desalojado de ella; pero, insatisfecho, dice: «Me volveré a mi casa de donde salí. Y cuando viene la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados moran allí; y son peores las cosas últimas del tal hombre que las primeras» (Mateo 12:43-45). Más de una vez se ha dado ese caso; personas que llegaron a reformar su vida por un tiempo y que luego recayeron en sus antiguos vicios con mayor descaro y bajeza.

Es imprescindible que el corazón sea ocupado por «el más fuerte», Cristo, si queremos que nunca caiga en manos del «fuerte», el diablo. Y es necesario, asimismo, que Cristo ocupe nuestra alma no como un huésped sino como Dueño y Señor, como centro y motivo esencial de nuestra vida. Cuando Cristo nos

llena, el diablo no cabe en nosotros. Con El, el problema de la tentación queda pronto resuelto.

Se preguntó a una niña recién convertida: «¿Qué harás cuando el diablo llame a la puerta de tu corazón?». Después de un momento de reflexión, contestó: «Diré al Señor: Abre tú la puerta.» ¡Exacto! Cristo es nuestro ayudador. El es fuerte y compasivo y tiene, además, experiencia en cuestiones de tentación. Fue «tentado en todo según nuestra semejanza, aunque sin pecado» (Hebreos 4:15). En consecuencia, «en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Hebreos 2:16).

4. «*Velad y orad*». La presencia y la ayuda de Cristo, no nos eximen del deber de la vigilancia y de nuestro propio esfuerzo. En la lucha contra la tentación debemos ser centinelas. Una hora de adormecimiento, un momento de descuido pueden dar una victoria al enemigo.

Pablo ve en el cristiano un soldado cuando exhorta: «Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Efesios 6:11).

Después de detallar la armadura cristiana (versículos 12-17), concluye: «orando en todo tiempo». Transmitía en esencia el aviso de Jesús: «Velad y orad para que no entréis en tentación» (Mateo 26:41).

La vigilancia nos previene contra los ataques de la tentación. La oración nos capacita para el triunfo. Se dice que el gran matemático y físico de la antigüedad, Arquímedes, destruyó la escuedra romana que amenazaba a Siracusa incendiándola por medio de la reflexión de los rayos solares que consiguió con unos espejos. Un solo hombre, débil y sin armas, deshizo toda una escuadra porque supo usar las grandes fuerzas del universo. Un cristiano, por impotente que sea frente al gran adversario de su alma, podrá derrotarlo siempre si sabe hacer uso de los recursos formidables del poder divino mediante la oración.

Israel venció a Amalec en el desierto gracias a la potencia intercesora de Moisés. «Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía» (Exodo 17:11). No puede ser más sugestiva la lección.

Y si alguno hubiera pecado

A pesar de que somos llamados a vivir vidas de victoria, es raro encontrar a un cristiano que no haya caído en alguna tentación. El mismo apóstol Pablo sentía la necesidad de extremar su propia disciplina. En cierta ocasión dijo: «El que piensa estar firme, mire no caiga» (I Corintios 10:12). Y ya antes había declarado: «Hiero mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros yo mismo venga a ser descalificado» (I Cor. 9:27).

La caída puede y debe evitarse. Pero ¿qué hacer cuando ya es hecho consumado? ¿Cómo reaccionar cuando la carne o el diablo nos dominan y nos hacen pecar? ¿Hemos de desesperarnos? ¿Podemos creer que ya no somos cristianos?

El apóstol Juan escribe: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo, el cual es la propiciación por nuestros pecados» (I Juan 2:1, 2). Sí, en la obra redentora de Cristo hay mérito y poder para expiar también los pecados cometidos, por debilidad, después de la conversión. En la propiciación llevada a cabo por nuestro Salvador está el remedio para nuestras caídas.

No podemos dejar de aplicar ese remedio. Con el

pecado se rompe nuestra comunión con Dios y, en consecuencia, nuestra vida espiritual decae. David sintió lo miserable de esta situación y la expresó con acentos de profunda tristeza: «Envejeciéronse mis huesos... volvióse mi verdor en sequedades de estío» (Salmo 32:3, 4). Dios está dispuesto a perdonarnos y restaurarnos a la comunión con El. Pero hay algo indispensable por nuestra parte: arrepentimiento y confesión del pecado. «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad» (I Juan 1:9).

Claro que tal confesión no debe hacerse a la ligera. Debe ir acompañada de apartamiento del pecado. Y si con el pecado se ha cometido un daño reparable, el daño se debe reparar. Así lo hizo Zaqueo después de su admirable conversión, y el Señor le alabó (Lucas 19:8, 9). Caer en un pecado hoy, confesarlo al Señor para que nos perdone y volver a cometerlo tranquilamente mañana, denota que no ha habido ni arrepentimiento verdadero ni verdadera confesión. El cristiano que ha conocido de veras a Cristo, no se complace en el pecado. Si alguna vez, por la presión de la tentación, cae, al ser restaurado nuevamente por la gracia perdonadora del Señor, adquiere mayor fuerza para luchar contra las tentaciones. David nunca más cayó en las profundidades del adulterio y el crimen después que Dios perdonó su iniquidad. Pedro no volvió a negar a Jesús una vez restituido a su puesto de discípulo y apóstol.

No significa esto que Dios no nos pueda perdonar más de una vez o levantarnos de más de una caída. Quiere decir que el cristiano consciente, al caer, experimenta un amargura saludable que en cierto sentido le inmuniza y fortalece para salir victorioso en ulteriores conflictos con el tentador.

Procura, lector amado, no caer nunca. No es inevitable la derrota. Pero si alguna vez el adversario

te vence, no quedes postrado. Clama al Señor, humíllate ante El, confiesa tu pecado, invoca la misericordia divina y los méritos de Cristo, confía en su gracia. Y levántate, contrito, pero con ánimo. Todavía no habrá acabado la guerra. Aún tendrás oportunidades, frente a nuevas tentaciones, para decir con tus victorias: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo.»

Cuestionario

1. *¿Por qué permite Dios que sus hijos sean tentados?*
2. *¿Cuál debe ser la actitud del creyente frente a la tentación?*
3. *¿Cuáles pueden ser los motivos espirituales de nuestras tribulaciones?*
4. *¿Qué opina usted de las debilidades de temperamento?*
5. *Detalle el plan de defensa contra las tentaciones.*
6. *¿Cómo debe reaccionar un cristiano si llega a caer en pecado?*

8

Al servicio de Cristo

Dios no nos ha salvado para ser meros ornamentos en su Reino, sino para ser útiles. La grosura de su Palabra no tiene como objeto cebarnos para mantenernos en una vida de misticismo insulso, sino proporcionarnos fuerzas para andar en los pasos de Jesús, viviendo activamente para el bien de otros y para la gloria de Dios.

La gran misión de Cristo queda descrita en sus propias palabras: «El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir» (Marcos 10:45). En El se encarnaba aquel «Siervo de Jehová» del que tan maravillosamente profetizó Isaías. Y El es nuestro ejemplo.

Desde el momento mismo en que nos convertimos, debe haber en nosotros la decisión de vivir para Aquel que nos amó y nos salvó. La conversión debe situarnos en la posición de siervos a la par que en la de amigos. Cristo debe ser para nosotros Señor además de Salvador. Ello exigirá, sin duda, una manifestación abierta de nuestra relación con Cristo. Tendremos que confesarle abiertamente ante el mundo, sea cual sea la reacción del mundo frente a nuestro testimonio. El verdadero cristiano no puede ocultar la luz de la verdad ni puede reprimir los impulsos de su nueva vida. Nicodemo trató de esconder su fe durante algún tiempo, porque quizás aún no estaba suficientemente madura; pero llegó el momento en que no pudo seguir callando y abiertamente intervino al servicio de Jesús. Dichoso el creyente que desde el principio entiende el significado de aquellas palabras del Señor: «El que me confesare delante de los hombres yo también le confesaré delante de mi Padre, y el que me negare, yo también le negaré» (Mateo 10:32, 33).

El significado del servicio

Dirás tú, tal vez, que estás dispuesto a confesar a Cristo y a servirle, pero no acabas de entender lo que la palabra servicio significa. No es extraño. Muchos creyentes tienen ideas erróneas en cuanto a este aspecto de la vida cristiana. Confunden el servicio con la actividad. Piensan que servir es predicar, o hablar a otras almas del Evangelio, o tomar parte en alguno de los trabajos de una iglesia. Todo esto es un aspecto —muy importante, sin duda— del servicio, y de ello nos ocuparemos más adelante; pero el servicio en sí es mucho más.

Para empezar diremos que el servicio cristiano tiene su fundamento y origen en una actitud de espíritu, la actitud de plena sumisión a Cristo. Todo creyente debiera apropiarse las palabras de Saulo al rendirse a Jesús en el camino de Damasco: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Indudablemente, Dios tiene propósitos para tu vida, como los tiene para la vida de cada uno de sus hijos. Descubrirlos y cumplirlos es tu deber.

Hemos apuntado ya que el ejemplo perfecto lo hallamos en Cristo mismo. Alguien ha dicho que la vida de Jesús es el diccionario que mejor define el verbo «servir». En efecto, el Maestro nos enseña que servimos a Dios cuando hacemos lo que a El le agrada.

Desde el establo de Belén hasta la cruz del Calvario, Jesús hizo siempre la voluntad del Padre. Todos los años y todos lo momentos de su vida tuvieron una misma ocupación; servir al Padre. Le sirvió en los oscuros años de su infancia y juventud en Nazaret y le sirvió en los años de su ministerio público. Le sirvió conviviendo sumisamente con su familia y le sirvió cuando se emancipó de ella. Servicio fue su predicación y servicio su silencio y su oración; servicio su contacto con las gentes y servicio su soledad; servicio su acción y servicio sus tentaciones, sus sufrimientos, su pasión; servicio su vida y servicio su muerte. Todo entraba en el programa de Dios para la vida del «Siervo» por excelencia.

A la luz de este ejemplo de Cristo, ¿distingues, querido lector, el campo vastísimo del servicio cristiano? Todo lo que hagas en cumplimiento de la Palabra de Dios es una forma de servir al Señor. Pablo nos enseña que aun las cosas más prosaicas y rutinarias de la vida, como el comer o el beber, podemos hacerlas «a gloria de Dios» (I Corintios 10:13). Cuando trabajas dignamente, cuando cuidas con solicitud a los tuyos, cuando amas a tu esposa y crías cristianamente a tus hijos, cuando cumples honradamente tus deberes cívicos, cuando eres buen compañero, buen vecino y buen amigo, sirves a Dios.

Cuando ayudas a suplir una necesidad, aunque sólo sea mediante un vaso de agua fría, cuando consuelas al afligido y al abatido das aliento, cuando rehuyes la malicia y siembras el amor, sirves a Dios. Cuando sufres resignadamente la humillación, la injusticia o la adversidad, o cuando te mantienes firme frente a la tentación, sirves a Dios. Si el Señor quiere que hables y actúes, hablando y actuando sirves a Dios. Si quiere que calles y te estés quieto, con tu silencio y quietud sirves a Dios.

Por todo lo expuesto, te darás cuenta de las innumerables oportunidades de servicio que se te presentarán diariamente. No tendrás necesidad de buscarlas; te saldrán al encuentro continuamente. Basta que las descubras y aproveches. Eso sí; procura descubrirlas, porque a menudo vienen disfrazadas.

El Cristo desconocido

Leí hace tiempo un hermoso poema en inglés cuya esencia quiero transcribir.

La aldea estaba en fiesta. Aquel día iba a venir el Maestro y se hospedaría en una casa, nadie sabía en cuál.

«¡O, si viniera a la mía!», se decía una mujer. Y redoblaba sus fuerzas limpiando, ordenando y hermoseando todas las habitaciones de su hogar. Quería tenerlo todo dispuesto para recibir con la máxima dignidad al Señor.

Llamaron a la puerta. Emoción. ¿Sería El? No, era una pobre mujer atribulada que venía a ella en busca de consuelo.

«No puedo atenderla hoy. Tengo cosas más importantes que acaparan mi atención.»

La mujer, desolada, se marchó.

Al poco llamó un anciano demacrado, débil y cojo.

«Permitidme detenerme un rato y descansar —dijo el desconocido—. He andado toda la mañana y ahora tengo hambre y estoy cansado.»

«Lo siento, pero hoy no es puedo acoger» respondió la piadosa señora.

Después de estas interrupciones reanudó su trabajo con más ahinco. Se hacía tarde. El Maestro podría llegar en cualquier instante.

Llamaron por tercera vez. Ahora un niño de semblante tierno y hermoso. Se le notaba que había llorado. Llevaba un vestido viejo y andaba descalzo. Al parecer se había caído; aún se le veía sangre en los dedos.

«¡Pobrecito! —exclamó la mujer—. ¡Lástima que vengas en tan mal momento! ¡Si fuese otro día!». El niño la miró suplicante unos segundos. Luego desapareció.

La tarde avanzaba; casi anochecía. ¿Habría ido a otra casa? Pero la mujer seguía esperando y orando. Medianoche y el Maestro no había venido. Todo su trabajo había sido en vano.

De pronto apareció el Maestro. Su rostro era noble; su mirada, grave. Y el poema concluye con estas palabras del visitante:

«Tres veces hoy llamé a tu puerta
implorando socorro y piedad,
y tres veces tú me despediste
sin darme auxilio, sin caridad.
Perdido has la bendición que te traía;
la oportunidad de servirme se esfumó.
—Señor, Señor mío, ¡Perdón!
No sabía, oh no, que eras Tú.
—Te perdono —dijo El—, mas la gloria
de servirme no puede ser para ti;
al no hacerlo por uno de los míos
dejaste de hacerlo por Mí.»

Servicio activo en el Reino

Lo que acabamos de decir muestra a rasgos generales la amplitud del servicio cristiano en sus diferentes aspectos, activo y pasivo. Una vida que se ajusta en todo a la voluntad de Dios es un factor poderosísimo para la extensión del Reino de Dios en la tierra. Será bueno, no obstante, que consideremos más particularmente aquellas actividades que, por su naturaleza, tienen importancia especial en la vida del siervo.

Hemos dicho que en la vida de Cristo, desde su nacimiento hasta su muerte, todo fue servicio. Pero en ese servicio se destacan de modo más prominente los aspectos que más directamente se relacionan con la gran obra que el Padre le había encomendado. Es innegable que los años de su ministerio público tienen mayor relieve que los de su residencia en Nazaret, como su predicación, sus obras y su sacrificio redentor sobresalen por encima de los innumerables aspectos maravillosos de su vida.

También el cristiano tiene una obra especial que hacer mientras está en el mundo; la de dar a conocer el Evangelio a otros. En la Iglesia y fuera de ella, el creyente ha de sentirse apóstol y ha de «anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable» (I Pedro 2:9). Debe ser pescador de almas (Lucas 5:10), un testigo de Cristo (Lucas 8:39; Hechos 1:8), un embajador (II Corintios 5:20). En cada uno de nosotros ha de haber el sentir que había en el apóstol de los gentiles cuando decía: «A griegos y a bárbaros, a sabios y a no sabios soy deudor; así que, cuanto a mí, presto estoy a predicar el Evangelio...» (Romanos 1:14, 15). De tal modo sentía su responsabilidad que en otro lugar exclama: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (I Cor. 9:16).

Muchos han objetado que no poseen el don de la

predicación, ni la capacidad necesaria para un testimonio eficaz. Y no hacen nada. Esta objeción es, por lo general, una excusa. En la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30), el Señor ilustra bien las posibilidades y la responsabilidad de cada uno de sus siervos. Es verdad que no nos ha dado a todos los mismos dones ni en la misma abundancia. Pero todo cristiano tiene algún talento. Sobre todo, tiene el conocimiento de la salvación en Cristo; tiene una experiencia de su amor y su poder y tiene a su alrededor un mundo perdido al cual, de algún modo, puede anunciar la buena nueva del Evangelio.

El valor del testimonio personal

En el Antiguo Testamento hay una narración emocionante y sugestiva. La ciudad de Samaria, cercada por el ejército sirio, se hallaba sometida a condiciones durísimas de hambre, miseria y desesperación. Fuera de la ciudad cuatro hombres leprosos se enfrentan con una situación tan angustiosa como la de los sitiados. Una decisión arriesgada les lleva una noche hasta las tiendas del ejército invasor. Las tiendas, repletas de pertrechos, vituallas y riquezas, están abandonadas. El enemigo ha huido. Los cuatro infortunados ven cambiada su suerte. Comen hasta saciarse y toman parte del despojo. Se afanan por esconderlo. Pero la conciencia les remuerde. «No hacemos bien —se dice el uno al otro—. Hoy es día de buena nueva y nosotros callamos; y si esperamos hasta que amanezca, nos alcanzará la maldad. Vamos, pues, ahora, entremos y demos la nueva en casa del rey» (II Reyes 7:3-9). No se necesitaba en aquel caso ser profeta para hablar de la gran salvación que Dios había obrado. La aplicación es fácil y clara.

Naamán fue curado de su lepra porque su criada,

muchacha israelita, le habló de Eliseo y le convenció para que fuera a ver al siervo de Dios.

Felipe, cuando conoció a Jesús, no era un gran predicador. Al ver a su amigo Natanael se limitó a decirle: «Hemos hallado al Mesías.» Natanael duda; Felipe no argumenta, simplemente invita: «Ven y ve» (Juan 1:45, 46). Y Natanael va y se convierte.

La mujer samaritana tampoco era una predicadora; pero la vehemenncia de su testimonio reunió a los habitantes de Sicar en torno a Jesús.

Podríamos multiplicar los ejemplos; pero no es necesario. Todo creyente puede anunciar a Cristo mediante un testimonio personal vivo y sincero. Si amamos de veras, no cesaremos de buscar a las almas por las cuales Cristo murió.

El servicio de la colaboración

No todos los cristianos tienen el don de las grandes iniciativas o de las grandes empresas en la obra de Dios. Pero todos, a menos que algún pecado se lo impida, tienen el don, la posibilidad y el deber de la colaboración.

Hay en el Nuevo Testamento ejemplos hermosos de hombres y mujeres que supieron asociarse eficazmente con los grandes siervos de Dios en la gloriosa empresa de extender su Reino. De muchos ni siquiera conocemos el nombre; pero han quedado registrados sus rasgos notables y su contribución a la común causa del Evangelio. ¿Quién no se admira de la generosidad con que los dueños del «aposento alto» pusieron su casa a disposición de Jesús y, más tarde, de sus discípulos? ¿Acaso no fue esto una forma de servicio?

La misma admiración nos causan Aquila y Priscila, creyentes sencillos pero fervorosos y fieles. Su casa es un taller, una escuela y un santuario. En ella

encuentra instrucción Apolos; Pablo, compañía y ayuda. De ellos escribiría con reconocimiento: «mis coadjutores en Cristo Jesús» (Romanos 16:3).

¡Qué servicio tan valioso el de Lucas, el médico amado, quien pone a disposición de Cristo, en la persona de Pablo, su corazón y su profesión!

No menos valioso el de las iglesias de Macedonia que, con su simpatía, sus oraciones y sus ofrendas, sostenían a Pablo y la obra que Pablo realizaba.

Febe, la diaconisa de Cencreas, es alabada y recomendada «porque ella ha ayudado a muchos» (Romanos 16:2).

¡Cuánto se puede aprender de este capítulo 16 de Romanos sobre la gloria del servicio cristiano en la esfera de la colaboración!

Amado lector creyente, ¿has pensado seriamente en el trabajo que desarrollas por el Señor? Si, como sucede a la mayoría de cristianos, Dios no te llama a puestos prominentes, sí puede llamarte, y con toda seguridad te llama, a cooperar con entusiasmo, constreñido por el amor de Cristo, en la gran tarea de difundir el Evangelio. Puedes ayudar orando. Puedes ayudar haciendo, según tu capacidad y fuerzas, parte del variado trabajo de la evangelización, aunque ésta se reduzca a algo tan simple como dar oportunamente un folleto o invitar a alguien a un culto. Puedes ayudar sosteniendo con tu simpatía los brazos de quienes llevan mayor carga y responsabilidad en la obra de Cristo. Puedes ayudar con tu paciencia, tu ánimo y tu perseverancia. Puedes ayudar con tus ofrendas. Puedes ayudar visitando sabiamente a personas cuyas casas se te abran para introducir el Evangelio; no importa que en esta visita no puedas llevarles un sermón; basta con que les lleves un corazón rebosante de simpatía cristiana. Puedes ayudar de mil maneras. Y de cualquiera de esas maneras servirás a Cristo.

Condiciones del verdadero servicio

Si no hemos olvidado que en nuestra vida cristiana es a Cristo a quien servimos, entenderemos que nuestro servicio sólo es acepto cuando lo que hacemos lo hacemos con espíritu auténticamente cristiano.

A veces hay cosas buenas en sí que a Dios le son abominables por la condición espiritual de quien las hace. Los sacrificios del Antiguo Testamento los había establecido Dios mismo; sin embargo, dice el Señor en cierta ocasión a su pueblo: «¿Para qué a mí la multitud de vuestros sacrificios...? No me traigáis más vano presente; el perfume me es abominación, vuestras solemnidades tiene aborrecidas mi alma» (Isaías 1:11-14). Dios no podía aceptar unos sacrificios que eran ofrecidos por hombres cuyos corazones estaban atestados de iniquidad.

Podemos llegar a desarrollar una gran actividad en la obra de Dios; podemos dar gran parte de nuestras energías, de nuestro tiempo, de nuestro celo y hasta de nuestro dinero; pero si en nosotros no hay un espíritu semejante al de Cristo y unos móviles profundamente santos, lo que hacemos y lo que damos deja de ser verdadero servicio. Quizá es presente que ofrecemos, más que a Cristo, a nuestro orgullo y vanidad. Servimos a nuestro propio yo en vez de servir al Señor. Esto sucede a veces en la vida de cristianos destacados y activos sin que se den cuenta. Y las consecuencias son funestas para ellos mismos y para la causa que creen servir.

Resumamos algunas de las condiciones que exige un genuino servicio a Cristo.

1. *Amor.* Muchas personas actúan impulsadas por móviles de vanagloria o por una tendencia a la

exhibición. Les gusta ser vistas, admiradas y aplaudidas. Esa debilidad, que es muy humana, debe desterrarse del cristiano que sólo busca la gloria de su Señor, y se inspira en el ejemplo de su Maestro. Cristo no buscó la popularidad ni los halagos. El vino a servir y a dar su vida redentoramente movido por su amor infinito. «Nadie tiene mayor amor que éste —dijo— que ponga alguno su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Y sus «amigos» eran pecadores, seres indignos de su amor, pues en realidad, por naturaleza, no eran amigos sino enemigos.

Eso es amor. Eso es gracia. Eso debe caracterizar nuestra vida. La compasión de Cristo debe despertar en nuestro corazón una gratitud muy honda hacia El y, al mismo tiempo, un amor semejante al suyo hacia los hombres y mujeres que nos rodean, sean hermanos, amigos, extraños o enemigos, sean amables o aborrecibles, agradecidos o ingratos, nobles o viles. Y ello teniendo bien en cuenta que el amor cristiano no es mero sentimiento, sino acción abnegada. El amor se traduce en vida que se da a favor de otros. El amor es renuncia a los derechos y al bienestar propios en aras del bien de los demás. Sin este amor, todo lo que seamos y todo lo que hagamos es vano. Recordemos las sublimes palabras de Pablo escritas en el capítulo 13 de I Corintios:

> «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena y címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia; y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasPasase los montes y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer a pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve» (I Corintios 13:1-3).

2. *Humildad.* «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», nos dice el Señor (Mateo 11:29). Y Pablo, como haciéndose eco de las palabras del Maestro, escribe a los Efesios: «Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que sois llamados, con toda humildad y mansedumbre» (Efesios 4:1, 2).

Más de un creyente ha arruinado su testimonio por sus ansias incontenibles de ocupar primeros puestos o posiciones de honor. Nos cuesta entender que la verdadera grandeza es a los ojos de Dios algo muy distinto de lo que es a nuestros ojos. Para Dios, tan grande es una violeta como un roble, pues ambos, cuando han adquirido su pleno desarrollo, son todo lo que El quería que fuesen. El siervo que con dos talentos ganó otros dos, tuvo exactamente la misma aprobación y premio que el que con cinco había ganado cinco.

Quizás el lector recuerda la fábula de la rana y la vaca. Vio aquélla un día cómo la vaca pacía en un prado y sintió envidia de su tamaño. «Yo también puedo ser como ella», se dijo, y aspirando aire con todas sus fuerzas empezó a inflarse. Todavía le faltaba mucho para igualarse al cuadrúpedo, pero siguió aspirando e inflándose hasta que reventó. La moraleja es importante. No aspires nunca a ser una reproducción de otros, que parecen más grandes que tú. Procura imitar sus virtudes; pero en lo que se refiere a posiciones o formas de servicio, acepta gozoso las que Dios te señale.

Se ha dicho que si a un ángel se le mandara gobernar una ciudad y a otro barrer las calles de la misma, ambos cumplirían su deber con la misma satisfacción.

Admirable es el ejemplo de Juan el Bautista. Dios le encomendó una misión gloriosa, pero humanamente no fue de las más brillantes. No era el Mesías; era simplemente el precursor. No era el Rey, sino el pre-

gonero del Rey. No era el Esposo, sino el amigo del Esposo. Cuando el Mesías aparece, cuando llega el Rey y el Esposo, los discípulos de Juan se van en pos de El, y el profeta se queda casi sólo. Pero no se molesta; no cesa en su servicio. No dimite. Se limita a pronunciar unas palabras sublimes, expresión encantadora de la verdadera humildad: «A El conviene crecer, mas a mí menguar» (Juan 3:30). Juan sabía servir a Cristo.

3. *Idoneidad.* Algunos creyentes, pensando que con la ayuda de Dios podrían hacerlo todo, han aceptado a veces responsabilidades que estaban muy por encima de su capacidad. El fracaso no se ha hecho esperar.

Es cierto que con la ayuda de Dios podemos hacer aun lo imposible. Pero ¿acostumbra Dios a encomendar trabajos especiales a quienes no están preparados para ellos? Yo puedo tener toda la fe imaginable en la ayuda de Dios, pero jamás me atreveré a operar una hernia o a extraer una muela. ¿Que el trabajo por el Señor es diferente? Será difícil probarlo. Dios tuvo a Moisés 40 años en el desierto preparándolo para ser el caudillo de su pueblo. David necesitó igualmente años de formación intensa antes de llegar a ser rey. Los apóstoles precisaron de casi cuatro años de discipulado antes de ser los grandes testigos de Cristo. El mismo Pablo necesitó preparación. Y cuando este apóstol piensa en un sistema eficaz de propagar el Evangelio, dice a Timoteo: «Encomiéndalo a hombres fieles capaces de enseñar a otros» (II Timoteo 2:2, Vers. Nácar Colunga).

Todo creyente hará bien en examinar su capacidad de todo orden antes de aceptar una responsabilidad en la obra del Señor. Andará muy incómodo en los caminos de la vida cristiana el que se empeñe en calzar un zapato más grande que su pie. Formas

de servicio para las que no reunimos condiciones de idoneidad pueden sernos preparadas por el diablo más que por Dios.

Conviene, sin embargo, no caer en el extremo opuesto, el de creer que no tenemos capacidad para nada. Hay en muchas personas preciosas facultades y dones en potencia que sólo necesitan ser desarrollados. En esos casos no hay incapacidad sino falta de ejercicio. En último término, siempre será el Señor el que tendrá la última palabra de acuerdo con su gracia, la cual perfecciona su potencia en nuestra debilidad. Jeremías se resistía al llamamiento divino a causa de su temprana edad, y Dios le dijo: «No digas soy niño, porque a todo lo que te envíe irás tú y dirás todo lo que te mande. No temas» (Jeremías 1:7-8).

4.. *Celo.* El cristiano, sirviendo a Cristo, se ocupa en la más grande de las empresas. No puede participar en ella con tibieza o indiferencia. Debe poner todo su corazón. Es de lamentar la apatía con que ciertos cristianos obran en su trabajo por el Señor. Los afanes temporales absorben completamente no sólo su tiempo y sus energías, sino incluso su ilusión. Esta es una de las redes en que Satanás ha aprisionado a muchos impidiéndoles ser útiles en la obra de Dios. Procura evitarla.

Y cuando te dediques a hacer algo por el Señor, no te conformes con nada que no sea lo mejor. No te permitas hacer las cosas a medias o defectuosamente si puedes hacerlas de modo completo y perfecto. Si no puedes trabajar mucho, trabaja menos, pero trabaja bien. Lo que tú no puedas hacer debidamente, deja gustoso que lo haga otro. Seguramente será un bien para ti, para el otro y para la obra que se deba hacer. Pero, sobre todo, no olvides que nadie realiza dignamente su obra, por simple que sea, si no pone

en ella el máximo celo y concentración, aunque ello le imponga sacrificios.

Pablo, el gran atleta de la consagración cristiana, nos ha dejado un gran mensaje sobre este punto: «¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, mas uno lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis» (I Corintios 9:23).

5. *Disciplina y abnegación.* No es fácil ser un verdadero servidor de Cristo. Se requiere un temple especial, temple de luchador, pues el servicio cristiano es lucha constante. Lucha contra la oposición del mundo, contra la incredulidad y el pecado, contra la vieja naturaleza del creyente mismo, contra las propias debilidades, contra los desengaños, las incompresiones, las tribulaciones, las amarguras, las dudas. En este conflicto el soldado cristiano muchas veces sufre en su espíritu heridas profundas y en algunos momentos casi se siente tentado a desertar. Pero oye de nuevo la voz que le anima: «Tú, sufre trabajos como fiel soldado de Jesucristo» (II Timoteo 2:3). Y prosigue la lucha.

Hemos descrito al cristiano como soldado ideal. Pero no todos los cristianos han vivido o viven idealmente. Por desgracia, también hay desertores. No todos son Pablos. Hay muchos Juan Marcos que, a semejanza del sobrino de Bernabé (Hechos 13:13), claudican cuando apenas han comenzado su carrera de servicio.

El apóstol Pablo, el más grande de los militantes cristianos, nos ha dejado el secreto de su grandeza: «Y todo aquel que lucha, de todo se abstiene. Así que yo de esta manera peleo, no como quien hiere el aire, antes hiero mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros yo mismo venga a ser descalificado» (I Corintios 9:25-27). ¡Disciplina y abnegación! De hecho el primer paso en la

vida de discipulado y de servicio se da en aquel punto en que uno se niega a sí mismo, toma su cruz y va en pos de Cristo (Mateo 16:24).

La disciplina cristiana debe extenderse a todos los órdenes de nuestra conducta. El mayor rendimiento en un deporte cualquiera sólo se consigue mediante el ejercicio racional de todos los miembros del cuerpo sin excepción. El descuido de cualquier miembro tiene repercusiones generales en los demás. De modo análogo, si queremos aspirar a un rendimiento pleno en nuestra carrera cristiana, hemos de someter a ejercicio y disciplina todo nuestro ser, nuestra mente, nuestro corazón, nuestra lengua, nuestras manos y hasta nuestros pies. Muchas caídas se han producido porque en la mente se dio cabida a pensamientos impuros; porque en el corazón se alojaron sentimientos de orgullo, de egoísmo, o de malquerencia; porque la lengua no pudo ser contenida; porque las manos se contaminaron o porque los pies anduvieron por sendas que no eran de justicia. El cristiano que de modo deliberado se permite pequeños pecados en su vida, pronto se verá envuelto en pecados mayores. Son las cosas insignificantes las que a menudo nos dominan, como el timón domina a la nave. Son nuestros defectos de temperamento o de costumbres, nuestro amor propio, nuestra irritabilidad, nuestra suspicacia, nuestros temores, nuestra malicia, nuestra estrechez de miras, nuestra falta de cariño. Si no nos mantenemos vigilantes y disciplinados, fácilmente quedaremos anulados para un servicio cristiano eficaz.

Intimamente unida a la disciplina, en nuestro servir a Cristo debe haber abnegación. Muchas cosas que en sí pueden ser o son lícitas y justas deberán sacrificarse en aras de una mayor influencia espiritual. Una vez más Pablo nos da el ejemplo. «Siendo libre para todos —dice— me he hecho siervo de to-

dos, por ganar a más. Heme hecho a los judíos como judío, por ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley como sujeto a la ley por ganar a los que están sujetos a la ley; a los que son sin ley, como si yo fuera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, mas en la ley de Cristo) por ganar a los que estaban sin ley. Me he hecho a los flacos flaco, por ganar a los flacos; a todos me he hecho todo, para que de todo punto salve a algunos. Y esto hago por causa del Evangelio, por hacerme juntamente participante de él» (I Corintios 9:19-23). A esto añadirá en el vers. 23 del cap. 10: «Todo me es lícito, mas no todo conviene; todo me es lícito, mas no todo edifica.» El cristiano no es señor de sí mismo para imponer sus gustos o apetencias con menoscabo de la obra del Evangelio. El cristiano es el glorioso esclavo de Jesucristo y, crucificado juntamente con El, vive no ya él sino el Cristo del amor y del sacrificio.

6. *Consagración total.* El siervo se debe sin reservas a su Señor. Nada es suyo, todo pertenece a Aquél a quien sirve. No podemos pensar que Cristo se conforme con algo por nuestra parte que no sea una entrega total.

Personas hay que tratan de dividir su corazón y su vida en dos mitades. Una la dan a Cristo; la otra se la quedan para sí. En la primera hay fe, devoción, adoración y actos de servicio o testimonio cristiano que por lo general se reducen a unas horas (u hora) cada semana en la iglesia y unos momentos cada día en casa. En la segunda mitad está el trabajo, el negocio, la administración de los bienes, el recreo o diversión, la vida social, etc. La primera mitad es bastante —piensan— para complacer al Señor. La segunda podemos determinarla a nuestro antojo. Hasta parece irreverente mezclar a Cristo con las cosas poco espirituales de los asuntos temporales.

Eso es simple imaginación del yo carnal. Pero no es el plan de Dios. En la epístola a los Colosenses (3:17), leemos: «Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús». Subrayemos la palabra todo. Aquí se incluye nuestra vida en su totalidad, sin fragmentaciones ni divisiones. La razón nos la da Pablo en otro lugar. «Porque comprados sois por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (I Cor. 6:20).

En las ocupaciones diarias, en las operaciones de los negocios, en la administración de nuestros bienes, en las horas y formas de nuestro asueto, en nuestros compromisos sociales, en todo cuanto nuestra vida pueda tener de humano y temporal, también Cristo debe ser Señor.

Por su gracia, todas esas actividades de nuestros diario vivir deben transformarse en otras tantas formas de servicio cristiano.

Vendrá el Señor

Los cristianos, sea cual fuere nuestra posición humana, somos en todo mayordomos de Cristo. Algún día habremos de dar cuenta de nuestra mayordomía. Hemos de ser fieles.

«Y vosotros, semejantes a hombres que esperan cuando su señor ha de volver de las bodas; para que cuando viniere y llamare, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos, a los cuales, cuando el Señor viniere, hallare velando: de cierto os digo que se ceñirá y hará que se sienten a la mesa, y pasando les servirá» (Lucas 12:36, 37). No puede haber honor más sublime ni mayor premio.

Cuestionario

1. *¿Qué significa servir al Señor?*
2. *Detalle algunas formas de servicio.*
3. *Explique la naturaleza y objeto del testimonio personal.*
4. *Mencione nombres de algunos cristianos del Nuevo Testamento que se distinguieron por su servicio de colaboración.*
5. *¿Cuáles son las condiciones del verdadero servicio cristiano? Haga una breve exposición de cada una de ellas.*
6. *¿Qué debemos entender por consagración total?*

9

Ve y cuenta a los tuyos

Una de las esferas de servicio más importantes se halla en el hogar. Cuando el ex-endemoniado gadareno sintió el deseo de servir a Cristo, le pidió permiso para quedarse con El. «Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti» (Marcos 5:18, 19).

Sí, tu testimonio cristiano debe empezar entre los tuyos. Tus familiares, tus amigos, tus compañeros. Ellos deben tener noticia de tu experiencia espiritual, de la salvación gloriosa que en Cristo has hallado.

Cuando el Señor reveló a los discípulos su programa misionero, les dijo: «Me seréis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8). Debían empezar por el círculo más íntimo y luego ir extendiendo su radio de testimonio. No podían invertir el orden. Hay creyentes, no obstante, que, al parecer, quieren invertirlo. Quisieran empezar a anunciar el Evangelio como misio-

neros en algún lugar remoto de la tierra, dejando como último objetivo su propio hogar. ¡Vana utopía! El cristiano que no sabe testificar en el ámbito familiar, menos lo hará con efectividad fuera de él.

Labor ardua, pero necesaria

Indudablemente, el hogar es el sitio más difícil para el testimonio del creyente. En el seno de la familia suele vivirse con toda naturalidad. Cada uno se muestra tal como es, y cualquier debilidad se pone pronto de manifiesto. «No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa» (Mateo 13:57). Pero precisamente por eso el hogar constituye un magnífico laboratorio espiritual donde se prueba la calidad de nuestra fe y nuestro carácter cristiano.

Por otro lado no hay que olvidar que los frutos del testimonio fiel entre los seres amados no son imposibles. Al contrario, son muy probables. Entre los primeros discípulos, Pedro fue ganado para Cristo por su hermano Andrés (Juan 1:49-42). La conversión de Lidia de Tiatira influyó sobre su familia (Hechos 16:15). El carcelero de Filipos «se gozó de que con toda su casa había creído a Dios» (Hechos 16:34). La piedad de Filemón convirtió su casa en una iglesia (Filemón 2). Podríamos seguir multiplicando los ejemplos. Una de mis mayores satisfacciones es que fui el primero de mi familia en conocer el Evangelio y convertirme a Cristo. Al cabo de tres años, mis padres y hermanos eran también del Señor.

No todos los creyentes tienen la misma satisfacción, o al menos tan pronto. Pero ello no debe desanimar a nadie; ha de ser un acicate para orar más intensamente por los seres queridos inconversos y para dar ante ellos un testimonio irreprensible que les atraiga poderosamente hacia el Evangelio.

Por supuesto, el testimonio deberá empezar por la conducta. En las relaciones íntimas del hogar, no son las palabras lo que más pesa, sino la manifestación de un carácter genuinamente cristiano. Habrá casos, incluso, en que la incomprensión o la intolerancia familiar harán difícil, por no decir imposible, un testimonio oral. Pero ¿quién podrá acallar el mensaje inconfundible de un carácter transformado por Cristo y de una vida vivida de acuerdo con su Palabra?

De aquí la importancia de que analicemos los deberes que el creyente tiene en el seno de la familia.

1. *Como esposo.* Dios te ha puesto como cabeza de tu mujer (Efesios 5:23). Cabeza de la esposa y cabeza del hogar. ¡Responsabilidad tremenda! Jamás un esposo cristiano debe usar despóticamente la autoridad que la Palabra de Dios le confiere. También Cristo es la cabeza de la Iglesia, pero no es una cabeza tiránica. Su autoridad está regida por su *amor.* Del mismo modo la relación del esposo para con su mujer debe distinguirse por su amor abnegado. «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5:25). «Cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo» (vers. 33).

Al amor ha de unirse la *consideración inteligente* y la *delicadeza* que al sexo débil se debe: «Vosotros, maridos, habitad con ellas según ciencia, dando honor a la mujer como a vaso más frágil» (I Pedro 3:7)..

También debe haber *espíritu de compañerismo,* sobre todo si la esposa es asimismo creyente. «Como herederas juntamente de la gracia de la vida» añade Pedro en el versículo últimamente mencionado. Nada más triste que un matrimonio en el que cada cónyuge vive moralmente aislado del otro, aunque ambos convivan bajo el mismo techo. El plan de Dios para

el hombre al darle la mujer fue proporcionarle una «ayuda idónea» (Génesis 2:18) en todos los órdenes. Pero esa ayuda es muy pobre si falta la compenetración de un verdadero compañerismo en todas las situaciones y circunstancias de la vida familiar, tanto en las horas de alegría como en los días de adversidad.

Otra observación importante para los esposos la hallamos en Colosenses 3:19: «Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis desapacibles con ellas.» Aun en los momentos de tensión e irritabilidad deben evitarse las palabras ásperas o insultantes. Además, el cristiano no puede guardar el enojo en su corazón; no puede pasar días enteros sin dirigir la palabra a su esposa. Cuando está con ella en presencia de otras personas, no debe humillarla. Cuando está a solas en el hogar, no debe escatimar las delicadezas, la ayuda en algunos quehaceres domésticos, las alabanzas. Esto es más positivo y de mejores resultados que el criticarla desconsideradamente, reprochar continuamente sus faltas y atormentarla con exigencias injustificadas o absurdas.

Amor, inteligencia, delicadeza y apacibilidad. Si las relaciones con tu esposa se apoyan sobre ese cuádruple fundamento, tu testimonio probablemente no quedará sin recompensa.

2. *Como esposa.* Las Sagradas Escrituras muestran con la misma claridad los deberes de la mujer cristiana.

En primer lugar se destaca la sujeción. «Casadas, estad sujetas a vuestros maridos como conviene en el Señor» (Colosenses 3:18; Efesios 5:25). Nada más antibíblico y antinatural que la mujer que se cree superior al marido y trata de gobernarlo a su antojo.

Esta sumisión, por supuesto, no quiere decir esclavitud bajo los caprichos arbitrarios o las órdenes

injustas del marido. En ningún caso la obediencia al esposo ha de ser a costa de la obediencia suprema debida a Dios. Pero esta cuestión exige mucho discernimiento espiritual y mucho tacto..

En segundo lugar, la esposa debe ser *respetuosa.* «Reverencie a su marido» (Efesios 5:33). «Considerando vuestra casta conducta que es en temor... como Sara obedecía a Abraham llamándole Señor» (I Pedro 3:2, 6).

Otra de las virtudes debe ser la *honestidad y el recato.* Ya hemos mencionado el texto de I Pedro 3:2 al referirnos al respeto. Ahora subrayemos dos palabras del mismo versículo, «casta conducta». La mayor gloria de toda mujer, aun después de casada, es el pudor. Esta es la más noble de sus galas. La mujer cristiana no debe caer en el desaliño ni mutilar las naturales tendencias de su feminidad. No sería aconsejable que lo hiciera. Pero menos debe caer en el extremo opuesto, la frivolidad. Las repercusiones morales, espirituales y hasta económicas que esta flaqueza puede acarrear son a menudo fatales. ¿Qué valor o qué fuerza puede tener la influencia de una mujer que se llama cristiana pero que en su porte no se distingue lo más mínimo de cualquier mujer mundana? ¿Cómo será posible en tales casos que los maridos que no creen a la «Palabra sean ganados sin palabra por la conducta de sus mujeres» (I Pedro 3:1)? No es extraño que el apóstol Pedro desaconseje todo lo que en la mujer pudiera fomentar tendencias veleidosas y la exhorte a adornarse interiormete, «en incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande estima delante de Dios» (I Pedro 3:3, 4).

Naturalmente, en los casos en que uno de los cónyuges no es cristiano, el creyente, ora sea el marido ora sea la mujer, debe unir a las virtudes antes expuestas una gran dosis de sabiduría y tacto que sólo

el Señor le puede proporcionar. No siempre será prudente contrariar. No siempre será aconsejable que el creyente trate de imponer su criterio, aunque sea más atinado, más espiritual y más recto. Habrá ocasiones en que convendrá condescender en cuestiones secundarias para evitar males peores. La elasticidad es muchas veces más sabia que la intransigencia. No significa esto en modo alguno que el marido o la mujer cristianos puedan pecar contraviniendo abiertamente la Palabra de Dios a fin de no disgustar al consorte infiel. «Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5:29). Pero en lo no esencial, en lo que no compromete de veras la conciencia cristiana, el creyente ha de adoptar en relación con su esposa o esposo no cristiano aquella táctica de adaptación que usaba el apóstol Pablo, tal como vimos en el capítulo anterior: «Me he hecho siervo de todos por ganar a más... me he hecho como débil a los débiles para ganar a los débiles; a todos me he hecho todo para que de todos modos salve a algunos» (I Cor. 9:19-22).

Por supuesto esta condescendencia cristiana debe estar equilibrada por una gran fortaleza espiritual a fin de evitar posible caídas. Son muy solemnes las palabras de Pablo que concluyen su disertación sobre la referida condescendencia: «No sea que yo mismo venga a ser descalificado» (I Corintios 9:27).

A lo expuesto sobre el comportamiento de los esposos, hemos de añadir algunas consideraciones relativas a la comunidad conyugal. Aun entre creyentes surgen problemas que sólo se resuelven mediante el conocimiento y el espíritu cristianos.

Lo amplio y complejo de tales problemas exigiría mayor espacio; pero nos referiremos brevemente a los factores que más frecuentemente originan tensiones.

a) *Falta de madurez.* Es prácticamente inevitable que en la experiencia del matrimonio haya decepciones. Ni el marido ni la mujer encuentran en él todo lo que esperaban. No pocas de sus ilusiones anteriores a su enlace se han trocado en frustraciones. El proceso de adaptación mutua da lugar a conflictos serios. Se llega a pensar que aquel casamiento fue un error. Con otra persona las cosas podían ser diferentes, mucho mejores. Y estos pensamientos, por lo general equivocados, engendran amargura y resentimiento. Se inicia un distanciamiento paulatino entre los cónyuges que, de no corregirse, puede conducir a una total separación moral, aunque sigan conviviendo bajo el mismo techo.

Indudablemente, esta experiencia se debe básicamente a falta de madurez. La armonía y la felicidad conyugal no se encuentran por fortuna, como caídas del cielo el día de la boda. Son el resultado de la comprensión mutua, de la tolerancia, de la abnegación y del esfuerzo común en el avanzar juntos por el mismo camino haciendo frente con ánimo positivo a todos los problemas de relación.

b) *Falta de comunicación.* Sobre todo de comunicación a nivel profundo. No es suficiente hablar de mil y una cosas sobre la casa, el trabajo, los hijos, la iglesia, el mundo, la política, etc. Lo esencial es exteriorizar al consorte todo aquello que es motivo de preocupación íntima, incluso lo que es causa de descontento en la relación matrimonial. Los motivos de queja no declarados son como un cáncer que secretamente va destruyendo la consistencia de la pareja.

Por supuesto, en la comunicación debe haber mucha franqueza, pero también delicadeza y respeto, así como capacidad para escuchar serenamente, con amor y de modo consecuente. Con amor y con tacto, puede dialogarse sobre todo. Y aunque a veces la primera reacción del cónyuge que ha escuchado pue-

de ser un tanto negativa, la prosecución mesurada de la conversación suele dar resultados óptimos. Fácilmente conducirá, al fin, al reconocimiento y confesión de faltas por ambas partes, al afán común de eliminarlas, a la búsqueda del poder de Dios mediante la oración, a la visión conjunta de perspectivas conyugales más prometedoras.

Gran enemigo de la comunicación puede ser el temperamento introvertido de alguno de los cónyuges o de ambos. Pero conviene dominarlo y vencer toda resistencia interior al coloquio franco, en profundidad.

Otro enemigo es la falta de tiempo, supuesta o real. El marido vive absorbido por su trabajo; la mujer, por la casa y los hijos. Apenas disponen de un rato para comer juntos. Por la noche, el cansancio del día no es el mejor aliado para conversaciones de cierta altura. Pero se trata de algo sumamente importante, casi de vida o muerte para el matrimonio. Así que, sea como sea, deben los esposos hallar tiempo para estar juntos, paseando, realizando alguna actividad conjunta o sentados tranquilamente para compartir sus pensamientos, sus sentimientos —de alegría o de pesar— sus aspiraciones, sus problemas, etc. Un matrimonio que dialoga es un matrimonio que se consolida y aumenta sus experiencias de satisfacción.

c) *Ignorancia o desajuste sexual.* No es éste el lugar adecuado para tratar a fondo este punto. Afortunadamente existen hoy buenos libros en los que se puede obtener sana información. Si lo mencionamos, por nuestra parte, es porque ha sido causa del fracaso de innumerables matrimonios.

Dos grandes errores han de ser evitados. El primero es el de espiritualizar tanto el amor en el matrimonio cristiano que se subestime el factor físico de la comunión sexual. Todavía, como consecuencia

de una herencia ética católico-romana, muchas mujeres sienten subconscientemente una cierta repulsión al aspecto fisiológico de la unión matrimonial. Su pasividad, sus reservas mentales y sus cortapisas originan en el transcurso del tiempo una insatisfacción peligrosa en el esposo. La actitud de tales mujeres demuestra una comprensión muy defectuosa del propósito de Dios respecto al matrimonio, el cual debiera ser siempre una fuente de placer en todos los órdenes, incluido el físico.

Pero no menos peligroso es el error de elevar el elemento físico de la sexualidad a un lugar predominante, a veces único, con exclusión de los demás elementos. Eso es pura bestialidad. La comunión sexual no es mera unión de cuerpos; es también un abrazo de sentimientos, de amor profundo, de mutua entrega en la que con el cuerpo están presentes todas las facultades del espíritu. Esto, de por sí, explica que la relación sexual debe estar presidida no por el egoísmo, sino por la delicadeza y la abnegación, con igual o mayor preocupación por el cónyuge que por uno mismo.

d) *El problema de la paternidad planificada.* Una de las cuestiones que preocupa a muchos matrimonios es el número de hijos que pueden o deben tener. El llamado «control de la natalidad» ha suscitado reacciones diversas. Tiene sus defensores y sus detractores. Hay creyentes evangélicos fieles que comparten el criterio católico de que la función esencial del matrimonio es la paternidad y que cualquier medio, aparte de la continencia, destinado a evitar la concepción debe ser evitado.

Este punto de vista fácilmente da lugar a que el matrimonio se cargue con un número elevado de hijos en unas circunstancias humanas (de espacio, de salud, económicas, etc.), que inevitablemente dan lugar a tensiones y problemas graves, uno de ellos

—nada desdeñable— la resistencia de la mujer a la normal relación conyugal con su marido por el temor a un aumento de familia.

Es éste un asunto delicado que cada matrimonio debe decidir según su conciencia. Pero harán bien los consortes en buscar asesoramiento pastoral y médico al respecto. Un punto que debe quedar claro es que, desde el punto de vista bíblico, la procreación, aun siendo de la máxima importancia en todos los sentidos, no ocupa el primer lugar en el propósito divino relativo al matrimonio. La primera preocupación de Dios fue acabar con la soledad del hombre y darle una compañía idónea, en comunión con la cual pudiera gozar de las bondades de Dios. No parece que entrara en su plan que la procreación disminuyera o acabara con ese gozo y con la comunión conyugal misma.

Tema que no halla cabida aquí y sobre el que indudablemente tiene ideas claras el creyente es el del aborto. En líneas generales, y sobre todo, como medio para impedir un nacimiento indeseado, el aborto es un pecado de homicidio. Cómo lo es la eutanasia. Como lo es cualquier forma de destrucción voluntaria de la vida humana.

En una época en que las corrientes divorcistas y otras influencias sociales atentan contra la integridad de la familia, los esposos cristianos ejercerán una influencia bendita si viven en su esfera conyugal conforme a la Palabra de Dios. Sin duda, el mayor beneficio que puede recibir la sociedad de nuestros días es la influencia de hogares auténticamente cristianos.

3. *Como padre o madre.* No hay en el mundo responsabilidad comparable a la que los padres tienen para con sus hijos. El destino eterno de éstos depende, en parte, de la influencia de aquéllos.

Los padres cristianos no sólo deben aspirar a forjar hombres y mujeres útiles a la sociedad. Su objetivo principal ha de ser llevarlos a los pies de Cristo y hacer de ellos ciudadanos del Reino de los cielos.

Para conseguir este objetivo, nos da instrucciones claras la Palabra del Señor. «Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor» (Efesios 6:4).

De este texto aprendemos tres cosas. Primera, el padre cristiano debe reconocer la personalidad de su hijo como una de las facultades más preciosas. Nunca debe intentar anularla o herirla. Si desean influir sanamente sobre su hijo, el padre y la madre deben abstenerse de imponerles órdenes injustas, restricciones exageradas o castigos inmerecidos. La irritación y los gritos no suelen ser muy eficaces. Las arbitrariedades, la inconsistencia, la incomprensión y el abuso de la autoridad paterna pueden «provocar a ira a los hijos». Esta ira se puede dominar mientras los hijos son niños. Pero ¿qué sucederá cuando los niños se hagan mozos? Otra pregunta más seria: esa «ira» ¿alimentará la fe que los padres cristianos desean ver en sus hijos? Nadie merece mayor respeto que un niño y los padres habrían de ser los primeros en reconocerlo.

En segundo lugar, aprendemos de las palabras de Pablo que los hijos deben criarse con disciplina. Respetar a los hijos no equivale a darles libertad para que hagan cuanto les plazca. «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, madruga a castigarlo» (Proverbios 13:24). Hay buenos creyentes que son malos padres porque no saben imponer una disciplina justa y sabia. El triste ejemplo de Elí, tal como se nos describe en los primeros capítulos de I Samuel, debiera hacernos estremecer a cuantos nos ha concedido Dios el privilegio de la paternidad.

Elementos de disciplina son el estímulo, la admonición, la reprensión y el castigo. No debiera llegarse al uso de este último sin haber probado antes los otros. Muchas veces se domina más fácilmente a un niño o a un adolescente cuando se le estimula que cuando se le humilla. Las reflexiones son preferibles a los gritos y las amenazas. Sin embargo, cuando no quepa otro recurso, el padre o la madre deben castigar. Pero la disciplina, incluido el castigo, debe practicarse con tacto. Cuando los padres alzan su mano contra el hijo, deben hacerlo sin ira, con justicia y mostrándoles la falta que exige corrección.

En tercer lugar, nos enseña Pablo que debemos criar a los hijos en un ambiente de piedad, «en amonestación del Señor». Más importante que el alimento, el vestido y las medicinas es la instrucción cristiana. Los padres creyentes no sólo crían cuerpos; educan almas. Descuidar la instrucción religiosa de los hijos es un pecado del que todo cristiano debe guardarse. De su negligencia en este punto será responsable delante de Dios y de su descendencia. Más de un hijo de cristianos ha seguido caminos de impiedad porque sus padres no supieron enseñarle a buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia. No puede haber mayor desgracia para el hijo ni mayor vergüenza para los padres.

Si eres padre o madre, debes guiar a tus hijos, desde muy temprano, en la lectura de la Biblia, en la oración, en la necesidad de la conversión y en la aplicación de los principios cristianos en su conducta diaria. Debes proporcionarle libros sanos y útiles espiritualmente. Matricúlalo en la Escuela Dominical. Rodéalo en el hogar, en la iglesia y hasta donde te sea posible de la influencia de la Palabra de Dios. Esfuérzate por conseguirlo pronto, pues no tardarán en venir sin buscarlas las influencias malignas de ambientes hostiles. Que la influencia de la piedad lleve

la delantera.. «Instruye al niño en su camino; aun cuando fuere viejo, no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

A tal objeto debes procurar que tu ejemplo acompañe a la instrucción. Muchos hijos de cristianos no han seguido el camino del Evangelio porque el comportamiento de sus padres en la intimidad del hogar distaba mucho de ajustarse al espíritu de Cristo. Su vida cristiana quedaba reducida a asistir a los cultos los domingos y dar gracias antes de las comidas. La lectura de la Biblia y la oración la hacía cada uno —si la hacía— privadamente. Nunca se leía y oraba en familia. Raras veces se sostenían conversaciones de tipo espiritual. En cambio se murmuraba apasionadamente, se comentaban con espíritu morboso los defectos de la iglesia y las faltas de los hermanos. Nada hacían por ocultar los disgustos que entre sí o con otras personas tenían. Caían a menudo en discusiones acaloradas que conducían a la falta recíproca del respeto, a las ofensas verbales y hasta a largos enfados. ¿Es de extrañar que en un hogar donde se vive de tal modo los hijos no se sientan entusiasmados por la fe de sus padres?

Ve, pues, y cuenta a tus hijos las maravillas del Señor, pero hazlo no sólo con la Biblia en la mano y en los labios, sino en el corazón y en la conducta diaria de una vida cristiana ejemplar.

4. *Como hijo.* Si te has convertido en los días de tu juventud, es muy posible que vivas con tus padres. ¿Quieres honrar ante ellos tu testimonio? Cumple el precepto bíblico: «Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres» (Efesios 6:1).

Si ellos son también creyentes, te será más fácil seguramente obedecerles. Si no lo son, deberás esforzarte en extremar no sólo tu sumisión sino tus atenciones y delicadezas para con ellos, tus muestras de

cariño, tu interés por los asuntos familiares con sus problemas y necesidades. El Evangelio no debe alejar a nadie del hogar, a menos, claro está, que el hogar se aleje de él.

Pero ¿qué hacer en este último caso? ¿Cuál debe ser la actitud del hijo creyente cuando sus padres y quizá sus hermanos se burlan de su fe, ridiculizan su conversión, dificultan su comunión con el Señor, le echan en cara mordazmente su religión a la menor falta que comete y hasta se le oponen abiertamente?

Es difícil aconsejar de modo general, pues cada caso varía según las circunstancias. Puede haber casos extremos en que la situación se haga tan tensa que el creyente se vea obligado a tomar resoluciones serias plenamente justificadas. Cuando la presión familiar compromete la lealtad que se debe a Cristo y el cristiano se ve arrastrado a una disyuntiva inevitable, la elección es clara. El Señor dijo: «El que ama padre o madre más que a mí no es digno de mí» (Mateo 10:37). Pero en muchos otros casos será recomendable la paciencia, la perseverancia en el buen testimonio, la afabilidad en el trato y, sobre todo, la oración privada a favor de los familiares inconversos. Muchos cristianos tienen experiencias de triunfos maravillosos conseguidos entre los suyos por la paciencia y la fe.

5. *Como hermano.* Aunque en el Nuevo Testamento no hallamos exhortaciones relativas a los hermanos al estilo de las que se hacen a maridos, esposas, padres e hijos, también hay deberes de testimonio para el cristiano que convive con hermanos carnales.

Siempre me ha parecido un detalle hermoso que en la lista de los apóstoles figuraran dos parejas de hermanos. ¡Cuánto podemos hacer espiritualmente a favor de esos seres queridos con los cuales hemos

jugado bajo el mismo techo, entre las mismas paredes y sobre el regazo de la misma madre!

Mas también en la relación fraternal debe el hijo de Dios obrar con sabiduría y con amor, a fin de no ser nunca piedra de tropiezo.

Hay tres pecados en los que fácilmente se puede caer. El primero es la envidia. Este fue el pecado de Caín. El segundo es el deseo consciente o inconsciente de acaparar el cariño y la confianza de los padres. Este fue el pecado de Esaú y de Jacob. El tercero es el pecado que cometió el hermano del hijo pródigo, el distanciamiento producido por la falta de amor, o la actitud farisaica del que se cree más recto, más justo y más merecedor de favores. Contrastemos con los tres ejemplos anteriores a José con su nobleza, su espíritu magnánimo y perdonador para con los hijos de su padre y tendremos una ilustración de lo que debe ser un hermano cristiano.

El culto familiar

Cuando en una casa los padres son creyentes, es muy recomendable la práctica del culto familiar diario. No basta con que cada miembro de la familia tenga a solas sus ratos de comunión con el Señor. Debe haber cada día un momento determinado en el que los padres e hijos se reúnan en torno a la Palabra de Dios para leerla y orar juntos.

La ausencia de esta costumbre refleja, por lo general, una espiritualidad defectuosa y anula prácticamente el valor de todo otro testimonio. ¿Qué autoridad e influencia espiritual puede tener un hombre sobre el resto de su familia si no consigue dar a la piedad el lugar prominente que en el hogar le corresponde? Y ¿cómo se destacará esa piedad si no brilla en el candelero del culto familiar para que alumbre a todos los que están en casa?

Todo nuestro cristianismo quedará nublado si no resplandece en el interior de nuestras casas. Se cuenta una anécdota interesante de una muchacha japonesa que se hallaba estudiando en un colegio de los Estados Unidos. Invitada por los padres de una compañera de clase, fue a pasar las vacaciones en su compañía. La japonesa tenía gran deseo de conocer en todos sus detalles un hogar americano cristiano, como debía de serlo el de su amiga a juzgar por su profesión de fe. La joven huésped pasó días maravillosos y apreció mucho la hospitalidad agradable de que fue objeto. Cuando ya faltaba poco para regresar al colegio, la madre le preguntó: «¿Qué te parecen los hogares americanos?» «Oh —respondió la extranjera— ¡magníficos! La casa de ustedes es excelente. Pero hay una cosa que encuentro a faltar. Les he visto en su iglesia y he visto cómo adoran a su Dios; pero no he visto a su Dios en casa. En el Japón cada casa tiene un lugar especial reservado para su divinidad y se le rinde el máximo honor. Los americanos en sus hogares ¿no adoran a Dios?» Reproche inconsciente, pero merecido. ¿Cuántos cristianos, aun fuera de América, no serán merecedores de la misma recriminación?

Quizá el lector no acaba de entender lo que debe ser el culto familiar. Nada más sencillo. El padre, o en su defecto la madre, a una hora determinada del día antes o después de alguna de las comidas, toma la Biblia y lee una porción de la misma. Esta lectura puede ser hecha por cualquier otro miembro de la familia, pero quizás es preferible que cada uno lea sucesivamente un versículo, así todos participan cada día de modo activo. Cuando hay niños pequeños, es preferible escoger la lectura de porciones históricas sencillas del Antiguo Testamento o de los evangelios por ser más asequibles a su mentalidad. Pero siempre conviene seguir un orden. Cuando

no hay niños, puede seguirse la lectura sistemática de libros de la Biblia. A la lectura debe seguir un breve comentario claro y práctico procurando aplicar la enseñanza de la porción leída para instruir a los miembros de la familia según sus necesidades espirituales. Ello dará ocasión a corregir el egoísmo del niño, la vanidad de la niña o cualquier otro defecto, a hacerles sentir la necesidad del nuevo nacimiento, a infundirles ánimo y orientación frente a sus problemas, a oír y contestar sus preguntas, a proporcionarles consejo y a mostrarles lo grandioso de los ideales cristianos. Esto sin contar las aplicaciones personales que también los padres deben hacerse. ¡Cuán magna e incalculable puede ser la acción modeladora del culto familiar!

Es aconsejable que a la lectura bíblica y su comentario sigan unos momentos de oración en los que se presentarán, de modo especial, motivos familiares de acción de gracias y de súplica. Sin embargo, convendrá también dedicar una parte a la intercesión a favor de otros. Es bueno que desde niños nuestros hijos aprendan a pensar en los demás y a orar por ellos.

Lo sorprendente es que todo lo expuesto puede hacerse en un espacio muy corto de tiempo. No conviene que el culto familiar sea demasiado largo, aunque tampoco ha de ser excesivamente rápido. Lo esencial es que resulte vivo y práctico y que nunca caiga en la esterilidad de lo rutinario.

En los tiempos actuales y sobre todo en las grandes ciudades, hay sin duda, dificultades para la práctica del culto familiar; pero no deben ser insuperables. El diablo hará cuanto pueda por impedir que una familia se reúna diariamente en comunión con el Señor. Es una de sus victorias más remuneradoras. Por el mismo motivo, los creyentes deben aunar su interés y esfuerzo para mantener en pie el

sagrado altar. Quien ha disfrutado de sus bendiciones ya no necesita recomendaciones. Los minutos de culto en familia ¡cuántas asperezas han limado, cuántos acaloramientos han templado, cuántos enojos han extinguido, cuántos temores han ahuyentado y cuánta paz, cuánta unión, cuánta fuerza han proporcionado! Con razón se ha dicho que una familia cristiana sin culto familiar es como una casa sin techo, expuesta a vientos y lluvias sin medio de protección.

Lector, si puedes tener en tu casa ese culto y aún no lo has establecido, por amor a ti y a los tuyos inícialo, no lo demores ni un día más.

El Señor determina la confianza que puede poner en nosotros para los negocios de su Reino por nuestra fidelidad en el seno de nuestra familia. Dios hizo de Abraham no sólo su gran siervo sino su amigo y confidente (Génesis 18:16-18), y la explicación de esta distinción nos la da Dios mismo: «Porque yo lo he conocido, sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él» (Génesis 18:19).

La iglesia que está en tu casa

Ya hemos hecho alusión a esta frase de Pablo (Filemón 2) al principio del capítulo. Nos ofrece un cuadro bellísimo. La casa del amado Filemón se había convertido en un centro de testimonio y actividad cristiana. Su influencia trascendía seguramente los límites familiares para beneficio de muchos más. El hogar convertido en templo. ¡Casa ejemplar!

Algo semejante debió de ser la casa de Aquila y Priscila, cualquiera que fuese el lugar en que resi-

dieran. En él hallaron hospitalidad y apoyo Pablo y Apolo y Dios sabe cuántos más.

Afortunadamente, todavía existe este tipo de hogares para gloria del Evangelio. Pero ¡ojalá se multiplicaran mucho más!

¿Has pensado, lector, en la posibilidad de usar tu casa para anunciar a vecinos y amigos el mensaje de Cristo? Si en ti hay el deseo, no faltarán las oportunidades. A menudo una simple invitación a tomar café en tu casa un domingo puede dar pie para que el amigo te acompañe al culto o para que establezca contacto con otro creyente al cual hayas invitado en la misma ocasión. Puede ser el principio de su conversión.

¿Has pensado, asimismo, en la posibilidad de que otros creyentes menos privilegiados, por vivir entre familiares inconversos, hallen abrigo espiritual en tu hogar?

Tu casa convertida en «aposento alto», lugar en el que Cristo se manifiesta con su paz y su poder. ¡Imagínate! Pero esto es la bendición final que corona todo un testimonio fiel en el ámbito familiar. Es la gloria del cristiano que, entendiendo que el Señor necesita su casa como necesitó el cenáculo (Lucas 22:11), se la entrega y en su interior inscribe con letras de hechos «*Cristo es la cabeza de este hogar*».

Cuestionario

1. *¿Dónde debe empezar el testimonio del convertido a Cristo?*
2. *¿Qué ejemplos hallamos en el Nuevo Testamento de personas que primero evangelizaron a sus familiares?*

3. *¿Cuáles son los deberes de un esposo cristiano?*
3. *¿Cuáles los de los padres?*
5. *Exponga algunas razones por las cuales debe celebrarse el culto familiar.*
6. *Diga cómo su casa puede convertirse en un centro de evangelización y edificación cristiana.*

10

Miembro de la Iglesia

Todo creyente, desde el momento de su conversión, forma parte de una gran familia espiritual: la Iglesia. Esta es la asociación de todos los redimidos por Cristo. Nadie ha sido salvo para vivir su vida cristiana como una unidad suelta e independiente, sino en relación fraternal con los demás cristianos. El convertido no es un Robinson Crusoe que trabaja, lucha, sufre y espera a solas en el islote de su fe, sino un «ciudadano juntamente con los santos y miembros de la familia de Dios» (Efesios 2:19).

El plan divino se halla claramente ilustrado en el Nuevo Testamento. El Señor mismo dijo: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos» (Juan 15:5). La unión vital de cada cristiano con Cristo determina la unión en Cristo de todos los cristianos entre sí. «Para que todos sean una cosa: como Tú, oh Padre, en mí y yo en ti que también ellos sean consumadamente una cosa para que el mundo conozca que Tú me enviaste» (Juan 17:21).

Los apóstoles desarrollan la misma idea bajo figuras distintas. Pablo nos presenta a la Iglesia como

un gran edificio, un templo para morada de Dios en Espíritu, del que cada cristiano forma parte, y la misma figura usa Pedro cuando escribe: «Al cual (Cristo) allegándoos, piedra viva... vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual» (I Pedro 2:4, 5). También se compara la Iglesia a un cuerpo, el Cuerpo de Cristo (I Corintios 12:12, 13; Efesios 4:16) en el que todos los miembros se complementan y relacionan entre sí.

La iglesia local

Este principio de unión y relación de los cristianos, miembros de la Iglesia universal de Cristo, toma forma concreta en lo que ha venido a denominarse iglesia local. Allí donde haya dos o más creyentes en Cristo habrá una agrupación de todos ellos. El poder de atracción de Cristo los reunirá de modo natural en torno a El y su Palabra. Así surgió la primera iglesia cristiana. Los discípulos en Jerusalén no planearon la organización de una iglesia; pero había fuerzas aglutinantes muy poderosas que los unieron. Había una fe, una experiencia y una esperanza comunes. La venida del Espíritu Santo hizo la unión más fuerte. Se convirtió en verdadera «comunión». Y para designar a ese grupo de cristianos así unidos, para dar nombre a ese cuadro magnífico de fe, amor, comunión y testimonio, el escritor sagrado usa por primera vez en los Hechos de los apóstoles una palabra que luego se irá repitiendo: la palabra «iglesia» (Hechos 2:47). Después, a lo largo de los siglos, los cristianos de todo el mundo se han reunido igualmente, formándose así multitud de iglesias locales.

Es muy posible que tú te hayas convertido en una de ellas y que estés pensando en unirte formalmente a su comunión. Es lo natural. El día de Pentecostés

«los que recibieron la Palabra fueron bautizados y añadidos» a la congregación de Jerusalén (Hechos 2:41). Es anormal la actitud del convertido que permanece indefinidamente en contacto con la iglesia sin hacerse miembro de la misma. Es una actitud de indiferencia, casi de desprecio, hacia algo muy estimado a los ojos de Dios. Toda iglesia realmente cristiana es heredad divina adquirida al precio de la sangre de Cristo (Hechos 19:28). En el Apocalipsis hallamos un cuadro impresionante: siete candeleros de oro, entre los cuales destaca una figura semejante al Hijo del hombre. Los siete candeleros son siete iglesias y en medio de ellas anda el Señor (Apocalipsis 2:1).

Ante estas revelaciones sensacionales, ¿quién se atreverá a menospreciar la congregación de los santos? Hay personas, incluso creyentes, que hablan despectivamente de la iglesia. Sólo ven sus defectos, sin que su conducta tenga nada de positivo para eliminarlos. También el Señor ve los defectos y los censura y corrige. Pero, a pesar de todo, sus iglesias nunca dejan de ser para El «candeleros de oro».

Pablo, que tenía el sentir de Cristo, pasó su vida apostólica fundando iglesias, cuidándolas e instruyéndolas. Ninguna fue seguramente ejemplo de perfección. En algunas se manifestaron pecados graves; pero Pablo jamás aconseja a nadie que abandone la iglesia, sino que se guarde la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef. 4:3).

Si has conocido el Evangelio en una iglesia que se ajusta a la enseñanzas de Cristo, únete a ella aunque la consideres imperfecta. Tratar de hallar una sin mácula ni defecto, sería perder el tiempo; y si llegaras a encontrarla, quizá se te habría de decir lo que dijo cierto predicador a un joven que tenía la misma ilusión: «No te hagas miembro de esa iglesia

perfecta, porque entonces dejaría de serlo.» ¡Y sería una lástima!

Cualquier iglesia no es ni más ni menos que la suma total de lo que son todos y cada uno de sus miembros. Si éstos son espirituales, la iglesia es espiritual; si son carnales, la iglesia es carnal; si los miembros son diligentes y fieles, la iglesia prospera; si son frívolos e indiferentes, la iglesia se adormece y decae. Dicho de otro modo, la iglesia es lo que sus miembros la hacen. Cuando Jesús expulsó a los mercaderes del templo, casa de oración, pronunció unas palabras muy serias: «Vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Marcos 11:17). *Vosotros la habéis hecho.* Nosotros, todos los que componemos la iglesia somos los responsables de su nivel y condición. Y entre todos, tú tienes tu parte.

Tras estas consideraciones generales, veamos algunos aspectos de la iglesia y la posición o actitud del creyente miembro en relación con los mismos.

EL CULTO DE LA IGLESIA

Una de las principales actividades de la congregación cristiana es la de rendir culto a su Señor. Somos «edificados una casa espiritual... para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo» (I Pedro 2:5). Las Escrituras nos orientan en cuanto a la naturaleza de esos «sacrificios». «Ofrezcamos por medio de El (Cristo) siempre sacrificio de alabanza, es a saber fruto de labios que confiese su nombre» (Hebreos 13:15). Alabanza y testimonio. El cántico de himnos, la oración, la lectura de la Biblia, la predicación, todo debe estar impregnado de ese doble espíritu. La iglesia entera debe adorar y testificar.

Esto exige que cada uno de sus miembros asista a los cultos con regularidad y con espíritu ferviente.

¡Presente!

En cuanto a la asistencia, leemos en Hebreos 10:25: «No dejando vuestra congregación, como algunos tienen por costumbre.» Es muy triste que haya cristianos poco conscientes de lo que implica su presencia o ausencia en los cultos y que cualquier dificultad, por pequeña que sea, les prive de ellos. Hay miembros de iglesia que durante toda la semana cumplen escrupulosamente sus deberes humanos en relación con su trabajo, pero el domingo descuidan lastimosamente sus privilegios espirituales en relación con el Señor, pues del Señor es ese día.

Al dejar de asistir a los cultos, sin causa realmente justificada, pierden mucho más de lo que se imaginan. Pierden la oportunidad de recibir gran bendición, como la perdió Tomás aquel primer día de la semana en que, ausente él del aposento alto, se apareció a los discípulos el Señor resucitado. Pierden la ocasión de ser bendición para otros, para el predicador, para los demás hermanos, para los inconversos. Pierden la autoridad de su testimonio ante el mundo, pues ¿qué valor puede tener o qué influencia puede ejercer una fe que carece de fuerza para llevarnos con regularidad y gozo a la casa de Dios? Pierden, cada vez más, el placer en las cosas espirituales. A la asistencia irregular a los cultos suele seguir un enfriamiento general, con descuido de la lectura de la Biblia y la oración en privado. En algunos casos llegan a perder hasta la fe.

No seas tú de los tales. Acude a los cultos de tu iglesia. A todos los del domingo y, a poco que tus obligaciones te lo permitan, a los que se celebren tam-

bién en otros días de la semana. Haz de ello un hábito a semejanza del Maestro que acudía los sábados a las sinagogas «conforme a su costumbre» (Lucas 4:16). Ello dará solidez y estabilidad a tu vida espiritual y, sobre todo, te proporcionará múltiples ocasiones en que el Señor se revelará a tu alma de modo inolvidable.

Claro que la mera asistencia a los cultos no basta. Ir a la iglesia rutinariamente de poco nos aprovechará. Por eso hemos mencionado antes la necesidad de acudir con la debida predisposición de espíritu. Ya sabes que «Dios es Espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:24). He aquí algunas recomendaciones prácticas que podríamos titular el decálogo de la asistencia al culto:

1. Antes de salir de casa, pide a Dios que prepare tu corazón.
2. Llega por lo menos cinco minutos antes de que el culto comience y durante esos momentos busca el rostro del Señor en actitud de adoración, súplica e intercesión.
3. Mientras dura el culto, permanece con la máxima atención y reverencia, sin distraerte y sin distraer.
4. Canta con el corazón a la par que con los labios.
5. Unete espiritualmente al predicador y al mismo tiempo ruega por él.
6. No pienses tanto en la elocuencia de quien predica como en el poder del Espíritu Santo, el único que puede hacerte verdadero bien.
7. Pide a Dios que te dé un mensaje en cada culto y espéralo.
8. Cuando te lo haya dado, pídele que te ayude a aplicarlo en tu vida.

9. Concluido el culto, no permitas que otras conversaciones o quehaceres desplacen de tu mente y de tu corazón la bendición recibida.
10. Comparte esa bendición con otros lo antes posible.

Si sigues estas recomendaciones, tu presencia en el culto no sólo te enriquecerá espiritualmente, sino que enriquecerá el ambiente del culto mismo.

Candiles vivientes

Se cuenta que años atrás, cuando aún no se conocía la luz eléctrica, una iglesia rural del centro de Europa se iluminaba de manera muy singular. Al salir de casa, cada miembro llevaba un candil que encendía antes de entrar en la iglesia y que luego colocaba delante de sí al sentarse en el banco. Así, cada miembro era una luz. ¿Es tu presencia en el culto como uno de aquellos candiles? ¿Arde en él tu corazón con llama de fe y amor o es como pábilo que desprende humos de tedio y aburrimiento? Si acaso, recurre a Aquel que «no apagará el pábilo que humeare» (Isaías 42:3), pero que ha dicho: «Arrepiéntete... pues si no, vendré presto a ti y quitaré tu candelero de su lugar...» (Apocalipsis 2:5).

LA COMUNION DE LA IGLESIA

Ya antes de Cristo, los santos del Antiguo Testamento habían descubierto «cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos igualmente en uno» (Salmo 133:1). Esta experiencia fue enriquecida maravillosamente después de Cristo por la comunión del Espí-

ritu Santo. Leemos de la primitiva iglesia que sus miembros, «perseveraban en la comunión» (Hechos 2:42). La intensidad de su fe y de su amor en Cristo les mantenía unidos en una fraternidad admirable y así ha sido siempre que el Espíritu de Dios ha llenado a su Pueblo. «¡Mirad cómo se aman!», exclamaban los paganos asombrados al ver las manifestaciones de la comunión cristiana. Debiera poder decirse lo mismo de los miembros de toda iglesia.

Naturaleza de la comunión en Cristo

La palabra comunión implica más que una mera unión o asociación. Es *participación* de algo en común. En efecto, los cristianos participamos en común de muchas cosas; tenemos la misma fe, la misma esperanza, el mismo Salvador, el mismo Padre, el mismo Espíritu Santo, el mismo Evangelio, el mismo Reino, la misma obra, el mismo enemigo, las mismas pruebas y, más o menos, las mismas experiencias. Todo ello nos vincula los unos a los otros con lazos de compañerismo sagrado. Establece un contacto, una influencia mutua y un intercambio, un recibir y un dar constante. El cristiano que se repliega y encierra en sí mismo, más que un miembro viene a ser como un quiste en el cuerpo de la iglesia, una anomalía poco saludable.

Pasemos ahora de lo general a lo particular. La comunión cristiana es comunión de fe, de conocimiento y de experiencia. Todo lo que un creyente aprende o recibe espiritualmente debe compartirlo de algún modo con otros. Puede hacerlo de palabra. Es una pena que muchos creyentes, al conversar con sus hermanos en la fe, sepan hablar de todo menos de temas espirituales. Pablo aconseja a los Colosenses que se enseñen y exhorten «los unos a los otros»

(Colosenses 3:16). Pero también la conducta santa puede ser —es sin duda— exponente de fe, de conocimiento y de experiencia. Será muy valioso para la comunión de la iglesia que tus palabras sean edificantes; pero será aún mejor si a las palabras unes un ejemplo que inspire y estimule a los demás.

La comunión cristiana ha de demostrar, asimismo, un espíritu de *solidaridad*. Hemos considerado ya la figura de la Iglesia como un cuerpo. Pues bien, Pablo recuerda que en el cuerpo, cuando un miembro sufre, «todos los demás miembros a una se duelen, y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se gozan» (I Corintios 12:26). Esta es la reacción que se espera de los cristianos, por más que a veces pugne con el egoísmo y la envidia naturales de su corazón humano. Y conste que la solidaridad de la comunión cristiana no puede reducirse a un sentimentalismo estéril. Es necesario «sobrellevar los unos las cargas de los otros y cumplir así la ley de Cristo» (Gálatas 6:2). Frente a las necesidades espirituales de su hermano, el creyente ha de ser positivo. A sus oraciones, debe unir su amor, su consolación, su aliento, su consejo y su apoyo. Claro que todo esto no podrá darlo si él no lo ha recibido antes del Señor. Es peligroso que un cristiano débil busque apoyo en otro cristiano tan débil como él, o consejo en un creyente pobre espiritualmente que no tiene «la mente de Cristo». Pablo, hablando del consuelo, dice: «Dios nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que también nosotros consolemos a los que están en cualquier angustia, con la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (II Corintios 1:4). Aplicando el mismo principio a cualquier necesidad espiritual, podemos asegurar que sólo podremos enriquecer a nuestros hermanos en la medida en que nosotros mismos seamos enriquecidos por el Señor.

La solidaridad nacida de la comunión cristiana abarca también las necesidades materiales del hermano. Los cristianos del primer siglo jamás descuidaron a su pobres. Entendían bien la enseñanza apostólica al respecto: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos. Mas el que tuviere bienes de este mundo, y viere a su hermano tener necesidad y le cerrara sus entrañas, ¿cómo está el amor de Dios en él? (I Juan 3:14, 17). «Y si el hermano o la hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos; pero no les dáis las cosas que son necesarias para el cuerpo: ¿de qué sirve?» (Santiago 2:15, 16).

Verdad es que a veces resulta difícil discernir y ejercitar la caridad con sabiduría. En un mundo en el que tanto abundan la incomprensión, la ambición y el abuso, no es extraño que a veces hasta algunos cristianos se contagien. A pesar de todo, lo que conviene es combatir esos males, no matar la caridad, que es alma de la comunión cristiana.

Problemas de la comunión

Convivir con algunos de nuestros hermanos no siempre es fácil. No somos ángeles. Conservamos toda nuestra vieja naturaleza que a menudo es causa de roces y asperezas en la relación de unos miembros con otros, y si el Espíritu de Cristo no prevalece podrán originarse situaciones tensas que destruirán la comunión espiritual y la prosperidad de la iglesia. Es una verdadera pena que a menudo los siervos de Dios se vean obligados a gastar más tiempo tratando de resolver los problemas ocasionados por las debilidades de los creyentes que ganando nuevas almas para el Señor. Más de una vez he pensado que el

mayor obstáculo para el progreso del cristianismo somos los cristianos.

Los pecados contra la comunión fraternal no sólo incapacitan a quienes los cometen para tener verdadera comunión con el Señor y de servirle eficazmente, sino que envenenan la atmósfera de la iglesia. ¡Ay de aquel que cae en tales pecados y persevera en ellos! Fácilmente puede dar lugar al escándalo, y del que provoca el escándalo dijo Jesús: «Mejor le fuera que se le colgase una piedra de molino y se le anegase en lo profundo de la mar» (Mateo 18:6).

El enojo

Uno de los pecados más frecuentes contra la comunión cristiana es el amor propio. Si a él se añade una imaginación fecunda y una sensibilidad exagerada, las dificultades se multiplicarán a cada paso. Es muy frecuente el caso del miembro de iglesia que se considera ofendido porque no se le han tenido todas las atenciones que cree merecer, porque no se reconoce suficientemente su valía, porque —a su modo de ver— se le trata con tibieza y hasta con antipatía. Es fenomenal la serie de problemas que torturan a menudo a ciertos creyentes como resultado de haberse sentido heridos en su amor propio, las más de las veces por motivos imaginarios. Entonces el creyente se vuelve displicente, vive descontento, se irrita, se opone sistemáticamente a todo y a todos, menos a los que alimentan su resentimiento. Su vida interior está roída por una inquietud amarga y su influencia exterior resulta destructiva.

¿Qué hacer en tal situación? Lo más aconsejable es empezar por un sincero autoexamen espiritual. La mayor parte de los conflictos en nuestra relación con los demás se deben a que espiritualmente no somos

lo que deberíamos ser ni estamos donde deberíamos estar. Vemos las cosas mal porque nuestro ojo es malo; nos parecen torcidas las actividades del prójimo porque nuestro propio corazón está torcido. Recuerdo que muchas veces, viajando en los trenes de la línea de Manresa a Barcelona había visto un chalet aislado, próximo a la vía, que parecía notablemente inclinado. ¿Será posible?, me preguntaba. Pero sí, cada vez que pasaba lo veía igual. ¡Estaba inclinado! Por fin un día, al llegar al mismo sitio, me di cuenta de que el tren pasaba por una curva pronunciada. Entonces hice un descubrimiento. Era el tren el que allí se inclinaba. Dicho de otro modo, la inclinación, el defecto, estaba en mí y no en la casa. ¡Cuántas veces sucede esto al mirar a nuestros hermanos! Y al corregir los defectos de nuestra propia vida desaparecen muchos de los que habíamos creído observar en los demás.

Si después del auto-examen y la debida corrección todavía consideras que se te ha tratado desconsideradamente, remite tu causa a Aquel que juzga con justicia. Y no te desanimes, ni caigas en el despecho; no te irrites, no te aisles, no busques secuaces, no murmures. En último término, tanto el ensalzamiento como el abatimiento vienen de Dios. «Encomienda al Señor tu camino y espera en El, y El hará; y exhibirá tu justicia como la luz y tus derechos como el mediodía» (Salmo 37:5, 6).

Las ofensas personales

He aquí otra causa que suele perturbar la comunión fraternal. Ya no se trata de apreciaciones más o menos subjetivas sobre motivos humillantes, sino de actos que constituyen falta y ofensa personal. ¿Qué ha de hacerse en tal caso?

Si la ofensa es leve, lo más cristiano es perdonar y olvidar, pues «todos faltamos en muchas cosas» (Santiago 3:2). «Sufriéndonos los unos a los otros y perdonándonos los unos a los otros, si alguno tuviera queja del otro; de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Colosenses 3:13). ¿Acaso no hemos aprendido a pedir: «Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mateo 6:12)? ¿O caeremos en la villanía de aquel siervo de la parábola que, perdonado por su señor de su gran deuda, fue cruel exigiendo el pago de una deuda mucho menor a su consiervo? (Mateo 18:28).

Puede suceder, no obstante, que la ofensa sea grave. En tal caso un perdón fácil significa un enraizamiento del pecado en el ofensor y un descrédito para la iglesia. El camino a seguir está claramente trazado por Cristo mismo: «Si tu hermano peca contra ti, ve y redargúyele entre ti y él solo; si te oye, has ganado a tu hermano, mas si no te oye, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o de tres testigos conste toda palabra. Y si no oye a ellos, dilo a la iglesia: y si no oye a la iglesia, tenle por pagano o publicano» (Mateo 18:15-17). En este texto el orden de los pasos a dar es muy importante. No debe hablarse de la ofensa con otros hermanos sin haberlo hecho antes directamente con el ofensor. En muchas iglesias se evitarían conflictos y experiencias tristes si los miembros ofendidos se atuvieran estrictamente a las instrucciones del Señor y no se dejaran llevar por sus impulsos torpes a la crítica y la murmuración. Murmurar es mucho más fácil que enfrentarnos noblemente con el que nos ha faltado; pero es muy ruín y acarrea grandes males. Esto nos lleva a otro punto:

Hay una crítica constructiva que puede resultar muy provechosa; es inspirada por el amor y regida por la inteligencia y responde a un sólo móvil, el bien de la persona objeto de la crítica. Se practica de modo digno, exponiendo directamente al criticado, a solas, todo lo que sea objeto de admonición, consejo o censura. Esta crítica se hace no con ánimo de herir o humillar, sino de ayudar; es delicada, respetuosa, estimulante. Y sus frutos son por lo general, óptimos.

Pero esta clase de crítica apenas se conoce. La que sobreabunda es la otra, la destructiva, la que nace no del amor sino del despecho, de la envidia o de la miseria de espíritu. No está regida por el cerebro, sino por la pasión. Puede tener muchos móviles, todos bajos y pobres, pero nunca el bien de la persona criticada. En su proceder, ese crítico es cobarde; no da la cara; habla a escondidas diciendo lo que es y lo que no es, abultando, confundiendo, desfigurando y hasta inventando. Y como la parte criticada no puede responder, el que critica se queda con la razón. A veces, de la crítica se pasa a la acusación, que puede ser difamación, calumnia incluso. Se siembra así la semilla de la duda y la desconfianza hacia el criticado en todos aquellos que han oído la murmuración. Estos difunden la crítica, la amplían, añaden su propia salsa. Al final, la persona de la cual se habla es algo así como una víctima descuartizada y guisada que, pasada de boca en boca, satisface el paladar carnal de creyentes débiles o inconscientes. Muchas veces la víctima ni se entera. En otros casos lo sabe y siente el dolor profundo de las dentelladas, de las bocas injuriosas que se deleitan, ¡pobre deleite!, en hablar mal del hermano. El cristiano que se sabe objeto de chismes sufre mucho y, a menos que

tenga la epidermis espiritual bien curtida, corre peligro de que su fe sufra una verdadera crisis.

Pero es aún más triste la condición del que murmura o se goza oyendo la murmuración. Automáticamente descubre su estado espiritual. Se dice que el caballo, cuando tira del carro o del arado, no puede cocear y cuando cocea no puede tirar. También se ha observado que los creyentes muy activos en la obra de Dios no hallan tiempo para chismear. Suelen ser los inactivos, los que no tienen ideales superiores, quienes se distraen en la murmuración. Y no sólo revelan con su actuación su indolencia en la viña del Señor; manchan su carácter. Cuando tratamos de tirar barro a alguien, es posible que no le toquemos; lo que es imposible es que no nos manchemos las manos. La murmuración daña, pues, a la persona de quien se murmura y al murmurador. Sólo la supera la difamación como medio usado por el diablo para destruir la comunión de los santos.

Recuerdo haber visto hace años un folleto sin palabras. Solamente había un grabado. Examinado de cerca y en detalle, se veía a la puerta de una suntuosa iglesia un corrillo de mujeres en animado diálogo. Sus miradas revelaban el carácter poco edificante de la conversación. Alejado el grabado a dos metros de distancia, se perdían de vista los detalles y se contemplaba en el conjunto la faz del diablo con una sonrisa de gran satisfacción. ¿A la puerta de cuántas iglesias no sonreirá el maligno con la misma alegría?

Con razón decía Santiago que la lengua «es inflamada por el infierno» (Santiago 3:6). Y añadía: «¿Quién es sabio y avisado entre vosotros? Muestre por buena conversación sus obras en mansedumbre de sabiduría» (vers. 13).

Sé tú uno de esos sabios y avisados. Huye de la murmuración como del fuego o de una víbora. Cuando hables de tus hermanos en la fe, exalta sus vir-

tudes; no te recrees resaltando y abultando sus defectos. No caigas en la mala crítica diciendo: «Esto no es criticar.» No des satisfacción a tu carnalidad y al demonio. Y cuando alguien te venga con «cuentos», tápale la boca; dile que los cristianos tenemos una «historia» demasiado sublime que comentar. Repróchale su falta con amor, pero con energía. Eso será crítica sana.

Y si alguna vez te enteras de que hablan mal de ti, no te alteres ni te irrites. A menos que te calumnien (en este caso deberás obrar de acuerdo con Mateo 18:15-17), lo mejor será aplicar la táctica del ojo ciego y el oído sordo que recomendaba Spurgeon. El mismo gran predicador hacía alusión a la inscripción que había visto en un castillo: «Dicen. ¿Qué dicen? ¡Que digan!» ¡Magnífico!

Aquel perro que ladraba furioso mirando a la luna tuvo que callarse cuando se cansó de ladrar; mientras tanto, la luna, silenciosa e inmutable, no cesó de brillar.

Una vez más Santiago nos da la palabra clave con su inspirada autoridad: «Todo hombre sea pronto para oír, tardío para hablar, tardío para airarse» (Santiago 1:19).

El exclusivismo

En nuestra relación con los demás hallamos personas que nos son más afines y nos compenetramos con ellas más fácilmente. La afinidad puede originar una amistad. Y la amistad, si es auténticamente cristiana, si se refuerza con los vínculos de una mutua edificación, siempre es una bendición. Cabe, no obstante, un peligro, el de que esa amistad se desarrolle con elementos meramente humanos. Aunque parezca una paradoja hay cristianos amigos cuya

amistad no es cristiana. No lo es porque no les ayuda a ser mejores cristianos. Una amistad de esa índole les llevará seguramente a establecer un círculo de relación cerrado y exclusivo. Ni esos amigos buscarán relaciones con otros hermanos, ni desearán que otros se introduzcan lo más mínimo en su esfera. De este modo, no sólo amenazan su propio crecimiento espiritual, sino que, al negar su comunión a la iglesia en su conjunto, atentan contra su prosperidad.

Usa tus amistades más íntimas para gloria de Dios. Haz de ellas un círculo abierto y no olvides que por encima de los lazos de amistad que puedan ligarte a unos pocos, están los de fraternidad que te unen a todos los redimidos de Cristo, especialmente a aquellos que conviven contigo en una misma iglesia.

El partidismo

Hay una tendencia muy común en los seres humanos a formar partidos, bandos o simples camarillas en el seno de colectividades más amplias. Las iglesias no están libres, desgraciadamente, de este fenómeno.

Por lo general, los bandos tienen un carácter polémico y agitador. Casi siempre se distinguen por sus actividades negativas. Más que en defensa de algo o de alguien van en contra de todo lo que no cuadra con su criterio. Adquieren en seguida cuerpo cuando encuentran un cabecilla, aunque éste lo sea inconscientemente, y ese cuerpo crece con la adición de elementos resentidos. En muchos casos es este sentimiento de amarga rebeldía el único aglutinante de los partidistas. Difieren en muchas cosas esenciales, pero tienen una cosa en común: el descontento personal. Ello explica el hecho de que cuando un bando

se impone o triunfa muy pronto se fracciona. Así los daños se multiplican y el malestar se prolonga.

Desventurada la iglesia en que tal cáncer se desarrolla. Tan terrible mal por poco destruye la antigua iglesia de Corinto (I Corintios 1:10-12). Sólo el bisturí enérgico de Pablo pudo salvarla. En toda iglesia cristiana, un bando es una excrecencia carnal y morbosa que debe extirparse.

Pide gracia al Señor para no caer nunca en las redes del partidismo, si alguna vez el diablo las tiende en tu iglesia. Y, en la medida de tus fuerzas, destrúyelas.

Con todo lo dicho, no hemos presentado todos los pecados y males que pueden perturbar la comunión cristiana. Sería imposible detallarlos completamente. Pero los expuestos habrán servido para mostrarnos que abundan y que es muy fácil, mucho más de lo que creemos, caer en ellos.

Por tanto, una vez más, «velad y orad».

Cómo cultivar la comunión fraternal

Al ocuparnos del problema de la tentación, subrayamos la importancia de actitudes positivas. Lo mismo podemos decir respecto a la comunión de los santos. No basta protegerla combatiendo los pecados que la amenazan. Es necesario alimentarla y robustecerla. ¿De qué modo?

Ten fe en la acción del Espíritu Santo, el cual lleva a efecto la salvación de los creyentes, aun de los más débiles. Y como una manifestación de la vida nueva en Cristo es precisamente la comunión cristiana, El, el Espíritu de Dios, obrará —como ha obrado siempre— para que se manifieste su «unidad en el vínculo de la paz». También en este aspecto podemos confiar que «el que empezó en vosotros la

buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6).

Ten confianza en tus hermanos a menos que motivos muy serios y bien fundados te lo impidan. Nada perjudica más la comunión fraternal que la suspicacia y los recelos. Cuando juzgues las acciones del hermano, no te apresures a descubrir en él móviles maliciosos, no sea que al hacerlo descubras tu propia malicia. Además, recuerda que «en amor no hay temor, mas el perfecto amor echa fuera el temor» (I Juan 4:18).

Sé leal. La fraternidad de los cristianos debe apoyarse siempre en cimientos de veracidad, confianza y fidelidad mutua. «Que ninguno engañe ni oprima a su hermano» (I Tesal. 4:6).

Sé delicado y pulcro en tu hablar tanto como en tu obrar. A menudo se confunden lastimosamente la franqueza con la falta de respeto y la fraternidad con una vulgaridad ofensiva. «Campanilla de plata es la lengua del justo» (Proverbios 10:20). «Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación» (Efesios 4:29).

Sé pacificador. Cuando veas arder un pequeño fuego de disensión o discordia entre dos o más creyentes, no eches leña con tus comentarios. Procura apagarlo con sabias exhortaciones sacadas de la Palabra del Señor. «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:9).

Ama en Cristo a todos tus hermanos. Esto es más que amar a todos tus hermanos en Cristo. Es amarlos como Cristo nos ama, no por lo que somos, sino a pesar de lo que somos. Es amar con el amor maravilloso de Dios; es amar del modo que tan magistralmente nos describe Pablo en I Cor. 13, con el amor que «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (I Corintios 13:7).

Revístete de ánimo gozoso y de buen humor. Es curioso observar que en las manifestaciones del fruto del Espíritu (Gálatas 5:22) al amor sigue el gozo. Este gozo viene a ser como la sal de la comunión cristiana. Es eminentemente espiritual, pero invade el temperamente con un sentido sano del buen humor. Rostros radiantes y optimistas, que reflejan el sentir del corazón, son como soles (imparten luz y calor) en la congregación de los redimidos.

Haz del mantenimiento de la comunión fraterna un objetivo en tu vida de servicio. Entre las abejas obreras hay las que se llaman ventiladoras. Estas se pasan horas enteras volando junto a los orificios de la colmena cumpliendo así una función importantísima. Con su aleteo producen una corriente de aire que ventila y purifica el interior de la colmena. Sin este trabajo, en apariencia insignificante, el palacio de las abejas se convertiría en una masa putrefacta. La Iglesia bien puede compararse a una colmena (a veces ni los zánganos faltan). Gracias a Dios por todos los miembros que trabajan activamente en ella y benditos entre ellos los que mediante su acción espiritual, su comprensión, su apacibilidad y su amor purifican la comunión de los santos.

Cuestionario

1. *¿Qué es la Iglesia en su sentido universal?*
2. *¿Qué es una iglesia local?*
3. *¿Por qué debe un creyente unirse a una iglesia local?*
4. *¿Cuáles son los privilegios y deberes de un miembro de iglesia en relación con el culto?*
5. *¿Qué es la comunión cristiana?*
6. *¿Cómo se cultiva de modo positivo?*

11

Miembro de la Iglesia (Continuación)

EL GOBIERNO DE LA IGLESIA

A Cristo, como Cabeza, corresponde la facultad suprema de dirección y gobierno de la Iglesia. El es el único Legislador, Jefe y Señor de su pueblo.

Su acción rectora la ejerce por medio del Espíritu Santo. Así lo dio a entender Cristo mismo cuando habló del Consolador (Juan 14:15, 26; 15:26; 16;13, 14) y así se manifestó en la Iglesia apostólica. El Espíritu Santo guiaba la predicación, como sucedió en el día de Pentecostés; dirigía los pasos de los predicadores (Hechos 8:26, 39); determinaba la estrategia misionera de la Iglesia y escogía a sus siervos (Hechos 13:2), los conducía de acuerdo con planes divinos (Hechos 16:6, 7), inspiraba sus decisiones (Hechos 15:28) y, por su acción, las iglesias eran edificadas y multiplicadas (Hechos 9:31).

Las prerrogativas del Señor no han variado en nuestros días. Una iglesia cristiana ha de seguir sometida a la Palabra de Cristo y al gobierno de su Espíritu. Sin esa sumisión, una iglesia podrá ser tan grande humanamente como se quiera, pero no merece el nombre de cristiana.

Nunca será excesivo el énfasis que se haga sobre

el punto que precede. Sin embargo, hay otro aspecto del gobierno de la Iglesia. El Espíritu Santo se vale de instrumentos humanos para llevar a cabo gran parte de su ministerio, y sus funciones de dirección y edificación se realizan las más de las veces mediante sus siervos escogidos. Esto concuerda con el plan del Señor, pues «El mismo dio: unos los apóstoles; otros, los profetas; otros, los evangelistas; y otros, los pastores y doctores; a fin de equipar a los santos para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4:11, 12). Según Pablo, los ancianos de la iglesia de Efeso habían sido puestos como obispos o pastores de la grey por el Espíritu Santo (Hechos 20:28). Es evidente, pues, que al frente de las congregaciones cristianas debe haber hombres con responsabilidades especiales de dirección y enseñanza, aunque dependientes siempre de Aquel que se las ha encomendado.

Esos hombres tienen deberes muy sagrados, por lo que deben reunir condiciones especiales de integridad y espiritualidad (I Timoteo 3:1-7; Tito 1:7-9). Pero una vez se han puesto de manifiesto y se han reconocido esas condiciones, su ministerio debe ser honrado y apoyado por los demás fieles. Tal ministerio es una encomienda divina y lleva aparejada una autoridad igualmente divina. En cierto sentido, todo ministro del Evangelio podría decir como Pablo: «Porque aunque me gloríe aún un poco en nuestra potestad (la cual el Señor nos dio para edificación y no para vuestra destrucción), no me avergonzaré» (II Corintios 10:8). Por supuesto, tal potestad nada tiene que ver con la autoridad jerárquica. Depende —insistimos— de su subordinación y lealtad a Cristo. «No por fuerza —dice Pedro— ...y no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey» y contemplando la aparición del Príncipe de los pastores (I Pedro 5:2-4).

Afortunadamente, la Iglesia de Cristo ha tenido y sigue teniendo muchos de estos pastores fieles. En relación con ellos las iglesias tienen deberes claramente detallados en las Sagradas Escrituras:

1. *Reconocimiento.* «Téngannos los hombres por ministros de Cristo» (I Corintios 4:1). Ningún siervo de Cristo consciente de su posición se sentirá superior a sus hermanos; pero es una lástima que a menudo éstos vean en él sólo al hermano y no al ministro de Cristo.

2. *Respeto.* Escribe Pablo de Timoteo: «Nadie le tenga en poco» (I Corintios 16:11). Todo lo que tienda a rebajar el prestigio de un siervo del Señor repercute desfavorablemente en la obra que realiza. La Iglesia misma es perjudicada. Nuestros amigos y familiares también pueden recibir daño. Hay miembros de iglesia que en casa hablan desconsideradamente de su pastor criticando sin recato sus mensajes y su vida. Luego se extrañan si sus hijos no llegan a convertirse.

3. *Estimación.* «Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima por amor de su obra» (I Tes. 5:12, 13. Véase también Fil. 2:29 y I Tim. 5:17). Cualquier prueba de esa estimación será un estímulo para ellos. Una palabra de aprecio, un testimonio de bendición recibida de su ministerio, un rasgo de simpatía y ayuda pueden renovar en su corazón fuerzas para proseguir su ardua labor. El siervo de Dios no gusta de halagos superficiales, pero agradece como nadie el reconocimiento y el amor.

4. *Obediencia.* «Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos, porque ellos velan por vuestras al-

mas como aquellos que han de dar cuenta, para que lo hagan con alegría y no gimiendo, porque esto no es útil» (Hebreos 13:17). Se sobreentiende que esta obediencia es un deber en tanto que los pastores no actúen contrariamente a la Palabra y al Espíritu de Cristo. Con esta sola excepción, los miembros de una iglesia deben someterse a aquellos que les presiden en el Señor, pues toda otra corriente de oposición turba el bienestar de la iglesia y dificulta su progreso.

5. *Oración.* «Ruégoos, hermanos, por el Señor nuestro Jesucristo y por la caridad del Espíritu, que me ayudéis con oraciones por mí a Dios» (Rom. 15:30). «Orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos, y por mí, para que me sea dada palabra en el abrir de mi boca con confianza, para hacer notorio el misterio del Evangelio» (Efesios 6:18-19). Nadie está más necesitado de oración que el siervo de Dios. Sus múltiples problemas, sus sufrimientos morales, sus tentaciones y sus grandes responsabilidades deben hacer de él objeto especial de intercesión ante el trono de la gracia.

6. *Sostenimiento.* No sólo moral, sino material. «El que es instruido en la Palabra comunique en todos los bienes al que le instruye» (Gálatas 6:6). «¿Quién jamás peleó a sus expensas? ¿Quién planta viña y no come de su fruto? ¿O quién apacienta el ganado y no come de la leche del ganado? ¿Digo esto según los hombres? ¿No dice esto también la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes? ¿O dícelo enteramente por nosotros? Pues por nosotros está escrito; porque con esperanza ha de arar el que ara; y el que trilla, con esperanza de

recibir el fruto. Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es gran cosa si segamos lo vuestro carnal?» (I Cor. 9:7-11). No siempre han entendido las iglesias este deber. Y cuando se ha entendido no siempre se ha cumplido con liberalidad. Hay dos maneras de alimentar al «buey que trilla»: dándole una ración suficiente para que no se muera de hambre y pueda seguir trabajando o nutriéndolo debidamente para que su trabajo rinda el máximo.

Y conste que esta responsabilidad del sostenimiento pastoral, desde el punto de vista bíblico, no recae sobre organizaciones misioneras nacionales o extranjeras, sino sobre cada una de las iglesias.

Todas estas normas y consideraciones deben regir tu conducta en relación con tu pastor. Cúmplelas y serás para él (e indirectamente para la iglesia) una bendición. Ser bendición es mucho mejor que ser preocupación. Algunos miembros llegan a ser pesadilla del pastor. Evítalo tú.

Y aún me permitiré algunos consejos más. Hónrale con tu confianza. No le molestes ni robes su tiempo, que es muy precioso, innecesariamente; pero de vez en cuando no titubees en hacerle partícipe de tus pensamientos y experiencias; él espera y desea tener comunión espiritual íntima contigo.

Nunca hagas del hombre de Dios un ídolo, pero sí un ideal. Imítale en cuanto él sea imitador de Cristo.

Si alguna vez su actuación no cuadra con tu criterio o tu deseo, no te apresures a juzgarle mal. Puede equivocarse, pero normalmente conoce mejor que cualquier miembro de la iglesia los múltiples aspectos de los problemas que se han de resolver y es casi seguro que detrás de sus decisiones hay motivos poderosos que tú ignoras. Habla con él antes de hacer comentarios con otros y seguramente te aclarará muchas cosas que te convendrá saber.

Sé siempre su amigo y colaborador.

Haz extensivo el espíritu de estas recomendaciones a tu relación con todos los que en el seno de la iglesia ejerzan un ministerio y tengan una responsabilidad de dirección o gobierno.

LA MISION DE LA IGLESIA

Puede resumirse este punto en dos palabras: edificación y evangelización.

El propósito de Dios es que «crezcamos en todo hacia Aquel que es la cabeza, esto es, Cristo; de quien todo el cuerpo bien ajustado y trabado entre sí por todas las junturas que se ayudan mutuamente, según la actividad adecuada de cada miembro recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Efesios 4:15, 16). Pablo, al tratar de las diferentes manifestaciones del culto y actividad de la iglesia de Corinto, dice: «Hágase todo para edificación» (I Cor. 14:26). Y Judas exhorta: «Edificaos sobre vuestra santísima fe» (Judas 20).

Esta edificación es un crecimiento espiritual de los creyentes, con una manifestación cada día más evidente de Cristo en sus vidas. Es la realización práctica de aquel programa bendito que presenta Pablo en Romanos 12:2: «No os conforméis a este siglo (o no os amoldéis a la manera de ser de este mundo); mas trasformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta». El conocimiento experimental es el fundamento de nuestra edificación o progreso espiritual. Para ello es necesario que en la iglesia haya instrucción bíblica sólida y sana, pero también que cada creyente asimile esa instrucción y la convierta en consagración práctica ofreciéndose al Señor «en sacrificio vivo, santo,

agradable a Dios», lo cual constituye el mejor de los cultos (Romanos 12:1).

Este crecimiento interior de la iglesia es inseparable de su expansión exterior. No puede haber edificación sólida sin evangelización, ni verdadero desarrollo sin la salvación de nuevas almas. Desde muy antiguo, el pueblo de Dios ha sido instado a «ensanchar el sitio de su cabaña» a la par que a «fortificar sus estacas» (Isaías 54:2). El Señor dijo: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15) y «me seréis testigos hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8).

La iglesia que sólo piensa en sus necesidades internas y pierde de vista su responsabilidad misionera está condenada a languidecer y morir. Por el contrario, la iglesia que cumple fielmente la gran comisión del Maestro prospera y se robustece.

Todas las actividades de una iglesia cristiana deben converger hacia ese doble objetivo. Predicación, enseñanza, canto, clases de escuela dominical, reuniones de jóvenes, conferencias, charlas, todo debe orientarse con miras a edificar y evangelizar.

Para la consecución de este fin, la Iglesia entera debe moverse como un ejército esforzado. Aunque el Señor ha dado a su Iglesia hombres especialmente dotados para determinados ministerios, no son ellos los únicos con responsabilidades. El Nuevo Testamento nos enseña el sacerdocio universal de todos los creyentes (I Pedro 2:9). El gran precepto de ir y predicar el Evangelio a toda criatura fue dado a todos los discípulos, no sólo a los apóstoles. Y fueron creyentes sin rango apostólico, sin ministerio especial, los que, a raíz de la persecución en Jerusalén, «iban por todas partes anunciando la Palabra» (Hechos 8:4) con éxito asombroso. A su testimonio y acción se debió la fundación de la iglesia de Antioquía (Hechos 11:9-21). Por lo que respecta a instruc-

ción y edificación, ¡cuán notable es el ejemplo de Aquila y Priscila! Por su influencia, Apolos creció en la gracia y en el conocimiento de Cristo (Hechos 18:25, 26), lo que redundó luego en la edificación de los creyentes de Acaya (vers. 27).

Todos los miembros pueden y deben tomar parte activa en la gran misión que toda iglesia tiene asignada.

Tu puesto de trabajo

La gran tarea que tu iglesia debe llevar a cabo exige tu concurso. No te limites a dar tu conformidad al sacerdocio universal de los cristianos como mera doctrina. Ocupa un puesto en las filas de creyentes militantes dentro de la iglesia. O yo ando muy equivocado o tienen la conciencia muy dormida los miembros de iglesia cuya capacidad espiritual sólo da para asistir a los cultos y escuchar cómodamente la predicación sin mayores resultados. Rebélate noblemente contra la posibilidad de que algún día el Señor pudiera tildarte de parásito de la iglesia. ¡Ponte inmediatamente a trabajar!

Posiblemente objetarás que no sabes en qué ocuparte, que no tienes aptitudes o dones especiales para las diferentes actividades de la iglesia. A menudo estas dificultades son imaginarias. Bien está que seas humilde y moderado en el juicio de ti mismo y que no aspires a hacer lo que no puedes. Pero entre las muchas formas de trabajo ¿no habrá ni una en que puedas colaborar con provecho para ti y para la iglesia? Si no puedes predicar, ¿no podrías capacitarte para enseñar en alguna clase de Escuela Dominical o en departamentos de jóvenes? Piensa si no podrías cantar en el coro o colaborar en un plan de visitas o de difusión de literatura, o desempeñar

concienzudamente un cargo, hacer un trabajo manual (bien en la iglesia, bien en el hogar de algún hermano enfermo o necesitado), establecer contactos personales de amistad con las personas nuevas que se interesan en el Evangelio, cultivar una amistad con algún recién convertido al cual puedas ayudar a crecer espiritualmente... Y podríamos prolongar la lista de posibles actividades. Si quieres trabajar no te faltarán oportunidades de servicio en consonancia con tus posibilidades. Acéptalas y cumple tu deber con disciplina, con lealtad a Cristo, a la iglesia y a quienes la dirigen, y con todas las características del servicio cristiano que ya reseñamos en el capítulo VIII.

EL SOSTENIMIENTO DE LA IGLESIA

Por más espiritual que se considere la misión de la iglesia, su realización exige medios materiales. La actividad y la vida misma de una congregación llevan aparejadas necesidades económicas que deben ser suplidas dignamente por sus propios miembros.

El sistema de sostenimiento de iglesias (a menos que éstas sean muy reducidas en número de miembros) o pastores por otras organizaciones eclesiásticas o misioneras revela falta de madurez por parte de las iglesias así sostenidas. Una iglesia ideal conforme al patrón novotestamentario no sólo debe sostenerse a sí misma, sino que ha de estar en condiciones de contribuir a la extensión del Evangelio fuera de su propio círculo. A tal fin, es necesario que todos sus miembros entiendan y acepten su parte de responsabilidad y que cada uno dé conforme a los principios que en las Sagradas Escrituras hallamos.

Fundamentos bíblicos

En el Antiguo Testamento descubrimos muy temprano la práctica del diezmo. Abraham lo ofreció a Melquisedec (Génesis 14:20) y Jacob lo prometió a Dios en reconocimiento por todas sus bendiciones (Génesis 28:22). En Israel fue establecido como algo sagradamente obligatorio (Levítico 27:30) para sostenimiento del culto y el sacerdocio. Además del diezmo, existían las ofrendas de carácter voluntario que en ocasiones especiales alcanzaron proporciones impresionantes (I Crónicas 29:5-9). Y nunca empobreció Israel por dar a Jehová. La miseria y la calamidad le sobrevinieron cuando dejó de cumplir sus deberes para con Dios. Las palabras de Haggeo han cobrado actualidad en muchas épocas de la Iglesia: «Pensad bien sobre vuestros caminos; sembráis mucho y encerráis poco; coméis y no os hartáis; bebéis y no os saciáis; os vestís y no os calentáis; el que anda a jornal recibe su jornal en trapo horadado» (Haggeo 1:5, 6). ¿Cuál era la causa de esta crisis? «Este pueblo dice: No es aún venido el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada. Fue, pues, palabra de Jehová por mano del pofeta Haggeo diciendo: ¿Es para vosotros tiempo de morar en vuestras casas enmaderadas, y esta casa (el templo) está desierta?» (Haggeo 1:2-4). Y Malaquías pone en labios de Dios palabras más fuertes al reprochar la mezquindad de su pueblo: «¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿en qué te hemos robado? Los diezmos y las primicias. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Mal. 3:8-10).

En el Nuevo Testamento se nota un cambio, cambio de espíritu más que de principio, originado al pasar de la ley a la gracia. La conducta en todos sus órdenes, incluido el de dar para la obra de Dios, no estaría ya determinado por la fuerza de unas órdenes, sino por el impulso del amor. Sin embargo, en ninguna parte del Nuevo Testamento puede hallarse apoyo para que los cristianos ofrenden para el Señor menos del diezmo. Cuando Jesús se refirió a la escrupulosidad de los fariseos en diezmar aun los productos más insignificantes, resaltó el valor del juicio y la misericordia, pero añadió: «Esto era menester hacer y no dejar lo otro» (el diezmo) (Mateo 23:23).

En cuanto a las primeras iglesias cristianas, en las cuales había mayoría o fuertes núcleos de judíos, ¿podemos suponer que sus miembros, cuando se trataba de dar, ofrendaran después de su conversión a Cristo menos de lo que daban antes? Lo lógico es pensar que muchos darían más. De hecho, un cristiano rico haría un papel muy pobre si sólo diera el diezmo para la obra de Dios.

Cinco principios básicos

El apóstol Pablo nos ha dejado principios muy claros sobre este asunto:

1. *Regularidad.* «Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere» (I Corintios 16:2). Tan pronto como el creyente recibe su salario, debe separar fielmente la parte destinada para el Señor como lo hace con la cantidad reservada para el alquiler del piso o el recibo de la electricidad.

2. *Proporcionalidad.* «Lo que por la bondad de Dios pudiere» (vers. anterior). Aquí no se determina ninguna cantidad fija ni se menciona el diezmo, pero claramente se da a entender que nuestras ofrendas deben ser proporcionales a nuestros ingresos, a las posibilidades determinadas «por la bondad de Dios», no por nuestro interés egoísta o por lo ilimitado de nuestras necesidades.

3. *Propósito.* «Cada uno dé como propuso en su corazón» (II Corintios 9:7). Suele ser muy pobre la ofrenda que se saca del bolsillo al azar.

4. *Liberalidad.* «El que siembra escasamente también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones segará» (II Corintios 9:6).

5. *Buena voluntad.* «No por tristeza o por necesidad, porque Dios ama al dador alegre» (II Corintios 9:7). No des para el Señor ni un céntimo a regañadientes. Pero no seas tacaño para con El, pues su gracia sabe compensar con creces nuestra generosidad. «Y poderoso es Dios para hacer que sobreabunde en vosotros toda gracia, a fin de que teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra. Como está escrito: Derramó, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da simiente al que siembra, también dará pan para comer, y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia. Para que estéis enriquecidos en todo para toda bondad, la cual obra por medio de nosotros hacimiento de gracias a Dios» (II Corintios 9:8-11). De los muchos creyentes que conozco que han aprendido la lección de dar, ni uno solo se ha hecho pobre por dar más para el Señor, sino todo lo contrario. Podríamos referir muchos testimonios de creyentes que empezaron a prosperar económicamente cuando decidieron iniciar la práctica del diezmo. Aun en los casos en que no aumentaron los ingresos, el presupuesto de gastos quedaba mejor cubierto que antes de aumentar la ofrenda.

También en este aspecto de la mayordomía cristiana habrá creyentes que tropezarán con problemas. La mujer cuyo marido no es del Señor o el hijo que debe entregar lo que gana a los padres inconversos, por ejemplo, no podrán disponer de mucho dinero para su ofrenda. En estos casos, el creyente debe obrar conforme a sus circunstancias especiales, seguro de que el Señor ve y entiende, pero sin perder de vista que su situación especial no le exime de ofrendar dignamente. En semejantes casos, será bueno comparar lo que del dinero disponible se gasta en cosas superfluas o para un placer personal con lo que se reserva para el Señor. Y que la conciencia decida.

El secreto de una ofrenda digna

Si amamos de veras al Señor, no habrá problemas en la administración de lo que tenemos. No hubo problema para María de Betania que derramó para ungir al Señor una fortuna de ungüento. No lo hubo para la viuda que echó dos blancas (todo lo que tenía) al gazofilacio del templo. No lo hubo para los macedonios que, después de darse a sí mismos al Señor, dieron de su dinero «conforme a sus fuerzas y sobre sus fuerzas» (II Corintios 8:3). El que mucho ama, mucho da. Y mucho disfruta.

Antes, cuando eras del mundo, ¿cuánto gastabas en diversiones, placeres y quizá vicios? No te dolía lo que gastabas a pesar de que no te satisfacía. Ahora

Cristo te ha salvado y te ha saciado. La conclusión puedes deducirla tú mismo.

Tu iglesia, y la obra de Dios en general, necesita tu contribución económica. No pienses nunca que ya tiene bastante dinero. Por mucho que recaude, siempre será muchísimo más el que podrá invertir, sin derrochar, para la extensión del Reino de Dios.

Uno de los talentos que Dios nos encomienda mientras estamos en el mundo es nuestro dinero. Un día nos pedirá cuentas del uso que de él hayamos hecho. Si lo entierras exclusivamente en tus propios negocios, gustos y comodidades, El te dirá: «Mal siervo.» Si lo sabes usar, al igual que los demás talentos, para su gloria: «Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor.» Lo que para El damos en cualquier sentido es capital que colocamos en el Banco del Cielo y de la Eternidad. ¿Y quién podrá calcular el valor de los intereses?

Columna y apoyo

Todo cristiano, como miembro de una iglesia, puede ser dos cosas: columna o piedra de tropiezo; apoyo o carga. Aspira a ser lo primero. La iglesia es tu hogar espiritual, tu escuela de la fe, tu campo de servicio por excelencia donde se hace más fácil el desarrollo de tu vida cristiana en todos los aspectos que a lo largo de este libro hemos venido considerando. Bien merece tu gratitud y tu lealtad, tus oraciones y tu colaboración.

Cuestionario

1. *¿A quién corresponde la facultad suprema de gobierno de la Iglesia universal y de cualquier iglesia local?*
2. *¿Qué persona divina de la Trinidad lleva a cabo esa función de gobierno y dirección de la Iglesia?*
3. *¿De qué instrumentos humanos se vale?*
4. *¿Cuáles son los deberes de quienes pastorean la grey del Señor?*
5. *¿Cuáles son las obligaciones para con ellos por parte de las iglesias?*
6. *¿Cuál es la doble misión de la iglesia?*
7. *¿Cuál es la responsabilidad del cristiano ante esa misión?*
8. *¿Qué características deben tener nuestras ofrendas para la obra de Dios?*

12

¡Adelante, siempre adelante!

A grandes rasgos hemos considerado los aspectos fundamentales de la vida cristiana desde un punto de vista práctico. Si has leído con atención las páginas precedentes, habrás descubierto que la experiencia del creyente es la más gloriosa de las aventuras. Responde al más sublime de los ideales, se apoya en la más sólida certidumbre, inspira las más nobles virtudes y desemboca en el más grande de los destinos.

El gran desembarco

Al dirigir una mirada retrospectiva hacia el suceso de nuestra conversión, nos parece ver en él algo así como un desembarco en un mundo nuevo, maravilloso. Sus playas nos fascinaron y tan pronto como pisamos su tierra tuvimos la convicción de que acabábamos de dar uno de los pasos más trascendentales de nuestra vida. Sin embargo, lo más bello y sensacional ha ido apareciendo después, a medida que

nos hemos adentrado en el interior de ese nuevo mundo.

No han faltado dificultades, peligros, dolores y amarguras. Pero en medio y a pesar de todo nos hemos gozado «con gozo inefable y glorioso» (I Pedro 1:6, 8). Lo más grande aún no lo hemos alcanzado. Nos está reservado para el final. Pero seguimos avanzando, y en la medida en que avanzamos descubrimos nuevas maravillas.

Es posible que tú mismo hayas empezado a tener tal experiencia. Debes tenerla. Después de haber desembarcado en el reino de Dios, no te quedes en la orilla. Por desgracia, hay creyentes que no se mueven nunca de ella; ahí se quedan hasta que Dios los visita por la muerte y se los lleva. Se han convertido, saben que son salvos; pero de ahí no pasan. Tienen reparos en meterse tierra adentro. ¡Si supieran lo que pierden! Y lo peor es que corren mayor peligro de reembarcar en cualquier momento rumbo al mundo viejo.

¿De cuáles serás tú, de los que se quedan en la costa o de los que se internan en la espesura maravillosa de la plenitud cristiana?

Una vez convertido, quema los barcos, como hizo Hernán Cortés al desembarcar en Méjico. No pienses jamás en una posible retirada, pues es imposible para aquel que de veras sigue a Cristo. Luego empieza a marchar hacia adentro y sigue marchando, avanzando siempre por los caminos de la santidad y la consagración.

Compañero de héroes

No serás tú quien abrirá sendero en esta marcha bendita. Mucho antes, miles de hombres y mujeres han seguido la misma ruta. Desde la gloria celestial te contemplan. Su triunfo debe animarte. ¿No recuer-

das a aquellos paladines de la fe que se mencionan en el capítulo 11 de Hebreos? No hay página histórica más impresionante que este capítulo ni se han conocido proezas más extraordinarias que las de esos hombres. A pesar de ello, leemos que Dios proveyó algo mejor para nosotros «para que no fuesen perfeccionados sin nosotros» (Hebreos 11:40).

En pos de los héroes del Antiguo Testamento siguieron los del Nuevo y los de la era cristiana que en números incontables se han sucedido ininterrumpidamente a lo largo de veinte siglos.

¿Has pensado en el privilegio de ser compañero de ellos en la marcha triunfal de la fe? El autor de la carta a los Hebros se sentía enardecido por esta idea y añadía: «Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro una tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Hebreos 12:1).

A renglón seguido, el escritor sagrado presenta al Capitán de los héroes, al Héroe por excelencia: «Puestos los ojos en el Autor y Consumador de la fe, en Jesús.» El fue quien abrió el camino; El fue el primero en pisarlo y despejarlo, aunque ello le costase la vida. Resucitado, fue constiutido Guía de su pueblo. «Va delante de vosotros» fue el mensaje a los discípulos el día de su resurrección (Mateo 28:7). Y antes de ascender al Padre, en el mismo instante en que les dio las órdenes de marcha diciéndoles «id», les dijo también: «Y yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Autor y consumador de nuestra fe, principio y fin de nuestra vida cristiana, guía y meta de nuestra marcha. «El nos capitaneará hasta la muerte.»

¿Qué te parece? Compañero de los héroes cristianos, y si esto pudiera parecer poco, ¡compañero de Cristo!

Caminarán y no se fatigarán

El cansancio y el desaliento son comunes en la experiencia humana. Más de una vez, seguramente, te sentirás desfallecido, sin ánimos de seguir adelante. El diablo tratará de abatirte o al menos de paralizarte cuando te vea fatigado espiritualmente. «¡Bah! —te insinuará— ¿qué necesidad tienes de tomarte tan en serio la vida cristiana? Los héroes han pasado ya a la historia. Mira cuántos cristianos hay a tu alrededor que no llevan las cosas a esos extremos de consagración a que tú aspiras. Ya has avanzado bastante. Has dejado atrás a muchos. Ahora quédate aquí y descansa.»

En las marchas por las altas montañas cubiertas de nieve, quedarse parado significa a menudo morir. Algo parecido sucede en la carrera cristiana. Detenerse es exponerse a perecer. Y si no llega a morir la fe, mueren los ideales, muere el gozo, muere la gloria de avanzar en pos de Cristo.

Afortunadamente no tienes necesidad de pararte para descansar. «El Señor da esfuerzo al cansado y multiplica las fuerzas al que no tiene ninguna. Los mancebos se fatigan y se cansan, los mozos flaquean y caen; mas los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán» (Isaías 40:29-31). A Moisés dijo Dios: «Mi rostro irá contigo y te hará descansar» (Exodo 33:14). A Elías, cuando se hallaba completamente agotado, lo alimentó y el profeta «caminó con la fortaleza de aquella comida cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios» (I Reyes 19:8). A Pablo, en un momento de gran depresión, el Señor le dijo: «Bástate mi gracia, porque mi potencia en la debilidad se perfecciona» (II Corintios 12:9) y el apóstol se levantó con nuevos bríos, gloriándose en su debilidad que daba

lugar a la manifestación del poder infinito de Cristo.

Aunque cada día tus fuerzas se agotaran, no habrías de preocuparte. Cada día el Señor las renovaría. Los israelitas en el desierto cada mañana encontraron la provisión de maná necesario para su sustento. Así tú hallarás la fortaleza para perseverar hasta el fin sin claudicaciones ni enfriamientos.

Cualquier manifestación de decaimiento espiritual empaña el brillo de nuestro testimonio y deshonra a Cristo. Un pagano empezó a ofrecer oro a su dios, luego le ofreció plata y acabó por no ofrecerle nada. Guárdate de ser cristiano al estilo de aquel pagano. Que nunca el Señor haya de decirte: «Tengo contra ti que has dejado tu primer amor» (Apocalipsis 2:4). Si te pide fidelidad constante es porque en El hay constantes recursos de gracia y energía para conseguirla sin debilitamientos ni retrocesos.

«El que perseverare hasta el fin será salvo» (Mateo 24:13).

Asómate a la eternidad

Hemos mencionado el fin. ¿Y qué hay al fin? ¿Cuál es la meta de la carrera?

Nada puede compararse con la perspectiva del cristiano que anda en pos de su Señor. «Irán de fortaleza en fortaleza; verán a Dios en Sión» (Salmo 84:7). Las experiencias de progreso triunfal y de alegría inefable en esta vida culminan de modo glorioso cuando el alma del creyente es trasladada a la presencia de Cristo.

La muerte no es más que una frontera para el cristiano. A la otra parte está el lado más luminoso de la vida eterna que Cristo nos dio el día que creímos en El. Por eso decía Pablo: «Para mí el vivir es Cristo y el morir ganancia... teniendo deseos de ser

desatado y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» (Fil. 1:21, 23).

Sin embargo, aún no es esa gloria lo más grandioso de nuestro destino. La Palabra de Dios apunta al gran día de Cristo y ese día es el centro de nuestra esperanza, porque constituirá la consumación de los planes divinos relativos a nuestra salvación.

El día de Cristo es el día de su segunda venida, el día de su triunfo final y de la glorificación de todos sus santos. Estos, resucitados o transformados, serán arrebatados para estar siempre con el Señor (I Tesalonicenses 4:17).

Intimamente relacionado con el advenimiento de Cristo está el juicio, del que ni aun los redimidos escaparemos, «porque es menester que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo» (II Cor. 5:10). Claro que este juicio no es para determinar nuestra salvación o condenación, pues «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1), sino para pronunciar veredicto sobre nuestra vida y obra en la tierra (I Cor. 3:12-15) y para darnos la recompensa que, de acuerdo con ese veredicto, el Señor quiera conceder a cada uno. «He aquí yo vengo presto y mi galardón conmigo para recompensar a cada uno según fuere su obra» (Apocalipsis 22:13).

Entonces apreciaremos en su justo valor todas las cosas. Lo que ahora todavía nos parece ganancia, lo material y temporal, entonces lo veremos como pérdida y como basura, y lo que ahora es esperanza intangible y a veces nos parece ilusión difusa y lejana entonces será una realidad imponente, la única realidad. Vale la pena vivir con un ojo, por lo menos, constantemente puesto en nuestro destino final. Entonces correremos no como a cosa incierta, y lucharemos no como quien hiere el aire (I Cor. 9:26). Haz

tuyo el consejo de Pablo a Timoteo: «Echa mano de la vida eterna» (I Timoteo 6:12). Ejercita de veras tu fe, que es «la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven» (Hebreos 11:1). Por esa fe, Moisés se mantuvo como viendo al Invisible (Hebreos 11:27) y los patriarcas, como si las promesas fueran ya realidades, vivieron «mirándolas de lejos, creyéndolas y saludándolas, y confesando que eran peregrinos y advenedizos sobre la tierra» (Hebreos 11:13). Tú también eres pregrino. Vive como ellos.

Ama y sirve a tu Señor con toda tu mente, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Avanza firme por sus caminos.

Una palabra final. Grábala muy honda en tu alma. Haz de ella la fuerza motriz de tu vida en la tierra, es palabra de Cristo:

> *«Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida»* (Apocalipsis 2:10).

Cuestionario

1. *¿Por qué debe el cristiano progresar siempre en su vida espiritual?*
2. *¿Hay algún creyente que, por su madurez espiritual, ya no necesite crecer en la gracia y el conocimiento de Cristo? (Fil. 3:14-12).*
3. *¿Qué recurso tenemos contra la fatiga espiritual?*
4. *La antigua iglesia de Efeso cometió un pecado (Apocalipsis 2:1-7) del que nosotros debemos guardarnos. ¿Cuál es?*
5. *¿A quién está reservada la corona de la vida?*